Es propiedad del autor.
Registrada conforme a la Ley.
Forjando Patria

(PRO NACIONALISMO)

POR

MANUEL GAMIO

Presidente de la Delegación Mexicana en el II Congreso Científico Panamericano y en el XIX Congreso de Americanistas efectuados en Washington en 1915-16.

Inspector General de Monumentos Arqueológicos de la República.

Director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.

Profesor de Historia Patria en la Academia N. de Bellas Artes.

MÉXICO

LIBRERÍA DE PORRÚA HERMANOS

2° del Reloj y 5° de Donceles

1916
A la memoria de mi Padre
Este libro, no ensalza ni condena; no predica demagogia ni conservación; tampoco navega entre dos aguas; invita simplemente a buscar la verdad; intenta remover impulsos nacionalistas e ideas gestadoras de Patria.

Sus conceptos no han sido especialmente acomodados a las idiosincracias de la gleba, ni a la disciplina de castas intelectuales.

Este libro es colectivo, es libro para todos, porque está inspirado en la observación de las diversas clases sociales.

Sus páginas no huyen de la crítica, pues estando hechas de la carne y del alma
del pueblo, justo y útil será que la mente popular las critique a su sabor.

La personalidad del autor—sin manchas en el pasado que impongan temores al presente, ni pecados del presente que enturbien el futuro—es secundaria. Considéresele como deslustrada faceta que débilmente refleja aspectos nacionales y como sincero portavoz de necesidades y anhelos apenas expresados pero hondamente sentidos por la población.

EL AUTOR.
En la gran forja de América, sobre el yunque gigantesco de los Andes, se han batido por centurias y centurias el bronce y el hierro de razas viriles.

Cuando al brazo moreno de los Atahualpas y los Moctezumas llegó la vez de mezclar y confundir pueblos, una liga milagrosa estaba consumándose: la misma sangre hinchaba las venas de los americanos y por iguales senderos discurría su intelectualidad. Había pequeñas patrias: la Azteca, la Maya-Kiché, la Incásica.... que quizá más tarde se habrían agrupado y fundido hasta encarnar grandes patrias indígenas, como lo eran en la misma épo-
ca la patria China o la Nipona. No pudo ser así. Al llegar con Colón otros hombres, otra sangre y otras ideas, se volcó trágicamente el crisol que unificaba la raza y cayó en pedazos el molde donde se hacía la Nacionalidad y cristalizaba la Patria.

Durante los siglos coloniales llamaron también las fraguas gestadoras de nobles impulsos nacionalistas, sólo que los Pizarro y los Ávila pretendieron cincelar entonces patrias incompletas, ya que nada más se valían del acero de la raza latina, dejando apartado en la escoria el duro bronce indígena.

Más tarde, al alborear el más brillante de los siglos pretéritos, varones olímpicos empuñaron el mazo épico y sonoro y vistieron mandil glorioso. Eran Bolívar, Morelos, Hidalgo, San Martín, Sucre...... Iban a escalar la montaña, a golpear el yunque divino, a forjar con sangre y pólvora, con músculos e ideas, con esperanzas y desencantos, una peregrina estatua hecha de todos los metales, que serían todas las razas de América. Por varios
lustros se escuchó martilleo fragoroso que hacía retemblar altas sierras, agitarse frondas vírgenes y lucir crepúsculos siempre rojos, como si la sangre salpicara hacia lo alto. En Panamá, donde se besan mares y continentes, llegó a vislumbrarse entre resplandores de epopeya una maravillosa imagen apenas esfumada de la gran Patria Americana, única y grande, serena y majestuosa, como la cordillera andina.

Todavía no era tiempo. El milagro se deshizo. Aquella sublime visión de patria fue perdiéndose como las brumas del océano o las neblinas de la sierra. Pasaron a vida mejor aquellos varones que hoy se antojan semi-dioses homéricos.

Más tarde, durante la vida independiente de esos países, se cambió de idea; ya no se iba a modelar una sola gigantesca patria, que cincelaran a una todos los hombres del Continente, sino mirando a la tradición se formarían patrias poderosas que correspondieran a las divisiones políticas coloniales. Desgraciadamente la tarea no fue bien comprendida; se pretendió esculpir la estatua de aquellas patrias
con elementos raciales de origen latino y se dió al olvido, peligroso olvido, a la raza indígena o a título de merced se construyó con ella humilde pedestal broncíneo, sucediendo a la postre lo que tenía que suceder: la estatua, inconsistente y frágil, cayó repetidas veces, mientras el pedestal crecía. Y esa pugna que por crear patria y nacionalidad se ha sostenido por más de un siglo, constituye en el fondo la explicación capital de nuestras contiendas civiles.

Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y de bronce confundidos.

Ahí está el hierro..... Ahí está el bronce .... ¡Batid hermanos!
Las Patrias y las Nacionalidades de la América Latina
Exceptuando muy pocos países latinoamericanos, en los demás no se observan las características inherentes a la nacionalidad definida e integrada, ni hay concepto único ni sentimiento unánime de lo que es la Patria. Existen pequeñas patrias y nacionalismos locales.

Se hace palpable la veracidad de tales afirmaciones durante los congresos periódicos que reúnen a representantes de dichos países: el 2° Congreso Científico Panamericano y el XIX Congreso de Americanistas efectuados en Washington en Diciembre y en Enero últimos, ofrecieron a este respecto interesante y amplísimo campo de observación: en efecto, se notó que, en conjunto, las delegaciones asistentes a ambos congresos eran representantes en raza, idioma y cultura de no más que un 25% de las poblaciones de sus respectivos países: repre-
sentaban el idioma español y el portugués y la raza y la civilización de origen europeo. El 75% restante: los hombres de raza indígena, de lengua indígena, de civilización indígena, no fueron representados. Apenas si se les mencionó con criterio etnológico, como objeto de especulaciones científicas de escaso número de investigadores, pudiéndose decir que para el llamado mundo civilizado en general, pasa inadvertida la existencia de esos setenta y cinco millones de americanos ya que se desconocen los idiomas que hablan, se ignoran las características de su naturaleza física y no se sabe cuales son sus ideas éticas, estéticas y religiosas, sus hábitos y costumbres.

Ahora bien. ¿Pueden considerarse como patrias y naciones, países en los que los dos grandes elementos que constituyen a la población difieren fundamentalmente en todos sus aspectos y se ignoran entre sí?

Para ampliar los citados conceptos y las conclusiones emitidas, recordemos en qué consisten las características de la nacionalidad y las condiciones inherentes al concepto de patria.

Patrias y Nacionalidades.

Observando a los países que gozan de nacionalidad definida e integrada (Alemania, Francia, Japón, etc., etc.), se encuentran en ellos las siguientes condiciones: 1° Unidad étnica en la mayoría de
la población, es decir, que sus individuos pertenen-

cen a la misma raza o a tipos étnicos muy cercanos

entre sí. 2° Esa mayoría posee y usa un idioma co-
mún, sin perjuicio de poder contar con otros idio-

mas o dialectos secundarios. 3° Los diversos ele-

mentos, clases o grupos sociales ostentan manifes-
taciones culturales del mismo carácter esencial por

más que difieran en aspecto e intensidad de acuer-
do con las especiales condiciones económicas y de

desarrollo físico e intelectual de dichos grupos. En

otros términos, con variación en cuanto a forma, la

mayoría de la población tiene iguales ideas, senti-
mientos y expresiones del concepto estético, del

moral, del religioso y del político. La habitación,

la alimentación, el vestido, las costumbres en gene-

ral, son las mismas, con la diferenciación más o me-

nos aparente que imprimen el mayor o menor bien-
estar económico de las respectivas clases sociales.

Por último, el recuerdo del pasado, con todas sus

glorias y todas sus lágrimas, lo atesoran los corazo-

nes como una reliquia: la tradición nacional, ese pe-

destal arcaico donde se yergue la Patria, vive pal-
pitante y vigorosa en hombres, mujeres y niños, en

sabios e ignaros, en los hijos de la gleba y en los

petimetres refinados, en los altos cultores del Arte

y en pobrecillos rapsodas de aldea. Y esa tradición

hace el milagro de transmutarse en mil aspectos

conservando siempre su unidad y su carácter tí-

pico.

Los alemanes, los franceses, los japoneses, los

que poseen verdadera nacionalidad, son hijos de
una gran familia. Al viajar por sus países encontrarán en hombres, mujeres y niños verdaderos hermanos, porque de ellos se levanta el grito solemne de la misma sangre, de la misma carne, ese grito que está por encima de todo, pues es la voz de la vida, la fuerza misteriosa que agrupa a la materia y se opone a su desintegración. En las almas de todas esas gentes hallará los mismos mirajes en que se recrea la suya. De los labios brotarán añejos como vino generoso o remozadas y aligeras las palabras de un mismo idioma, del idioma de todos. Cuando así se vive se tiene patria.

Veamos si los países que se extienden del Bravo a Magallanes constituyen patrias y nacionalidades a la manera de las que arriba dejamos descritas. Como las características y condiciones generales de casi todos los países latinoamericanos son análogas, cuando no idénticas, entre sí, nos referiremos a México como país representativo de los demás.

**México país representativo de la América Latina**

Antes de señalar y considerar en sí mismas a las pequeñas patrias que existen en México, analicemos las causas primordiales que explican su origen.

*La raza, el idioma y la civilización.*—¿Ocho o diez millones de individuos de raza, de idio-
ma y de cultura o civilización indígenas, pueden abrigar los mismos ideales y aspiraciones, tender a idénticos fines, rendir culto a la misma patria y atesorar iguales manifestaciones nacionalistas, que los seis o cuatro millones de seres de origen europeo, que habitan en un mismo territorio pero hablan distinto idioma, pertenecen a otra raza y viven y piensan de acuerdo con las enseñanzas de una cultura o civilización que difiere grandemente de la de aquellos, desde cualquier punto de vista?

Creemos que no, y hasta hallamos cierta analogía entre esa situación y la de las exrepúblicas sudafricanas, países en los que la nacionalidad estuvo siempre representada por la población de origen europeo quedando relegados los indígenas a la servidumbre y a la pasividad. En las demás colonias europeas de África sucede también que el hombre europeo, la civilización europea, sofocan y acabarán por extinguir a la vida indígena y sus manifestaciones.

La separación, la divergencia de esos dos grandes grupos sociales existió no sólo durante la Conquista y la Época Colonial, sino que se hizo más honda en los tiempos contemporáneos, pues la Independencia, hay que decirlo de una vez sin reservas hipócritas, fué hecha por el grupo de tendencias y orígenes europeos y trajo para él libertades y progreso material e intelectual, dejando abandonado a su destino al grupo indígena, no obstante que es el más numeroso y el que atesora quizá mayores energías y resistencias biológicas a cambio de su es-
tacionamiento cultural. A primera vista la situación se antoja pavorosa según la hemos expuesto y los enfermos de «miopía sociológica» trasluzcan tal vez entre líneas, el vaticinio de una espantosa guerra de castas en la que probablemente no tocaría la mejor parte a la población de origen europeo. Tales temores serían injustificados, pues bien sabido es que la población indígena se presenta hoy como lo estaba en la Conquista, dividida en agrupaciones más o menos numerosas, que si constituyen pequeñas patrias por el lazo común de la raza, el idioma y la cultura, en cambio por sus mutuas rivalidades y recíproca indiferencia, hicieron más fácil su conquista durante el siglo XVI y causaron su estancamiento cultural en la época de la Colonia y en nuestros días.

El problema no está pues, en evitar una ilusoria agresividad conjunta de tales agrupaciones indígenas, sino en encauzar sus poderosas energías hoy dispersas, atrayendo a sus individuos hacia el otro grupo social que siempre han considerado como enemigo, incorporándolos, fundiéndolos con él, teniendo, en fin, a hacer coherente y homogénea la raza nacional, unificado el idioma y convergente la cultura.

La cuestión geográfica.—Pudiera deducirse de lo expuesto hasta aquí, que descontando a la población indígena, el resto, o sean los habitantes de raza, idioma y cultura originalmente europeos, constituyen una patria y forman una nacionalidad. Esta hipótesis es insustentable, pues aparte de los fac-
tores antropológicos discutidos arriba, el geográfico reviste una gran importancia: la causa primordial por la que México perdió el territorio que hoy está en poder de los Estados Unidos, consistió en el alejamiento geográfico del mismo con respecto al resto del país lo que trajo consigo divergencia y luego antagonismo en ideales nacionalistas. En el Chiapas de hace veinte años, antes de la construcción del F. C. Panamericano, la población de raza blanca tendía más al sentimiento de nacionalidad centroamericana que al de la Mexicana: usos, costumbres, relaciones comerciales, cultura intelectual, casi todo, llegaba con el visto bueno de aquellas regiones, principalmente de Guatemala. Los habitantes de la Baja California, particularmente los de la parte Norte ¿pueden tener el mismo concepto patriótico, que los que vivimos en el resto del país? ¿No es desolador el aislamiento en que vejetan? ¿No se ven obligados a cruzar tierra extranjera antes de pisar la región continental de su propia patria? ¿Qué sello presentan allí el comercio, la intelectualidad, la indumentaria, las actividades todas del vivir? Absolutamente exótico, ayankado, hay que confesarlo.

**El aspecto económico.**—Para que una familia viva armónicamente unida, es indispensable que todos sus miembros disfruten de los elementos económicos que, de acuerdo con su condición, edad y temperament, pueden suministrarles bienestar físico e intelectual. Pues bien, para que una agrupación de familias forme un todo armónico, constituya
una nacionalidad, precisa que todas ellas gocen de bienestar proporcional, el cual sólo puede obtenerse merced a una situación económica equilibrada. Si, como siempre sucedió en México, unas cuantas familias vivieron en la abundancia y otras, las más, sufrían el tormento del hambre, de la desnudez, del abandono intelectual, claro es que de su unión artificial no pudo resultar un conjunto armónico, no pudo surgir una nacionalidad, pues en todos tiempos y en todos los países, por encima de toda idea de patria y de nacionalidad, ha estado la de la propia conservación.

*El sistema político.*—Se dice que el sistema de gobierno que generalmente ha regido a México independiente fue el democrático representativo, pero en realidad no sucede así porque las clases indígenas han sido forzadas a vivir bajo el gobierno de leyes que no se derivan de sus necesidades sino de las de la población de origen europeo, que son muy distintas.

**Las pequeñas patrias mexicanas**

Basta con que un individuo de la capital—foco característico del idioma, de la raza y de la cultura de origen europeo—se dirija a Yucatán, Quintana Roo, parte de Chiapas, ribera del Yaqui, territorio Huichol y muchas otras regiones, para que se encuentre en ambiente extraño, más muchas veces que lo hallaría en algunos países europeos, princi-
palmente España: idioma, aspecto físico, usos, costumbres, ideales, aspiraciones, esperanzas, placeres, todo es diferente.

Las pequeñas patrias pueden dividirse en dos grupos: aquellas cuya población es exclusivamente indígena y otras en cuya población se observa la fusión armónica de la raza indígena y de la raza de origen europeo.

**Las patrias de población indígena.**—Pueden mencionarse, entre otras, las ya citadas arriba: Maya, Yaqui, Huichol. Estas agrupaciones que poseen un nacionalismo claramente definido y caracterizado por sus respectivas lenguas, manifestaciones culturales y naturaleza física, son y han sido siempre desconocidas por las agrupaciones de origen europeo, exceptuándose contadísimos antropologistas mexicanos y algunos extranjeros. Este desconocimiento es crimen imperdonable contra la nacionalidad mexicana, pues sin conocer las características y las necesidades de aquellas agrupaciones es imposible procurar su acercamiento y su incorporación a la población nacional.

**Yucatán tipo de patrias de población mezclada.**—Hace pocos meses, después de haber recorrido ese Estado, viví en Mérida y en cierta ocasión en que almorzaba en céntrico restaurant, me ocurrió pedir una botella de cerveza.—¿Extranjera o nacional? se me preguntó.—Extranjera, contesté, imaginando que se me serviría cerveza alemana o americana. Pocos instantes después se presentó el criado trayendo en flamante charola una cerveza XX de Ori-
zaba.—¡He dicho extranjera! exclamé un tanto amos-tazado; el moreno fámulo me miró ingenuamente sorprendido y replicó:—Es la única extranjera que tenemos; si desea Ud. nacional, traeré yucateca.

Nacionalista en extremo y en ocasiones como esa, «patrioteró» hasta el agresivismo, no pude me-nos que endilgar a mi absorto interlocutor dos o tres conceptos geográfico-políticos sobre Yucatán y Mé-xico y cuatro o cinco sobre la escasez de sentido de que parecía adolecer. Para vergüenza de mi amor propio metropolitan, aquel pobre mesero me dijo y me explicó tantas y tan justificadas razones, que a fin de cuentas comprendí, por más que no aprobé, que a la cerveza de Orizaba la titulen en Yucatán extranjera.

Expuesta esta digresión que no deja de ser sig-nificativa, haré ver por qué Yucatán es una de nues-tras pequeñas patrias y posée concepto nacionalista propio. En lo que es territorio yucateco, la raza in-dígena conquistada y la española invasora, han lle-gado a mezclarse más armónica y profusamente que en ninguna otra región de la República. Se nos dirá que también existen indios e individuos de sangre original europea; sin embargo, una mayoría social que autoriza la generalización, es de raza mezclada y tan esto es así, que aun cuando un yucateco no exprese el lugar de su procedencia, con sólo contem-plarlo y oír su voz se deduce ésta. En efecto, el pronunciado braquicefalismo del cráneo y la fonéti-ca peculiar a su pronunciación, proclaman a veces el origen yucateco. Pues bien, esta homogeneidad
racial, esta unificación del tipo físico, esta avanza-
da y feliz fusión de razas, constituye la primera y
más sólida base de nacionalismo.

Examinemos ahora el idioma que es el siguien-
te factor nacionalista: puede asegurarse que en Yu-
catán la inmensa mayoría de la población rural y
foránea hablan el idioma maya y la mayoría urba-
a habla el español, lo que significa que todos los
habitantes del Estado pueden comunicarse entre sí
por medio de uno u otro idioma. Esto no sucede en
ninguna otra región de la República.

En cuanto a costumbres, se notan convergen-
cias que aunque parezcan banales son expresión de
nacionalismo: todos los yucatecos, desde el encum-
brado henequenero hasta el humilde cortador de es-
ta fibra, visten el mismo traje blanco y el mismo
sombrero de paja, prendas que sólo se diferencían
por su calidad, no pudiéndose afirmar que eso sea
exclusivamente debido al clima, pues en regiones de
la República quizá más cálidas no se nota esa uni-
formidad de indumentaria. Lo mismo se puede de-
cir de la hamaca que es el lecho usado por todos en
la península. Hay también regionalismo pronuncia-
do en la música y en el baile. El aseo, la ablución
diaria, constituyen característica inherente a toda la
población, no obstante la escasez de agua. Por úl-
timo, sorpréndanse quienes no lo saben, se ha com-
puesto y se toca, cuando hay ocasión para ello, un
«himno nacional yucateco.»

Comulgan las diversas clases sociales yucate-
cas en un firme criterio antiestranjerista que es sen-
sato y admisible pues no llega a la hostilidad y al agresivismo, reduciéndose a la competencia: Yucatán es uno de los Estados donde menos extranjeros residen, lo que explica que el capital, las industrias, la agricultura, las vías de comunicación, etc., etc., sean netamente nacionales.

El aislamiento de Yucatán coadyuva eficazmente al desarrollo de su nacionalismo: limitándolo las aguas del golfo en gran extensión; por el oriente y el sur las regiones inexploradas de Quintana Roo y Campeche; sólo tiene comunicación con la República y países extranjeros por dos o tres de sus puertos, puertos detestables por cierto y hacia el S. O. por el ferrocarril que comunica con este Estado.

Examinemos ahora las relaciones que han existido entre Yucatán y el resto de la República: de México a Yucatán solamente se dirigían antes de la Revolución, gente de teatro pornográfico, gente de tropa, gente de presidio, trabajadores forzados y gentes que a título de empleados federales iban a redondear el vientre atropellando a todo hijo de vecino en lo que más duele, que dicen es el bolsillo. ¿Cuándo se vió en Yucatán la flor de los capitalistas mexicanos, de los profesionales, de los artistas? ¡Nunca! Se consideró al rico Estado como a la gallina de los huevos de oro, sin darle en cambio simpatías, ayuda material e intelectual, amor de hermanos y de compatriotas. ¿Se explica ya por qué los yucatecos constituyen una pequeña patria y han abrigado siempre legítimo concepto de nacionalidad?
La Dirección de Antropología

(Extracto de la segunda proposición formulada y presentada por el autor ante el 2º Congreso Científico Panamericano)
Es axiomático que la Antropología en su verdadero, amplio concepto, debe ser el conocimiento básico para el desempeño del buen gobierno, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la materia prima con que se gobierna y para quien se gobierna. Por medio de la Antropología se caracterizan la naturaleza abstracta y la física de los hombres y de los pueblos y se deducen los medios apropiados para facilitarles un desarrollo evolutivo normal.

Desgraciadamente, en casi todos los países latinoamericanos se desconocieron y se desconocen, oficial y particularmente, la naturaleza y las necesidades de las respectivas poblaciones, por lo que su evolución ha sido siempre anormal. En efecto, la minoría formada por personas de raza blanca y de civilización derivada de la europea, sólo se ha preocupado de
fomentar su propio progreso dejando abandonada a la mayoría de raza y cultura indígenas. En unos ca-
sos esa minoría obró así conscientemente; en otros, aunque intentó mejorar económica y culturalmente a aquella mayoría, no consiguió su objeto, porque desconocía su naturaleza, su modo de ser, sus aspiraciones y necesidades, resultando inapropiados y empíricos los medios propuestos para la mejoría de sus condiciones. Ese sensible desconocimiento se debe a que la población indígena no ha sido estudiada sensatamente, pues apenas si hay roce con ella por motivos de comercio o servidumbre; se desconoce el alma, la cultura y los ideales indígenas. La úni-
ca manera de llegar a conocer a las familias indíge-
nas en su tipo físico, su civilización y su idioma, consiste en investigar con criterio antropológico sus antecedentes precoloniales y coloniales y sus ca-
racterísticas contemporáneas.

Sentada la importancia capital que presenta la Antropología en los países latino-americanos, se abordó por el subscrito la cuestión de cómo se inves-

Se demostró primeramente que esa investiga-
ción no ha producido aún los frutos que eran de es-
perarse si se considera el estado avanzado que pre-

Sentada la importancia capital que presenta la Antropología en los países latino-americanos, se abordó por el subscrito la cuestión de cómo se in-
más copioso manantial antropológico y donde primeramente comenzaron las investigaciones de tal carácter, ya sea empíricamente:

En México se comenzó a investigar en Etngografía, Arqueología, Lingüística, Folklore y otros conocimientos antropológicos desde el siglo XVI. Así, Sahagún, Durán, Alva Ixtlilxóchitl, Cortés, Bernal Díaz y otros cronistas coloniales suministran intuitivamente datos de carácter antropológico bien interesantes, pero, por desgracia, aislados, inconexos, de valor exclusivo y significación unilateral, si se les juzga a la luz de criterio científico contemporáneo. Nada debe reprocharse a aquellos hombres, pues intentaron obra de historia y no de antropología. Llegó el siglo XIX, durante el cual la Antropología adquirió jerarquía científica, surgiendo laboriosos investigadores que se han sucedido hasta nuestros días. ¿Qué obra han hecho estos últimos? Puede dividirse en dos partes: 1ª Obra original consistente en investigaciones experimentales. 2ª Obra de reconsideración, consistente en volver a traer a luz datos de investigadores coloniales. Aun cuando las investigaciones que constituyen estas dos obras están hechas con mejor disciplina científica, puede asegurarse que, como las de autores coloniales, carecen de convergencia en sus tendencias y de integración armónica en su agrupación, permaneciendo como ellas aisladas e inconexas, ineloquentes, provistas de escaso valor individual.

Estas declaraciones parecen suficientemente
terminantes para que puedan permanecer dogmáti-
camente exhibidas, así que es conveniente expone
algunas demostraciones convincentes.

Por ejemplo, con respecto a población, se han
estudiado algunas familias indígenas y se concedió
alguna atención a los elementos sociales de origen
europeo; sin embargo, ese conjunto de investigacio-
nes no ha remediado en nada el sensible descono-
cimiento particular y oficial que reina sobre la po-
blación, fracaso cuyas causas trataremos de ex-
plicar:

Supongamos que se pretende establecer el con-
nocimiento antropológico de la gran familia otomí,
estacionada desde remotas épocas en las altas mesas.
Pues bien, de acuerdo con los procedimientos hasta
hoy seguidos, el investigador se dirige a un pueble-
cillo formado por individuos de habla otomí y ci-
niéndose a una correcta metodología etnológica, hace
la filiación de dichos individuos y procura que el
manuscrito relativo aparezca en alguna publicación
especialista, con lo cual queda satisfecho de su ta-
rea y creyéndola terminada, se dirige a estudiar a
los individuos zapotecas de este pueblo o a los tepe-
huanes de aquel otro. Ocurre naturalmente pregun-
tar: ¿aparte del valor individual correspondiente a
esse estudio, en su carácter de documento aislado,
qué trascendencia puede tener si no está acompa-
nado y eslabonado con los estudios etnológicos de
millares de otomís de otros pueblos y de los estu-
dios fisiográficos, biológicos, arqueológicos, históri-
cos y estadístico-demográficos complementarios?
¿no es indispensable analizar también las influencias interculturales y de cruce sanguíneo producidas en cuatro siglos por la presencia de los españoles inmigrantes?

Cuando ya se conozca científicamente el modo de ser de la gran familia otomí y el por qué de ese modo de ser, debe abordarse la meta final y práctica a la que principalmente tienden las investigaciones antropológicas, que no son meramente especulativas como en ocasiones se ha dicho: hay que determinar las necesidades actuales de esa gran familia, deducir y suministrar medios inmediatos para remediarlas y establecer la observación científica de su desarrollo a fin de colaborar desde hoy al acrcentamiento de su futuro bienestar físico e intelectual. Para ilustrar el concepto sobre esta última etapa, nos referiremos al problema del trabajo entre los otomí: se investigará si la capacidad de producción del otomí es normal o anormal, estableciéndose si la anormalidad es motivada por incompetencia física o resultante de voluntad consciente, estudiándose en ambos casos las causantes del fenómeno, particularmente desde el punto de vista de la alimentación, la cual debe adecuarse a la constitución del individuo, al ambiente biológico en que se desarrolla y a la labor que desempeña. Después podrá ya, autorizadamente, resolverse el problema desde los puntos de vista económico, político, etc., etc.

Cuando, de acuerdo con el procedimiento integral hasta aquí delineado, hayan sido incorporadas a la vida nacional nuestras fami-
lia indígenas, las fuerzas que hoy oculta el país en estado latente y pasivo, se transformarán en energías dinámicas inmediatamente productivas y comenzará a fortalecerse el verdadero sentimiento de nacionalidad, que hoy apenas existe disgregado entre grupos sociales que difieren en tipo étnico y en idioma y divergen en cuanto a concepto y tendencias culturales.

Para alcanzar tales fines el Gobierno Mexicano proyecta la erección de una «Dirección de Antropología» o «Instituto Antropológico Central», que tendrá por objeto el estudio de la población nacional desde los siguientes puntos de vista y de acuerdo con depurado criterio antropológico: 1° Cuantitativamente: Estadística. 2° Cualitativamente: Tipo físico, idioma y civilización o cultura. 3° Cronológicamente: Períodos precolonial, colonial y contemporáneo. 4° Condiciones ambientales: Fisio-biología regional.

Expuesto lo anterior, sólo nos queda solicitar que este culto Congreso recomiende como obra panamericana de alta trascendencia la creación de institutos análogos al que se acaba de mencionar, en los numerosos países americanos en los que la naturaleza y necesidades de la población lo imponen, pues así se engrandecerán, fortalecerán y fijarán las nacionalidades de América, con lo que el pan-americanismo será realmente eficiente.
La redención de la clase indígena
Hace nueve años el autor de este libro pretendió atacar en las columnas de la prensa capitalina, la persistencia de la «contribución personal» o «derechos de capitación», que se notaba entonces en diversos Estados, como amarga reliquia de la remotas encomiendas. Habiéndose negado todos los periódicos a comentar ese asunto, el autor pudo sin embargo publicar las siguientes líneas en el magazine *Modern Mexico* (1) que se imprimía en Nueva York y circulaba en México.

«Cuando admiro las grandes obras del pueblo Nipón, su precocidad y su inagotable energía, contemplo también por natural asociación de ideas, las dolientes miserias que abruman a nuestra pobre clase indígena.

Hurgando en las características étnico-sociales del indio se encuentran importantísimos factores

(1) Edición correspondiente a Marzo de 1907.
que podrían coadyuvar a su decisiva y trascendental regeneración.

Asombra su vitalidad tanto como su naturaleza antimorbosa. Es intrigante así mismo el problema de su economía animal, pues no encontraremos sino en muy pocos países, unidades humanas cuyo rendimiento sea tan elevado con relación a la exigüidad del alimento. El indio, por último, tiene aptitudes intelectuales comparables a las de cualquier raza.

En cambio, es tímido, carece de energías y aspiraciones y vive siempre temeroso de los vejámenes y del escarnio de la «gente de razón», del hombre blanco. Aun macula su frente el verdugón que alzara la bota ferrada del castellano conquistador.

¡Pobre y doliente raza! En tu seno se hallan refundidas la pujanza del bronco taraumar que descuaja cedros en la montaña, el exquisitismo ático del divino teotihuacano, la sagacidad de la familia de Tlaxcallan, el indómito valor del sangriento mexicano. ¿Por qué no te yergues altiva, orgullosa de tu leyenda y muestras al mundo ese tu indiano abolengo?

¡Pobre y doliente raza! No en vano te oprimió durante siglos un yugo tres veces tirano: el fanatismo gentil que deificó a tus monarcas sacerdotes; el fanatismo cristiano que si fué redentor durante las misiones, predicó después abyecto servilismo y en fin, el modo de ser brutalmente egoísta de los conquistadores que ahogó siempre toda manifestación por sana y elevada que fuese, si provenía de la cla-
se inferior. No despertarás espontáneamente. Será menester que corazones amigos laboren por tu redención.

La magna tarea debe comenzar por borrar en el indio la secular timidez que lo agobia, haciéndole comprender de manera sencilla y objetiva, que ya no tiene razón de ser su innato temor, que ya es un hermano, que nunca más será vejado. Para inculcar en su cerebro este civismo elementarísimo, serán precisos laboriosos esfuerzos y será también necesario abolir, entre otros, ese negro vestigio del pasado, esa reliquia de las encomiendas: los derechos de capitación.

Una vez que el indio se halle exento de esa «contribución por vivir» y se sienta hombre, una vez que confie, entonces, concurrirá a la escuela, y una rudimentaria iniciativa le hará buscar más amplios horizontes.

Coadyuvemos todos en nuestra esfera para ver de activar la realización de tan bellos ideales.

Próximamente daremos a conocer a nuestros lectores la iniciativa que en favor de la raza desvalida ha sido propuesta en la capital de uno de nuestros Estados fronterizos.»
Prejuicios sobre la raza indígena y su historia
En la interesante obra «The Mind of Primitive Man» que publicó el doctor Franz Boas como recopilación de sus conferencias en Harvard y en México, es digno de particular atención el capítulo intitulado «Racial Prejudices», en el que el ilustre Profesor condena los prejuicios con que frecuentemente se considera la aptitud intelectual de las diversas agrupaciones humanas y comprueba que no existe la pretendida inferioridad innata que se atribuye a algunos de esos grupos en relación con otros, sino que es producida por causas de orden histórico, biológico, geográfico, etc., etc., es decir: causas de educación y medio, que al variar hacen desaparecer aquella inferioridad.

La generalización de tan lógicas ideas es indispensable entre nosotros que constituimos un conjunto de agregados sociales étnicamente heterogé-
neos, cuyo progreso no es sincrónico y no se desarrolla en sendas paralelas sino divergentes.

El gran problema que encierra el estudio de las familias indígenas en México y el porvenir que les espera fue considerado siempre con prejuicios, empírica y superficialmente.

En un bando están los que conceptúan al agregado social indígena como una rémora para la marcha del conjunto, como un elemento refractario a toda cultura y destinado a perecer, como un campo estéril donde la semilla nunca germinará; asertos que creen autorizar señalando el innegable estado lastimoso en que el indio se debate desde hace cuatro siglos.

Los que predicen y hacen obra indianista, enaltecen ilimitadamente las facultades del indio, lo consideran superior al europeo por sus aptitudes intelectuales y físicas. Dicen que si el indio no vegetara oprimido, ahogado, por razas extrañas, habría de preponderar y sobrepasarlas en cultura: Altamirano, Juárez y otros casos aislados de indios ilustres, son ejemplos que aducen para fundar sus opiniones.

Naturalmente que ni unos ni otros están en lo justo. El indio tiene iguales aptitudes para el progreso que el blanco; no es ni superior ni inferior a él. Sucede que determinados antecedentes históricos, y especialísimas condiciones sociales, biológicas, geográficas, etc., etc., del medió en que vive lo han hecho hasta hoy inepto para recibir y asimilar la cultura de origen europeo. Si el peso abrumador
de los antecedentes históricos desaparece, que desaparecerá cuando el indio no recuerde ya los tres siglos de vejaciones coloniales y los cien años de vejaciones «independentistas» que gravitan sobre él; si deja de considerarse, como hoy lo hace, zoológicamente inferior al blanco; si mejoran su alimentación, su indumentaria, su educación y sus esparcimientos, el indio abrazará la cultura contemporánea al igual que el individuo de cualquier otra raza.

Resumiendo, puede decirse que todas las agrupaciones humanas poseen iguales aptitudes intelectuales en iguales condiciones de educación y medio, y que para imponer determinada civilización o cultura a un individuo o a una agrupación, debe suministrársele la educación y el medio inherentes a la cultura que se trata de difundir.

Por supuesto que la imposición de una civilización es mucho más rápida y fácil en un individuo que en una agrupación de individuos, pues con sólo transladar al individuo a un medio distinto en edad conveniente, se resuelve en general el problema; así, los niños indígenas de la América Española, que son enviados a educarse en Europa, adquieren todas las modalidades exteriores y la cultura intelectual de los europeos, con los que se identificarían absolutamente si en ocasiones la necedad humana no los distanciara algo, por el color de su pigmentación. En cambio, las agrupaciones sociales presentan gran resistencia para el cambio de civilización, aún en el caso de que se les translade a un
nuevo medio ambiente, según se puede juzgar por las tribus trashumantes que de Arabia, Turquía, Bohemia y otros lugares, se han extendido por todo el mundo sin cambiar su tipo físico, sus costumbres, ni su lengua.

La civilización europea contemporánea no ha podido infiltrarse en nuestra población indígena por dos grandes causas: primero, por la resistencia natural que opone esa población al cambio de cultura; segundo, porque desconocemos los motivos de dicha resistencia, no sabemos cómo piensa el indio, ignoramos sus verdaderas aspiraciones, lo prejuzgamos con nuestro criterio, cuando deberíamos compenetrarnos del suyo para comprenderlo y hacer que nos comprenda. Hay que forjarse—ya sea temporalmente—una alma indígena. Entonces, ya podremos laborar por el adelanto de la clase indígena. Esta tarea no es del gobernante ni del pedagogo, ni del sociólogo; está exclusivamente destinada al antropólogo y en particular al etnólogo cuyo apostolado exige no sólo ilustración y abnegación, sino muy principalmente orientaciones y puntos de vista desprovistos en lo absoluto de prejuicios. Esto en cuanto a los prejuicios de raza.

Respecto a la historia de las civilizaciones indígenas de México, anteriores a la Conquista, los prejuicios son tan numerosos y grandes, que han contribuido a hacer del interesante pasado prehispánico una relación errónea, fantástica e inadmisible, pudiéndose afirmar, en términos generales, que la historia prehispánica de México está en forma-
ción, pues lo que sobre el particular nos ofrecen los textos de historia es erróneo, carente de perspectiva histórica, formado y expuesto sin metodología científica.

Mencionemos, como ejemplo, las civilizaciones prehispánicas del Valle de México:

Los textos de historia patria las denominan de mil maneras; tolteca, chichimeca, colhua, aculhua, tepaneca, nahuatlaca, etc., etc.; discuten la propiedad de esos nombres abstractos, desechan unos, consagran otros y hasta inventan algunos. Al terminarse el curso, si se es estudiante, o al doblar la última hoja si lector, sucede que no se conoce el pasado nacional precolombino, pues sólo queda en la mente un enjambre de palabras indígenas de exótico fonetismo, cuya retención es tan laboriosa como inútil. En cambio, se ignoran cuáles y cómo eran realmente esas civilizaciones, se desconocen sus conceptos religiosos, sus obras de arte, instituciones religiosas, civiles y militares, sus industrias, etc., etc.

Se nos dirá que algunos textos de historia se refieren a la religión, al arte, a las costumbres de los habitantes prehispánicos; pero, juzgando justa y sinceramente la cuestión, creemos que sería preferible que dichos textos no abordaran tales problemas, pues su lectura desorienta todavía más que la de aquellos que nada dicen sobre el particular.

En efecto, la integración de características culturales que pretende hacerse, peca siempre de inarmonía, anacrónica y heterogénea, pues se mezcla
entre sí lo perteneciente a civilizaciones de culturas distintas, o bien se confunden las manifestaciones culturales desaparecidas hace decenas de siglos con las que a su llegada encontró florecientes Cortés.

Se comprueba esto con lo que ya dijimos sobre las civilizaciones del Valle de México: la historia las enumera profusamente dando de ellas más de veinte denominaciones, pero en último análisis, no las identifica, ni las distingue. En cambio, la arqueología sistémática (en este caso estratigrafía geológico-cultural), ha demostrado objetivamente (por medio de la arquitectura, la cerámica, la escultura, etc., etc.), que en el Valle de México existieron tres grandes civilizaciones, dentro de las cuales deben forzosamente fundirse todas aquellas que la historia ha creado de manera empírica.

Si son sensibles las deficiencias que presenta la obra de historia que hemos hecho en México desde la conquista hasta la fecha, es aún más desplorable nuestro descuido por la historia prehispánica, la cual no hemos formado no obstante la riqueza del material relativo. Esto, repetimos, es desplorable, puesto que la historia prehispánica debiera constituir la base de la colonial y la contemporánea.
Sociología y Gobierno
El método experimental con que el sociólogo observa y registra los fenómenos sociales, es científico, pero las leyes que pretende deducir de tales principios no lo son, ya que si lo fueran sería posible predecir los acontecimientos sociales y asegurar eternamente el bienestar de los pueblos, cosa que se ha intentado desde que el mundo es mundo, pero que nunca se ha conseguido.

Eso, con respecto a los pueblos en los que se ha emprendido verdadera investigación sociológica.

En México no se han formulado leyes sociológicas, lo que es natural, puesto que tampoco se ha emprendido la tarea preparatoria de establecer los principios integrales de esa ciencia, obtenidos por medio de experimentación científica.

Nuestros gobernantes no necesitan empíricas leyes sociales para gobernar, pero sí les es indispensable conocer las características de los individuos y
agrupaciones, a fin de atender conscientemente a sus necesidades y procurar su mejoramiento.

¿Conocemos a nuestras clases sociales por rigurosa observación experimental? No señor. Las clasificamos a ojo de buen cubero en: alta, media y baja, o bien, en caló popular: pelados, decentes y rotos, o por último, con pedantería etnológica: indios, blancos y mestizos.

Generalmente, nuestros gobernantes fomentan el bienestar de la clase a que pertenecen por origen, o de aquella a la que por cualquier circunstancia se han incorporado, dejando a las otras vegetar pasivamente. En ocasiones, el gobernante no se ha dado cuenta de ese unilateralismo, porque, dedicado con exclusión a conocer a determinada clase social, incurre en prejuicios con respecto a las restantes y les aplica procedimientos empíricos, puesto que ignora sus aspiraciones y necesidades.

La pugna ha sido siempre entre la llamada clase alta, rica y poderosa, y la baja, que si es pobre, en cambio tiene mucho mayor poder material. La clase media, fuente de actividades intelectuales, de cerebros aptos para dirigir, ha vivido en una estira y afloja, en un constante va y ven entre las otras dos.

Todo esto depende, repetimos, de que no nos conocemos unos a otros. En páginas siguientes nos permitiremos exponer medios que ocurren para hacer factible ese conocimiento.
El conocimiento de la población
No pueden determinarse las necesidades de un pueblo ni por lo tanto procurar su mejoramiento sin conocer su estadística.

La estadística es una integración sistemática de las características económicas, etnológicas, biológicas, etc., etc., de los individuos y de las agrupaciones humanas. El conocimiento de estas características conduce al conocimiento de las necesidades de la población y sugiere los medios de aliviarlas.

En México, la estadística ha tendido a la apreciación cuantitativa de la población, pero casi nada a la cualitativa, lo que ha sido causa de eternos fracasos gubernamentales. En efecto, ¿cómo obtener buenas cosechas si se desconoce la composición de las tierras, la calidad de las semillas y los métodos
de cultivo, por más que no se ignoren las dimensiones del campo de labranza y la cantidad de semilla por sembrar? Pues lo mismo puede decirse en México con respecto a la estadística.

El gobernante debiera tener por guía al sociólogo: la obra del sociólogo reposa en la piedra angular de la estadística; la estadística a su vez se funda en la integración armónica de múltiples datos económicos, geográficos, etnológicos, etc., experimental y científicamente elegidos. Pero, cuando sólomente se cuenta con datos aislados de valor empírico y cuya recopilación no es sistemática, claro es que la estadística se equipara a un inventario comercial que denomina y suma objetos. Entonces el sociólogo se transforma en juglar, porque de datos disímilbolos, inconexos, sin significación, deduce principios y leyes sociales paradócticamente correctas, pero falsas e inútiles en realidad. Y, lógicamente, sucede que si el gobernante gobierna sin consultar al sociólogo, lo hace mal, pero si lo consulta lo hace peor, porque es menos perjudicial gobernar al pueblo observando directa, aunque superficialmente, sus necesidades, que viéndolas a través de empíricas conclusiones desconcertantes.

No sólomente necesitamos saber cuántos hombres, mujeres y niños hay en la República, ni qué idiomas hablan, ni cómo se denominan sus agrupaciones étnicas. Hay que conocer otros muchos datos: geografía, geología, meteorología, fauna y flora; todo esto, no en detalle, sino sólo en lo relativo a las condiciones de habitabilidad regional. Asimismo,
idioma, religión, industria, arte, comercio, folklore, indumentaria, alimentación, energía muscular, tipo físico antropológicamente determinado, etc., etc.

Cuando poseamos esos datos, ya conoceremos nuestras necesidades, aspiraciones, deficiencias y cualidades y podrá procurarse el mejoramiento de las diversas agrupaciones étnicas que forman la población, obrando con conocimiento de causa.

La Constitución de 57, que es de carácter extranjero en origen, forma y fondo, ha sido y es adaptable al modo de ser material e intelectual de un veinte por ciento de nuestra población que por sangre y por civilización es análoga a las poblaciones europeas. Para el resto, dicha Constitución es exótica e inapropiada.

Es erróneo, por ejemplo, querer que una misma ley, rija al lacandón de Chiapas, que anda desnudo y vive de la caza y de la pesca en una salvaje región tropical, donde no tiene más noción de patria que la constituida por sus montañas, sus mujeres y sus hijos; al fronterizo del Norte en el que se han infiltrado el idioma, la industria, las aptitudes comerciales y demás características del pueblo norteamericano; al individuo de las altas mesas, conservador de las tradiciones, de los hábitos y de la religión, al costeño liberal e innovador; al fronterizo del Sur cuya cultura es más centro-americana que mexicana, al indio en general, desvalido y analfabeto, que habla distintos idiomas, vive en diversos climas y difiere en hábitos; al hombre culto, indus-
trioso, de tendencias progresistas; al individuo de estirpe aristocrática que se ha educado (?) en el extranjero y cuando regresa a sus lares ostenta repulsivo hibridismo en costumbres e ideas.

Cuando el gobernante conozca bien a esos individuos y a sus agrupaciones, será posible la tarea de legislar sobre su vida social. Entonces podrá formarse una constitución general de grandes lineamientos y leyes particulares adecuadas a las características étnico-sociales y económicas de nuestras agrupaciones y a las condiciones geográficas de las regiones que respectivamente habitan.

Resumiendo lo expuesto, consideramos indispensable, para el éxito de cualquier Gobierno que realmente quiera hacer obra eficiente y de nacionalismo, que por todos los medios posibles sea fomentada la adquisición de datos estadísticos correctos, a fin de que la población sea conocida, no sólo cuantitativa, sino también cualitativamente.
Algunas consideraciones sobre Estadística
Bases generales

1°—La Estadística está constituida por un conjunto de datos cuantitativos y cualitativos, referentes a la población, a sus características distintivas innatas y a sus actividades exteriores.

2°—Estos datos deben ser metódica y experimentalmente adquiridos para que tengan un valor legítimo y no falseen el resultado de los cálculos que con ellos se efectúen posteriormente.

3°—Con estos datos y por medio de determinados procedimientos matemáticos, se harán comparaciones, combinaciones y relaciones; se formarán grupos, clases y series; se obtendrán máximos y mínimos, promedios, medianas, porcentajes, etc., expresando esto gráficamente por medio de diagramas cuando sea necesario.

4°—La observación de estos últimos datos, por
un personal de verdadera competencia, permitirá deducir las causas probables de ciertos fenómenos sociales desfavorables y sugerirá los medios para que éstos se tornen favorables, tendiéndose así a producir el conveniente desarrollo físico, intelectual y económico de la población.

Expuestos los anteriores lineamientos generales, universalmente aceptados en materia de estadística, examinemos en síntesis el valor positivo que presenta la obra estadística hecha en México e indiquemos las innovaciones que para obtener futuros resultados verdaderamente prácticos podrían intentarse en México.

**Labor estadística efectuada en México**

Obra de estadística integral no se ha efectuada en México, es decir, que ni toda la población de la República fué incorporada en los cálculos respectivos, ni se reunieron datos de todas sus características y actividades. La recopilación de datos no se efectuó, con contadas excepciones, de acuerdo con sistemas científicos, sino empíricos, por lo que el valor positivo de los mismos es bien relativo. En pocas ocasiones se hizo uso de los procedimientos matemáticos impuestos por la experiencia para el manejo de tales datos y la deducción de consecuentes resultados, por lo que las conclusiones carecen generalmente de suficiente exactitud. Por último, capítulo el más importante, la tarea estadística se
detuvo ahí, conformándose las oficinas correspondientes con darle carácter meramente expositivo a los datos y resultados que se mencionan arriba, para cuyo fin se les daba a la publicidad periódicamente. No se hizo, en efecto, aplicación práctica de las conclusiones, lo que imposibilitó la deducción de medios conducentes a producir mayor eficiencia en las actividades de la población y mejoría de sus características, meta general de las investigaciones estadísticas.

Como investigaciones estadísticas deficientes, pueden citarse entre otras la del trabajo y la de precios de venta de artículos, especialmente los de primera necesidad. La Estadística étnico-demográfica, que es de capital importancia en los países como México, donde la población es heterogénea en raza, cultura, idioma, sistema de alimentación, etc., etc., nunca suministró datos de interés, ni menos conclusiones fidedignas. La Estadística vital, o sea la que explica el ascenso y descenso numérico de nacimientos, defunciones y matrimonios y sugiere los medios para disminuir las defunciones y acrecentar los nacimientos, fué objeto de mayor atención, pero en esfera tan restringida que no permite generalizar.

Pecaríamos de exagerados si no hiciéramos notar que, no obstante las deficiencias expuestas, el material estadístico formado en tiempos pasados y existente en Oficinas Federales y de los Estados, puede todavía suministrar numerosos datos que serán de gran utilidad si se les selecciona e integra convenientemente.
Se impone un criterio nacionalista para la formación de la futura Estadística mexicana.

Las bases generales sobre las que se hace obra estadística son iguales en todos los países, puesto que la naturaleza de los hombres es la misma, fundamentalmente considerada. Sin embargo, no en todos los países se puede ni debe hacer uso de iguales métodos estadísticos, adoptar las mismas tendencias, ni alcanzar resultados idénticos: 1° En México sería actualmente imposible hacer uso de los mismos métodos estadísticos empleados en los Estados Unidos, porque no contamos con los poderosos recursos económicos que son necesarios para tal empresa y en seguida, por carecer de personal competente y de ayuda por parte de la población, que siempre se muestra poco dispuesta para suministrar datos. 2° En Alemania o Francia no se concede principal atención en la formación de estadísticas, a la investigación etnográfica, por presentar la población relativa unidad en cuanto a raza, cultura e idioma, atendiéndose de preferencia a otros ramos estadísticos, en tanto que la heterogeneidad étnica de la población mexicana, su divergencia en ideales, sus diferentes idiomas, etc., etc., hacen indispensables tender desde luego al conocimiento y caracterización etnográfica de los diversos grupos sociales para hacer que sus actividades y características convengan y se desarrollen armónicamente y se prepa-
re un futuro estado de cohesión social que es inherente a toda nacionalidad definida y consciente. 3° En los países en que reinan ciertas condiciones biológicas y la base de alimentación es el trigo, las estadísticas vitales demuestran que para que un hombre rinda producción normal de trabajo, debe acusar ante el dinamómetro determinada energía derivada de la estructura muscular. En México los resultados son otros: las razas indígenas cuya alimentación es a base de maíz, suministran proporción normal de trabajo, y sin embargo su escasa musculación no corresponde teóricamente a aquella normalidad, por más que su resistencia sea notable.

Los ejemplos citados, entre otros muchos que podrían mencionarse, demuestran que la labor estadística que se haga en México, debe reposar en bases generales de aplicación universal, pero hay que adaptar éstas a las particulares condiciones de orden social, biológico, étnico, etc., etc., que caracterizan a nuestra población y a los recursos económicos de que pueda disponerse para tal objeto.
La obra de arte en México
Parece aventurado clasificar las manifestaciones artísticas existentes en México—arquitectura, escultura, pintura, cerámica, orfebrería, artes decorativas, etc., etc.—pues además de ser varias de ellas poco conocidas, difieren entre sí en cuanto a origen cultural, carácter, técnica y valor simbólico.

Sin embargo, conociendo ligeramente las características del arte occidental, analizando los antecedentes artísticos prehispánicos y determinando la resultante o resultantes de las influencias mutuas de esas manifestaciones, puede hacerse la siguiente clasificación provisional, la que sin pretensión alguna exponemos ante la crítica a fin de corregirla posteriormente.

1° Obra artística prehispánica.
2° Obra artística extranjera.
3° Obra artística de continuación, por incor-
poración evolutiva. Obra artística de continuación, por incorporación sistemática.

4º Obra artística de reaparición, por copia. Obra artística de reaparición espontánea.

*Obra artística prehispánica.* —Estas manifestaciones artísticas se produjeron en México hasta la llegada de la Conquista.

Las más interesantes —si se les compara con las que presentan la misma antigüedad cultural en Oriente y Occidente— son la arquitectura, el arte plumario, el arte lapidario, la metalurgia artística —oro y cobre— la cerámica, la decoración que es profusa y original, etc., etc.

La columna con basamento, fuste y capitel; el pilar prismático de basamento piramidal; la «bóveda de salientes»; la ventana que puede llamarse ojival; el estucado y pulimento de paredes y suelos, así como los frescos murales; los pavimentos de capas superpuestas de hormigón, tezontle, tepetate y cal para detener las infiltraciones en terrenos húmedos, etc., etc. Todo esto, además de otros mil detalles que la brevedad de este artículo nos obliga a omitir, denota gran observación y conocimiento constructivo en los arquitectos prehispánicos aparte del original criterio estético que se mira impreso en las maravillosas decoraciones de sus edificios. Lo mismo puede decirse de sus joyas de oro y plata, fundidas, batidas y «trenzadas»; de los opulentos mosaicos de pluma o de los de turquesa, cristal de roca y jade. Para convencerse de lo expuesto, estúdiense las civiliza-
ciones maya, azteca, teotihuacana, mixteco-zapoteca, etc., etc.

**Obra artística extranjera.**—Es la que se ha importado de otros países desde que comenzó la Conquista hasta nuestros días y ha sido ligeramente reformada por la influencia de condiciones ambientales, pero no por el arte indígena.

Durante el siglo XVI predominó el arte español y algo, se hizo notar el flamenco y el italiano, en razón del contacto que en Europa tenían España, Italia y los Países Bajos. Posteriormente esa importación se extendió también a otros países, principalmente a Francia. Hoy, de todos los países cultos tenemos obra de arte.

**Obra artística de continuación.**—Esta, que es obra nacional, la que más nos interesa, se forma como ya dijimos de dos maneras.

Por incorporación evolutiva.—Este arte se originó y desarrolló espontáneamente desde que se hizo la Conquista. El arte español y el prehispánico estaban frente a frente, se invadieron uno a otro, se mezclaron y en muchos casos se fundieron armónicamente. Examinando con minuciosidad estas manifestaciones artísticas, puede verse que tienen dos orientaciones claramente definidas:

El Indio, depositario del arte prehispánico, siguió cultivándolo con fervor, pero tuvo que introducir, forzosa o voluntariamente, elementos del arte español. Ejemplo de esto, son las industrias artísticas indígenas. En cambio, los españoles alentaban e imponían su arte invasor, pero no pudieron impe-
dir que elementos del arte prehispánico, se incorporasen a él. Esto puede comprobarse principalmente en arquitectura: La arquería de Tecamachalco, las iglesias de Coyoacán, Atzcapotzalco, Tlalnepantla y otras más, ofrecen con profusión como elementos decorativos incorporados, estilizaciones prehispánicas de flores, aves, plumas, motivos geométricos, etc., todo lo cual puede ser identificado, examinando los códices y monumentos arquitectónicos, cerámicos y escultóricos de origen prehispánico.

Por incorporación sistemática.—Hemos dicho que la obra artística fruto de incorporación evolutiva, tiene dos orientaciones lo que es bien sensible, pues tal divergencia en materia de arte contribuye poderosamente a alejar a las clases sociales mexicanas que, respectivamente, se inclinan en uno o en otro sentido. La clase indígena guarda y cultiva el arte prehispánico reformado por el europeo. La clase media, guarda y cultiva el arte europeo reformado por el prehispánico o indígena. La clase llamada aristocrática dice que su arte es el europeo puro. Dejemos a esta última en su discutible purismo, por no sernos de interés y consideremos a las dos anteriores.

Ya es bastante con la diferencia étnica y económica que separa a aquellas dos clases sociales. El transcurso del tiempo y el mejoramiento económico de la clase indígena, contribuirán a la fusión étnica de la población, pero también coadyuvará de manera eficaz, para el mismo objeto, la fusión cultural de ambas clases. Es, pues, indispensable la-
borar en este sentido. Para ello debe sistematizarse —hasta donde son posibles método y sistema en materia de arte— la producción artística del indio y del individuo de la clase media. Hay que acercar el criterio estético del primero hacia el arte de aspecto europeo e impulsar al segundo hacia el arte indígena.

Es indispensable que uno y otro conozcan los antecedentes artísticos del arte que consideran como fundamental y los del incorporado. Claro es que al individuo de la clase media, corresponde primero iniciarse en la técnica y el carácter del arte prehispánico y del indígena contemporáneo, puesto que hoy por hoy tiene muchas más facilidades de ilustrarse que el indio.

Cuando la clase media y la indígena tengan el mismo criterio en materia de arte, estaremos culturalmente redimidos, existirá el arte nacional, que es una de las grandes bases del nacionalismo.

Felizmente, esta tarea, que apenas hemos esbozado, se inicia ya en instituciones oficiales y particulares.

**Obra artística de reaparición.** —Por copia.— Comprende, la obra artística pretérita, de cualquier género, reproducida o copiada fielmente en nuestros días.

Así, entre otros ejemplos, las reconstrucciones de la obra prehispánica, lo mismo que las copias que existen de obras de arte extranjero, pertenecen a esta parte de la clasificación.

**Espontánea.** —Esta producción artística parece
ser resultado de un fenómeno muy poco conocido cuyas causas son obscuras y complexas. Se ha notado por el subscripto, en la obra artística inmediatamente prehispánica. Mencionaremos un ejemplo: en la civilización teotihuacana que floreció en el Valle de México hace, probablemente, más de diez centurias, existen determinadas formas artísticas, las cuales desaparecieron cuando se desintegró dicha civilización, pues ya no son perceptibles entre las formas características de las civilizaciones que pueden considerarse como sus sucesoras. Sin embargo, a raíz de la Conquista reaparecen esas formas. Dos formas artísticas idénticas, que aparecen en el mismo lugar, con un intervalo mayor de mil años, ¿tiene distintas causas de formación o la última se origina de la primera, la continua, no obstante que en el largo intervalo de tiempo que las separa no existe aparentemente liga alguna entre las dos?

Para darse cuenta exacta de esta clasificación, hay que examinar objetivamente la obra artística considerada en cada grupo.
El concepto del arte prehispánico
Lao.1:

Museo Nacional.

Museo Nacional.

Museo Nacional.

Códice Fejervary-Mayer.

Arte Azteca
LAMINA 2

Arte Prehispanico (Civilización AZTECA)

Culhuacán

Culhuacán

Culhuacán

Culhuacán

Album de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas.

Láminas 1, 14, 16 y 23.
Arte Prehispánico.

Testihuanán
Museo Local

Teotihuacán
Museo Local

Tlatelolco.
Peñafiel-Monumentos del
Arte Mexicano. Lam. 21.

Zumpango.
Peñafiel-Monumentos Arte
Mexicano. Lam. 16.

Arte Occidental.

Persia (Persepolis)
Historia del Arte (Perrot y Chipiez)
Tomo V. pag. 531.

Caldea.
Historia del Arte (Perrot y Chipiez)
Tomo II. pag. 132.

Fenicia.
Historia del Arte (Perrot y Chipiez)
Tomo III. pag. 810.

Grecia Arcaica.
Historia del Arte (Perrot y Chipiez)
Tomo VII. pag. 148.

Fenicia.
Historia del Arte (Perrot y Chipiez)
Tomo III. pag. 810.

Decoración contemporánea
Dibujó V. Apoyada.
- Arte Prehispánico

-Caballero Aguila
Museo Nacional.
México.

-Uxmal.- Yucatán.

- Arte Occidental.-

Adon.- (323 a 336 A.C.)
"Tesor de numismatique et de -
glipique" Planche XIII.

-Egipto-
Historia del Arte -(Perrot-Chipiez)
Tomo 1º pag 256.

Lámina 5.

Lámina 5 bis
El criterio estético occidental

Frecuentemente se califica de estética o de antiestética la producción artística arqueológica (1), pero casi nunca se explica por qué se le denomina así. Se juzga el arte arqueológico unilateralmente, como cada uno cree que debe ser y no como es; se prejuzga, no se juzga. Esto hace que el concepto general que tenemos del arte arqueológico, sea indefinido y nuestra obra arqueológica-artística poco conocida y estimada.

¿Dónde está el arte en lo arqueológico? ¿Deja de ser artístico un ejemplar arqueológico por el solo hecho de no despertar en nosotros igual emoción estética que una producción de arte clásico o mo-

---

(1) Nos referimos al europeo.
(2) En este artículo la palabra «arqueológica» equivale a prehistórica.
Indudablemente que no, pues si bien por desconocimiento del ambiente arqueológico ese objeto pudiera, explicablemente, no ser considerado como actualmente artístico o artístico desde nuestro punto de vista o de acuerdo con nuestra estética, no hay motivo para que, lógicamente, se le despoje del carácter artístico que tuvo para pueblos pretéritos. Por otra parte ¿por qué actualmente algunas producciones arqueológicas, parecen artísticas y otras no, por más que todas hayan poseído carácter artístico cuando fueron creadas?

Ante el arte no hay pueblos excluidos ni pueblos predilectos; está en todas las latitudes y en todos los corazones; sus diversas modalidades y aspectos, señalan el modo que de sentirlo y expresarlo, tienen las agrupaciones humanas.

Los hombres de civilización contemporánea occidental, tenemos análoga manera de sentir, de juzgar el arte; poseemos, si cabe la expresión, un «patrón de estética»: un latino, un sajón, un eslavo, estamos casi siempre de acuerdo cuando decimos: «esto es artístico, bello,» lo cual se debe a que detrás de nosotros existen tres o cinco mil años de escuela artística latente, cuyas tendencias han convergido a la unificación de nuestro criterio estético. Somos críticos de hoy y críticos de todas las civilizaciones occidentales pasadas; un busto impresionista de Rodín, el sereno perfil clásico de un Antinoo, un rostro demacrado del arte cristiano medievoal, son artísticos por diferentes capítulos, pero todos despiertan en nosotros emoción estética: comprende-
amos a Rodin, porque vivimos con él, comprendemos el arte de tiempos pasados, el de Grecia, el de Roma, el de Bizancio, porque la Historia, la Literatura, el Museo y otros factores educativos que constituyen nuestra gran herencia artística, nos permiten también conocer a esos pueblos, vivir su vida, abrigar sus preferencias y aversiones, sufrir con sus penas, gozar de sus placeres, alentar en su ambiente.

Estamos preparados, dispuestos. Nuestra alma puede ser en cualquier momento helénica, románica o bizantina, nuestra emotividad artística vibrará siempre al mismo diapasón que la de los hombres de aquellos tiempos y de aquellos países. Lo que queda expuesto, sobre romanos, griegos y bizantinos, debe aplicarse a los demás pueblos progenitores cercanos o remotos del arte occidental: Egipto, Caldea, Asiria, Fenicia, Judea, Arabia, India, Persia y Asia Menor.

En resumen, puede decirse que los estados mentales que presiden a la producción de una obra artística o que se originan por su contemplación, en buena parte resultan del ambiente físico-biológico social contemporáneo a la aparición de dicha obra, así como de los antecedentes históricos relativos a los pueblos que son antecesores artísticos de aquel que la produjo.

Expuesto lo anterior, podemos ya preguntarnos ¿se puede experimentar emoción artística ante un arte, como el prehispánico, cuyas manifestaciones aparecen por primera vez ante nuestra vista?

Esto es lógicamente imposible, porque no se
puede calificar en ningún sentido aquello de que no se tiene conocimiento, y lo que por primera vez se contempla, no puede ser apreciado ni estimado suficientemente para calificarlo. Psicológicamente, es también imposible, porque las conexiones de estados mentales producidas por la presencia de manifestaciones artísticas, son fruto de la experiencia, no espontáneas.

**Conclusiones experimentales**

A fin de obtener conclusiones experimentales sobre el particular, expusimos ante observadores de reconocida cultura artística occidental, pero profanos en lo relativo a las civilizaciones precolombinas, diversas manifestaciones de arte pre-hispanico y dichos observadores declararon que algunas de esas manifestaciones les parecían artísticas, en tanto que otras les eran indiferentes o hasta repulsivas. Entonces se hizo la siguiente selección: Primero, se reunieron en un grupo las producciones arqueológicas que no parecían artísticas ante el criterio occidental de dichos observadores (lám. 1 y 2). Segundo, se reunieron en otros grupos, las producciones que sí les parecieron artísticas (lám. 3, 4 y 5).

Hecha tal selección, naturalmente surgió esta pregunta: ¿por qué esa diferencia de criterio, si a dichos observadores les eran anteriormente desconocidas las manifestaciones de arte prehispánico representadas en ambos grupos?

*Producción arqueológica que no parece ar-
tística ante el criterio estético occidental. — Las manifestaciones artísticas contenidas en el primer grupo, (láminas 1 y 2), no podían haber despertado emoción estética en los observadores, por ser, como ya se expuso, lógica y psicológicamente imposible, puesto que les eran anteriormente desconocidas.

Pero, para quienes tengan antecedentes, para quienes sepan por qué y cómo surgieron estas manifestaciones, sí son artísticas, tanto como las de cualquier país en cualquier época.

Consideremos rápidamente, como un ejemplo, las representaciones de tipo azteca de las citadas láminas 1 y 2.

Parece, por las informaciones relativas a esa civilización, que los individuos que la constituían, presentaban como principales características, su fanatismo religioso, su actividad, su espíritu guerrero y su nomadismo, todo lo cual despertó siempre el odio y provocó las persecuciones de las familias con quienes tropezaban en su marcha. Las altas mesas que atravesaron en sus milenarias peregrinaciones eran generalmente estériles e inhospitalarias, pues sólo les brindaban una flora espinosa y la fauna se componía de reptiles, felinos y otros animales temibles. El horizonte se limitaba por serranías de quebrados perfiles y acantilados abruptos o por el zigzag de los bosques de coníferas en los altos picos. Sólo el firmamento parecía brillar para ellos. Pues bien, ese ambiente físico-biológico social, se expresa con relieves muy vivos en su mitología y en su arte: así se explica que sus dioses mayores hayan
sido los del Agua y de la Guerra, símbolos antitéti-
cos de sus dos eternos enemigos: los pobladores y
la esterilidad de las regiones que recorrían. Por eso
sus ritos eran sangrientos y fúnebres; por eso las
líneas, los colores, las superficies y las masas de su
decoración, de su escultura y de su arquitectura, no
expresan la placidez de ánimo, el bienestar, la hol-
gura que, por ejemplo, se nota en el arte teotihuac-
cano, sino la vida azarosa y difícil de quienes no
encontrando subsistencia fácil en las abruptas y es-
tériles regiones que recorrían, tuvieron que conquis-
tarla arrebatándola por fuerza a otros hombres.

Produción arqueológica que parece artística
ante el criterio occidental. — Podría asentarse, a
priori, que la emoción artística experimentada
por los observadores ante el segundo grupo de
manifestaciones de arte prehispánico (láminas
3, 4 y 5), es lógica y psicológicamente im-
 posible de producirse, puesto que éstas son,
como las del primer grupo, anteriormente descono-
cidas para ellos. Sin embargo, recapacitando dete-
nidamente sobre el particular, se concluye que la
emoción experimentada en este segundo caso es ló-
gica y psicológicamente posible de producirse des-
de cierto punto de vista y no lo es desde otro.

Expliquemos el aparente paradojismo de tales
assertos. Primer punto de vista: las representacio-
nes de este grupo aparecen artísticas, despiertan
emoción estética en los observadores, por su seme-
janza morfológica, que en casos llega a ser identi-
dad, con las representaciones del arte occidental,
arte que les es familiar, que están habituados a juzgar, a estimar, a producir y a sentir. En efecto, compárense las representaciones de las láminas 3, 4 y 5; que son de filiación prehispánica, con las representaciones de las láminas 3 bis, 4 bis y 5 bis, que son representaciones del arte occidental. Las primeras agradan, parecen artísticas, despiertan emoción estética en observadores de criterio occidental, porque, aun cuando les eran desconocidas anteriormente se asemejan o son idénticas, morfológicamente, a las segundas, que ya les eran conocidas y familiares con anterioridad, contribuyendo por lo tanto, las primeras como las segundas, a formar en su mente lo que en psicología se denomina una «imagen genérica».

Segundo punto de vista: No es lógico, ni psicológico, que dichos observadores experimenten la misma emoción estética al contemplar las representaciones de las láminas 3, 4 y 5 que cuando observan las de las 3 bis, 4 bis y 5 bis, porque si bien son iguales o parecidas, morfológicamente, dichas representaciones difieren en cuando el ambiente físico-biológico social en que se originaron y a los estados mentales que presidieron a su factura.

Considereremos como un ejemplo la cabeza de arte azteca representada en la lámina 5, la cual es generalmente conocida con la denominación de «Caballero Aguila». Desde el primer punto de vista es lógico y psicológico, que esa cabeza despierte en los observadores emoción estética, porque por su aparente aspecto clásico evoca de un golpe en su mente
todo lo análogo que anteriormente han visto perteneciente al arte clásico, contribuye a la formación de la imagen genérica a que ya nos hemos referido. Experimentan, en fin, idéntica emoción que si contemplaran la cabeza, morfológicamente análoga, representada en la lámina 5 bis, la cual realmente es una producción del arte clásico.

Desde el segundo punto de vista, no es lógico ni psicológico, experimentar tal emoción ante la escultura del Caballero Águila, puesto que no fué esculpida bajo el cielo de la Argólida ni de la Campiña Romana, sino en las altas mesas mexicanas y no le inspiraron el alma griega o la romana, sino la azteca.

En resumen, esa emoción, es un fraude psicológico, es híbrida, puesto que la originan la contemplación de formas americanas y la evocación de ideas europeas.

**El verdadero punto de vista:** Para que el Caballero Águila, despierte en nosotros la honda, la legítima, la única emoción estética que la contemplación del arte hace sentir, es necesario, indispensable, que armonicen, que se integren, la belleza de la forma material y la comprensión de la idea que ésta expresa. El término «Caballero Águila» es indeterminado e inexpresivo. Debemos saber dónde y cuándo vivió y el cómo y el por qué de su vida. El Caballero Águila no es un discóbolo ni un gladiador romano. Representa el hieratismo, la fiereza, la serenidad del guerrero azteca de las clases nobles. El escultor que lo hizo, estaba connaturalizado con la
época de su florecimiento, fué espectador de sus combates, de sus derrotas y de sus triunfos y de todas esas visiones épicas surgió en su mente, embellecido y palpitante, el tipo de la raza: se mira en él la inmutabilidad, el reposo, en que parecen dormir ante el dolor y el placer los rostros indígenas; el cruel orgullo de los hijos de México, la cosmópolis de aquel entonces, señora y dueña de mil comarcas teñidas en sangre y extremeñadas de pavor; la abstracción mental, producida por el ambiente religioso de sangrientos ritos y torturas voluntarias, de eternas taumaturgias obsesionantes, de misteriosas cosmogonías...

Sólo así, conociendo sus antecedentes, podemos sentir el arte prehispánico.

De otra manera continuará sucediendo, como hasta ahora, que los juicios emitidos sobre dicho arte, serán desconcertantes hasta llegar a lo incomprehensible y que las producciones contemporáneas hechas con motivos artisticos prehispánicos, adolecerán de un hibridismo desolador.
El arte y la ciencia después del movimiento independentista
Conciencidas pesquisas históricas se han hecho sobre las innovaciones de orden social y político que trajo consigo la Independencia, pero poca atención se prestó a otras como, por ejemplo, las de carácter artístico y científico.

La población mexicana de origen español fue durante la época colonial, por razones muy naturales, análoga a la española. En España y por lo tanto en México, las manifestaciones artísticas alcanzaron siempre desarrollo evolutivo mucho más avanzado que los conocimientos científicos: Por cada Hernández, por cada Alzate, que brotaban esporádicamente, florecían con profusión los anónimos artistas que silenciosos y pacientes crearon esa alta y extensa obra de belleza que es nuestro Arte Colonial.

Al alborear el siglo XIX, podía notarse espe-
cialmente, la supremacía de las actividades encaminadas a la producción de lo bello y la deficiencia de las investigaciones científicas: La arquitectura había alcanzado tan interesante desarrollo, que en realidad no es exagerada la proverbial observación de Humboldt. Hasta los míseros poblados que no contaban más de cien almas, y se perdían encaramados en la serranía o hundidos en el valle, dejaban mirar edificaciones bellísimas coronadas por la brillante policromía de altos domos de azulejo y la piedra filigranada de estatuas y cruces; el románico, el plateresco, el barroco, el churriguera, el mudéjar, los clásicos, muchos ariosos estilos, lucían por doquier su aspecto típico, único, distinto del de los originales europeos a causa de la influencia que el criterio americano y los antecedentes históricos habían ejercido. Aparte de la tendencia puramente estética que presidía a las construcciones de entonces, se procuró de continuo adaptarlas a las condiciones climatéricas regionales: techumbre alta, amplios corredores, patios espaciosos, suelos de azulejo y ladrillo. Y con la misma pujanza y originalidad florecían las demás manifestaciones de arte.

La ciencia, en cambio, vejelaba raquíticamente: el catolicismo ultramontano de la época y el temor que la metrópoli abrigaba de que nuevas luces de saber se transformaran en intentos independientes al llegar a la Nueva España, hicieron que el progreso científico europeo fuera generalmente desconocido en América. Para comprobar esto, examínesela bibliografía de lo escrito en México durante
los siglos XVI, XVII y XVIII y se verá que en gran mayoría se refiere a teología, bellas letras e historia y muy poco, casi nada, es de carácter científico.

Al efectuarse la Independencia se inició un curioso fenómeno: la emancipación del país produjo general estancamiento artístico y paralizó algunas manifestaciones de Arte Colonial. Por el contrario los conocimientos de carácter científico se difundieron grandemente.

¿Cuál ha sido en efecto la obra de arte producida en México durante el siglo XIX? ¿Constituye un conjunto definido, típico, representativo de las distintas tendencias estéticas de la población como lo fue el Arte Colonial? Después de la Independencia las manifestaciones artísticas de nuestras diversas agrupaciones nacionales continuaron produciéndose, pero algunas cambiaron de carácter y otras ya no convergieron armónicamente hacia la integración de un Arte propiamente nacional. La arquitectura, por ejemplo, fue perdiendo su sello colonial: edificios de arte europeo y norteamericano suplantaron las bellas y apropiadas construcciones de siglos pasados, copiándose servilmente estilos exóticos e imponiendo forzadamente la disposición de construcciones adecuadas a otros climas. De esto resultó un México arquitectónico del siglo XIX sin estilo ni carácter típico; de un hibridismo tan pronunciado que no se le ha impuesto denominación alguna que lo distinga de los períodos anteriores y de los que están por venir. Tan
deplorable cosmopolitismo arquitectónico se ha exagerado en los primeros años del siglo XX: Por cada edificio exótico, realmente bello y adecuado a nuestro ambiente, de los que existen en las nuevas colonias, se observan diez de gusto detestable y de condiciones inadecuadas a nuestro medio, bien que generalmente son productivos. Extranjeristas ridículos dicen que al pasear por las vías asfaltadas de esos rumbos aristocráticos, recuerdan rincones idénticos de ciudades europeas y norteamericanas; aserción falsa, pues el conjunto heterogéneo de edificios mal copiados e interpretados del México Moderno, no puede compararse en estilo ni disposición, con los de aquellas ciudades por ser en ellas típicos, originales, fruto de un proceso artístico natural y no artificialmente impuestos, mal reproducidos e inapropiados como resultan entre nosotros.

Otras manifestaciones, como dijimos arriba, conservan su carácter, pero se han apartado, no converjen hacia la integración artística nacional, pudiéndose citar como ejemplo la producción artística indígena: hilados, tejidos, cerámica, etc., etc. A fines de la época colonial, el arte indígena y el de origen español se estaban fundiendo tan armónicamente que ya la obra mixta resultante empezaba a ser comprendida por ambas razas, haciéndose cada vez más profusa la producción. Durante el siglo XIX, la importación de ideas artísticas europeas, hizo que el arte indígena fuera conservado y cultivado por la raza indígena exclusivamente, en tanto que el resto de la población degeneraba su
criterio estético, que no ha sido otra cosa que una pobre imitación del europeo.

La investigación y el conocimiento científico comenzaron por el contrario a florecer después de la Independencia. La Revolución que hizo de Francia el porta-estandarte de la ciencia, reflejó hasta México sus destellos. Se recibieron libros y publicaciones periódicas; se adoptaron y adaptaron novísimas especulaciones científicas y jóvenes mexicanos fueron a educarse a esa nación trayendo al regreso brillantes luces. Por esto se ha dicho con justicia que la ciencia mexicana del siglo pasado fue hija legítima de la ciencia francesa.
La Dirección de las Bellas Artes
En México hay toda clase de Direcciones e Institutos: Dirección de Instrucción Primaria, Dirección de Obras Públicas, Instituto Geológico, Instituto Médico, etc., etc. No había, sin embargo, una Dirección de las Bellas Artes. Santo y bueno que existan instituciones donde especialmente se cultiven las ciencias, pero, ¿es lógico que el Arte no tenga en México sus altares y sus cultores?

En casi todos los países las actividades humanas ofrecen en expresión suprema y como última esencia, la manifestación artística. En México no sucede lo mismo. En este maravilloso país en el que, justa o injustamente, nos creemos todos tocados por la locura del arte, casi no hay producción artística, imperan la anarquía y el exclusivismo estético.

Entre nosotros hay helenistas impecables que sienten a Homero y viven con él, que sólo acatan
los clásicos módulos y las rítmicas proporciones del Partenón, que únicamente comprenden las serenas formas de Fidias. Otros comulgan con el credo estético de los renacimientos. Algunos aman la belleza del arte colonial. Hay quienes se emocionan estéticamente mirando las peregrinas creaciones de los estetas prehispánicos. Cuéntanse también, incorporados a nuestra mexicana estirpe artística, cubistas, divisionistas, futuristas y otros mal comprendidos «exotistas.»

¿Qué ha producido éste, que puede llamarse verdadero divisionismo? Que nadie se comprende, porque uno presenta como pendón en la liza, maravillosa tanagra, el otro sonriente Donatello, el de más allá hiérmatico caballero águila y el «exotista» una pirámide que dice que es una madona sonriente.

Claro es que con tal desorientación, el Arte, el Arte verdadero, el Arte único, que reside por igual en la tanagra, en el Donatello, en el caballero águila y en la madona, sigue siendo mal comprendido y mal expresado. En síntesis, México no produce obra de arte legítimo, porque el legítimo tendría que ser el propio, el nacional, el que reflejara intensificados y embellecidos los goces, las penas, la vida, el alma del pueblo, y esto no sucederá mientras que, quienes están encargados de formarlo,—pintores, escultores, músicos, literatos,—caminen por sendas divergentes y alienten criterios exclusivos.

En dos bases principales se apoya la personalidad del verdadero artista: 1° El concepto amplio, justo, sin perjuicios, del arte que cultiva, ya sea éste
la harmonía de la palabra, de la forma, del color o del sonido y además el conocimiento histórico o experimental, o ambos, de su origen, carácter, evolución y tendencias contemporáneas.—2° La educación artística, integral, es decir, el conocimiento ya sea generalizado, de todas las Bellas Artes, pintura, escultura, literatura, música. Estos conocimientos hay que adquirirlos, que formarlos; lo demás, aptitudes psíquicas y apropiadas condiciones fisiológicas, no se adquieren ni se forman, se nace con ellas.

En México, con honrosas excepciones, el músico desconoce la bella literatura, el poeta no atina cuando califica un cuadro, el escultor desbarra si considera temas musicales o literarios.

Con justicia y dando de mano a patrioterías necias, confesemos que en nuestros cuatro siglos de vida intelectual europeizada, no ha florecido un Velázquez, un Wagner, un Rodin, un Anatole France, y es probable que nunca florezcan, mientras nos empeñemos en cultivar exclusivamente modalidades extranjeras de arte, en vez de hacerlo con las muestras, sin perjuicio de conocer también aquéllas. No compitamos, hay que suplicarlo encarecidamente, con los artistas extranjeros para producir arte extranjero; nos ponemos en ridículo.

Debe advertirse que la Dirección de Bellas Artes no tiende a crear arte, como maliciosamente se ha murmurado, sino fomentará la formación de un ambiente propicio al espontáneo surgimiento del arte nacional. Con tal objeto, apoyará material e intelectualmente a los artistas, estimulando su producción y haciéndole fácilmente abordables amplias y convergentes orientaciones estéticas.
No hay prehistoria mexicana
Así, rotundamente, puede hacerse tal afirmación, sin temor a incurrir en despropósitos.

Sin embargo, no han faltado hipótesis más o menos absurdas sobre la existencia del hombre prehistórico mexicano: «el hombre del Peñón», «el hombre de Tequixquiac», «el hombre de Chapala» y quién sabe cuantos otros fantásticos hombres fueron puestos a discusión, lo que si hace un cuarto de siglo era disculpable, hoy resulta inadmisible y ridículo.

Felizmente, el pecado no fue solo de nosotros: Numerosos investigadores insistieron hasta hace poco tiempo en afirmar que existió el hombre prehistórico americano. El más famoso entre ellos, Ameghino, empleó gran parte de su vida intentando demostrar la presencia de ese hombre remoto en las pampas argentinas. Hrdlicka, el más sabio de
los opositores de tal teoría, demostró ya, con estricto método científico, que de las investigaciones efectuadas hasta hoy se deduce que el hombre americano no es prehistórico sino contemporáneo o moderno, concediendo por supuesto a estos dos últimos términos su acepción geológica. Citemos algunas pruebas:

**Arte prehistórico**

Los tres primeros grandes períodos geológicos de formación sedimentaria que presenta la tierra: primario, secundario y terciario, son iguales, con ligeras variaciones, en todos los continentes. En cambio, el período cuaternario de Europa y el de América, presentan entre sí notables diferencias desde los puntos de vista paleontológico y antropológico, es decir, diferencias relativas al hombre y a los animales de esa remota época.

La fauna cuaternaria europea estaba caracterizada por caballos, bisontes, elefantes de mayor tamaño que los actuales, osos cavernarios tan corpulentos como un buey, hipopótamos, renos, rinoce- rontes de dos cuernos, etc., etc., en tanto que la fauna americana se distinguía principalmente por llamadas gigantescas, megaterios y gliptodontes de enorme caparazón parecido al de una gran tortuga, animales estos dos últimos cuyas reproducciones en yeso y osamentas pueden examinarse en nuestro Museo de Historia Natural.

El hombre europeo apareció cuando existía la
citada fauna, como se ha demostrado de varias maneras y principalmente por las pinturas que representan a esos animales (en las grutas prehistóricas de Francia y España), las cuales no han podido ser hechas con posterioridad, sino en aquellos primitivos tiempos, ya que los animales representados han desaparecido de la fauna contemporánea hace millares de años o se han retirado a las regiones árticas, como sucede con el reno y el «glotón».

En México y en general en América el hombre no apareció en compañía de la fauna cuaternaria compuesta de los animales típicos que antes citamos y de otros como el caballo, el tapir, el castor, etc., etc., sino muchos cientos de siglos después, cuando ya habían desaparecido éstos. En efecto, en América, no se han encontrado hasta la fecha pinturas, esculturas o grabados en roca, que representen a animales de esa fauna perdida.

Características antropométricas

La forma y la capacidad del cráneo, la forma de los maxilares, dientes y otras partes de la osamenta del hombre prehistórico europeo, difieren grandemente de las correspondientes al esqueleto del europeo contemporáneo y al del americano actual y pretérito, en tanto que las de estos dos últimos no difieren sensiblemente.
Insustentabilidad de la clasificación industrial

Los tiempos cuaternarios europeos se dividen de acuerdo con industrias características, en edad de piedra tallada, edad de la piedra pulida, edad del bronce y edad del hierro. Pues bien, el hombre americano del siglo XVI usaba y producía a la vez piedra tallada, piedra pulida, y cobre y desconocía el hierro, confusión que no permite aventurar conclusiones derivadas de la clasificación de la industria americanaprehispanica, en pro de la antigüedad del americano, como erróneamente se ha pretendido.

Procedencia del americano

Por último, novísimas investigaciones expuestas en el 2° Congreso Científico Panamericano, demostraron que los pobladores de América proceden de Asia, cayendo así por tierra, definitivamente, la teoría del hombre prehistórico americano.

Ahora bien, si no hay hombre prehistórico en América, ni por lo tanto en México, ¿por qué se insiste entre nosotros en titular prehistóricos los tiempos anteriores a la Conquista? La única institución de nuestro país que apoyando una proposición del suscrito, proscribió el empleo del término «prehistoria» en sus investigaciones relativas a México, es la Academia Mexicana de la Historia.
Concepto sintético de la Arqueología
Para algunos la arqueología no es más que una manera de matar el tiempo, de investigar si Moctezuma calzaba alpargatas o sandalias y saber si Cuauhtémoc se hacía la «manicure» por sí mismo o confiaba las regias extremidades a bronzeadas «toiletistas». Otros que la echan de sagaces murmuran que los arqueólogos andan a caza de un arcaico depósito de «infalsificables» toltecas, pues no conciben que un hombre serio halle interés en descubrir un montón de piedras con «monos» y jeroglíficos. Hay también quien cree que nuestras antigüedades deben conservarse «porque sí» o simplemente porque «son bonitas». Por último, escritores cuya trasnochada ironía convida al sueño, pretenden desvirtuar el concepto de la arqueología con ese proceder bien que, sólo atinan patentizar la deficiencia de su lastre científico.
Desgraciadamente ese extravío del criterio público está justificado por el proceder de muchos far- santes que se titulan arqueólogos con igual razón que pudieran llamarse pedicuros o astrónomos. En arqueología, como en bienaventuranza, han sido muchos los llamados y pocos los elegidos. Hay pues que desenmascarar a esa gleba intelectual que ha venido destruyendo y desprestigiando los monumentos de nuestro pasado.

¿Qué es Arqueología?... ¿La ciencia de lo antiguo? ¿El estudio de los viejos monumentos arquitectónicos... de la cerámica arcaica... de los manuscritos indígenas? ¿Qué es Arqueología?

Hemos oído esta pregunta mil veces repetida y mil veces contestada de distintas maneras, dando esta idea del convencionalismo de esa palabra, cuyo significado es para algunos extenso como el océano o el firmamento, mientras que otros lo restringen hasta límites ridículos.

Procuremos definir, ya sea indirectamente, el significado que parece lógico puede tener entre nosotros tan discutido término.

Por Arqueología no podemos aceptar su significado literal: la «ciencia o tratado de lo antiguo», pues de hacerlo así comprendería a otros conocimientos referentes a lo antiguo, como paleozoología, paleobotánica, etc., etc., lo cual es inconscusamente erróneo, si nos disciplinamos a conceptos científicos modernos.

La Arqueología es parte integrante del conjunto de conocimientos que más interesa a la humani-
dad y que se denomina Antropología o sea «el tratado o ciencia del hombre». La Antropología suministra el conocimiento de los hombres y de los pueblos, de tres maneras: 1° Por el tipo físico. 2° Por el idioma y 3° Por su cultura o civilización. Pues bien, el estudio de la cultura o civilización de las agrupaciones humanas que habitaron nuestro país antes de la Conquista es lo que, entre nosotros, se ha convenido en llamar Arqueología (1). En Europa, por circunstancias que no es del caso discutir en esta ocasión, difiere el concepto que reina sobre la arqueología, tanto por la extensión cronológica que se le atribuye como por sus relaciones ordinales con la prehistoria y la Historia.

Arqueología, como arriba dijimos, es el conjunto de conocimientos referentes a la civilización de los mexicanos precolombinos. La civilización precolombina se caracteriza: 1° Por sus manifestaciones materiales. 2° Por sus manifestaciones intelectuales. Se cuentan en el primero de los citados grupos la arquitectura, la cerámica, los códices o manuscritos, la escultura, la pintura, implementos domésticos e industriales, armas y, generalizando, todo objeto material que sea obra de esa civilización. Las manifestaciones del 2° grupo comprenden ideas éticas y estéticas, conceptos religiosos, conocimientos científicos, organización de las instituciones reli-

(1) El suscrito expuso hace poco tiempo, representando a la Academia Mexicana de la Historia, consideraciones sobre los verdaderos límites cronológicos de la Historia y la Arqueología, las cuales no transcribimos por su extensión.
giosas, civiles y militares y en general todo aquello que de carácter abstracto produjeron las agrupaciones precoloniales.

El conocimiento de esas manifestaciones contribuye a explicar las características que durante la época colonial distinguieron a la población mexicana y permite por tanto abordar autorizadamente el estudio de la población actual, cuyo conocimiento constituye sin duda, el verdadero evangelio del buen gobierno.

Ya vemos cuán trascendente es la finalidad práctica de la Arqueología, que, como dijimos en un principio, no sólo tiende al conocimiento de los sistemas manicuristas aztecas o de los adminículos pedestres de los Moctezumas y los Cuauhtemoc.
Aspectos de la Historia
Valores de la historia.—En nuestro parecer la Historia posee dos valores: el especulativo y el trascendente. En efecto, la Historia es, en general, el conjunto de informaciones relativas a la naturaleza, origen, carácter, evolución y tendencias de las civilizaciones del pasado. Cuando estas informaciones existen en las bibliotecas o en la mente de los hombres estática y pasivamente, el valor de la historia es especulativo. En cambio, la historia ofrece valor trascendente, si la consideramos como un copioso índice, como fuente inagotable de experiencias por medio de las cuales la humanidad ha alcanzado sus diversas etapas de florecimiento y decadencia y sobre todo, si utilizamos esas experiencias para acrecentar el bienestar de las civilizaciones contemporáneas. En efecto, la atinada observación y progresiva aplicación de esas experiencias, perfecciona e
imprime continuada marcha ascendente a las manifestaciones y conocimientos humanos, como sucede con el conocimiento científico que cada día es más extenso y mejor fundado. Naturalmente, no puede generalizarse a este respecto, pues hay manifestaciones en las que la evolución no ha sido exclusivamente ascendente, no obstante la influencia de las respectivas experiencias históricas, por ejemplo: el Arte y la Moral de los pueblos, florecen y decaden sucesivamente, no bastando a impedirlo toda la experiencia del pasado.

Aquellas experiencias constituyen por sí mismas a la historia, pero permanecen mudas, invisibles, si no atinamos a distinguirlas, clasificarlas y exponerlas. Son como el oxígeno del aire o como los astros de séptima magnitud, que sabemos que existen pero no podemos hacer práctico nuestro conocimiento si ignoramos los medios de distinguirlos, de aislarlos y caracterizarlos. Es, pues, indispensable saber observar, fijar y exponer las manifestaciones materiales e intelectuales que en conjunto forman la historia de los pueblos.

En este artículo de simple vulgarización sería cansado para el lector y difícil para el autor, abordar los aspectos todos que entraña la realización de tan ardua tarea, así que sólo nos referiremos a tres de los más importantes que ofrece nuestra historia.

**El Aspecto Crítico.**

¿Qué límites cronológicos y geográficos corres-
ponen a nuestra historia; qué puesto ocupa y qué función desempeña con relación a los demás conocimientos?

Estas cuestiones no han sido resueltas en México y aunque no abrigamos la vanidad de pretender resolverlas satisfactoriamente, nos asiste, como a cualquiera, legítimo derecho de exponer lo que pensamos sobre el particular, a reserva de acatar por anticipado las rectificaciones y censuras que justificadamente se nos hagan.

Límites cronológicos.—La historia de México presenta en sus orígenes, puntos de partida más o menos alejados del presente, según sea anterior o posterior la adquisición que hayamos hecho de conocimientos relativos a los antecedentes de las agrupaciones sociales que han integrado e integran nuestro país. Hay puntos de partida de nuestra historia que se remontan a decenas de siglos y hay otros que sólo están alejados algunos lustros o que aun no aparecen en la perspectiva histórica. Por ejemplo, la cronografía maya ha llegado a ser en la actualidad un conocimiento de estricto carácter histórico cuyo punto de partida se remonta a muchas centurias. Los antecedentes de la familia azteca de Tenochtitlán comienzan a tener carácter histórico durante el siglo XIV, según lo atestiguan los manuscritos jeroglíficos, la arquitectura, la escultura y las explicaciones que a raíz de la Conquista suministraron sobre estos monumentos, indígenas contemporáneos. En cambio, hay agrupaciones indígenas como los Lacandones de Chiapas y los Huicho-
les de Tepic y Jalisco que hasta el siglo pasado empezaron a ser conocidos históricamente; por último, existen todavía agrupaciones mayas en el Petén mexicano que son desconocidas desde cualquier punto de vista, no sólo desde el histórico.

No comienza pues nuestra historia desde que los conquistadores hispanos aparecieron en playas mexicanas, según se ha proclamado hasta hoy, sino en distintas épocas anteriores y posteriores a la fecha de tal acontecimiento (1).

**Limites geográficos.**—La historia de México debe comprender directamente el estudio de los antecedentes de las agrupaciones sociales que constituyen y constituyeron a la población del territorio mexicano e indirectamente el de los pueblos extranjos que han influido en nuestro modo de ser o han sido influenciados por nosotros. Directamente hay que considerar a la población de nuestro actual territorio; a la de Centro América hasta Panamá (Chiriquí) que es a donde llegó nuestra influencia precolombina, y a la del territorio norteamericano que antes fue mexicano. Indirectamente debe tenerse en cuenta el pasado histórico de España, Repúblicas Sudamericanas, Estados Unidos y Francia, pues son naciones que ejercieron importante influencia en nuestra vida pretérita. Habrá además que conocer la historia de los demás países en general, pues

(1) Como dijimos en el artículo correspondiente a Arqueología, consideraciones más serias y no de índole vulgarizadora como es la de este libro, se expusieron en la sesión de aniversario de la Academia Mexicana de la Historia.
remota o cercanamente todos los pueblos se han influenciado entre sí.

**Limites específicos.**—Muchos tomos en gran folio se han escrito; sendas discusiones bizantinas se emprendieron; se desgranó la elocuencia de brillantes discursos y...... aun no se consigue determinar satisfactoriamente el puesto que corresponde a la historia en las clasificaciones científicas, ni por lo tanto qué conocimientos están dentro de su concepto, ni cuáles excluye. No contribuiremos con una línea a esa pugna de sutilezas. Por nuestra parte creemos que todo lo que ha existido, tangible o intangible, en el mundo material o en el intelectual es «historiable». Lo importante es elegir en el mundo ilimitado de lo historiable, lo que nos conviene para determinado fin e historiarlo sensatamente. Si, por ejemplo, somos comerciantes en cereales alcanzaremos mejor éxito si historiámos lo referente a esa actividad, pues entonces podremos conocer el por qué del éxito o del desastre de quienes nos han precedido en esa ocupación. Este ejemplo, que parece que está fuera de lugar, está muy dentro de él, bastando saber, para convencerse de ello, que varios de los notables éxitos agrícolas, industriales, etc., etc., de la Alemania moderna y de otras naciones, se deben en buena parte al extenso e intenso acopio de antecedentes _históricos_ hechos sobre cada una de esas actividades.

Proponemos, pues, que en las cátedras no se limite artificialmente el concepto y el campo de la historia, ni se le adosen empíricas clasificaciones
memorísticas, que si al especialista ofrecen escasa utilidad, deprimen la mente estudiantil. ¿No vemos a algunos de nuestros historiadores de polendas exponer y confundir diariamente los términos: historia, prehistoria, arqueología? ¿No brotan de labios que parecen autorizados expresiones como ésta: «filosofía de la historia», con igual propiedad que si a cualquier hijo de vecino se le ocurre decir «química de la historia» u «obstetricia de la historia», en vez de historia de la filosofía, de la química, de la obstetricia. . . .?

**Criterio integral.**—Nuestra historia, que debiera ser la integración de informaciones verídicas, relativas a todos los aspectos de toda la población mexicana, en todas sus etapas evolutivas pretéritas, no es hasta hoy más que una recopilación incompleta de informaciones verídicas en veces y en otras dudosas, sobre algunos aspectos, de algunas agrupaciones mexicanas, en algunas de sus etapas evolutivas.

**Prejuicios corrientes.**—Preferentemente se considera el pasado de las clases sociales de civilización derivada de la europea, como si no fuera de capital importancia el de la clase indígena, que es base de la población. Se emprende escasa investigación histórica original, repitiéndose cansadamente lo que han expuesto los investigadores primitivos o fundamentales. Se ha sido personalista en vez de generalizar la observación: presidentes, emperadores, arzobispos, magnates, unidades sociales en fin, atrajeron la atención casi exclusiva del historiador
y en cambio en las multitudes, cuyas acciones y reacciones son de prima importancia para el conocimiento del desarrollo de los fenómenos sociológicos, apenas se hizo hincapié. Hubo preferencias específicas: las órdenes religiosas, las políticas, las militares, fueron descritas y comentadas sus respectivas actividades, en tanto que ignoramos la historia de nuestras artes plásticas y de nuestros artistas, de las industrias y de los industriales, del comercio y de los comerciantes, de la agricultura y de los agricultores. Se ha incurrido con frecuencia en parcialidad, es decir, se ha intentado hacer obra histórica con criterio religioso, con criterio político, etc., etc., con lo que, claro es, se desnaturaliza el carácter de cualquier investigación; puede hacerse historia de la política, de la religión, de lo que se quiera, pero con un sólo criterio, que siempre debe ser el criterio de la verdad.

El Bello Aspecto.

Hay un aspecto de la Historia puramente descriptivo y encaminado a instruir agradable aunque superficialmente al lector, quedando relegada a otros aspectos la consideración de inquisiciones críticas, métodos apropiados y acertados puntos de vista.

Mostremos un ensayo sobre ese aspecto de nuestra historia, sin pretender que se le atribuya valor literario, de que anticipadamente advertimos carece.

México, con más títulos que cualquier otro país
de América, ostenta un pasado grandioso que no sólo es de atractivo para el hombre de estudio, sino para cualquiera que ame el ambiente de misteriosa belleza en donde viven las cosas que ya pasaron.

La tradición indígena, realista, vigorosa y pintoresca, nos deja mirar cómo era y cómo pasaba la vida de los mexicanos antes que llegara la Conquista: artes originales y novísimas para nuestro criterio estético. Industria ingeniosa de múltiples manifestaciones. Organización social compleja, fuerte y sabia. Rituales extraños en los que sangre fresca, «copalli» cristalino y goma ennegrecida, constituían la más devota ofrenda; panteón ilimitado, donde tuvieron cabida desde el dios generador de la existencia hasta los cuatrocientos dioses del vino y de la embriaguez. Instituciones militares que pusieron asombro en los capitanes hispanos . . . .

Estas y otras manifestaciones reviven a nuestros ojos a la raza vencida; percibimos el ambiente de gloria en que se hizo grande, la miramos de relieve, palpamos casi, su carne cobriza, oímos su alarido bélico, sentimos el pavor y la admiración que llevaban consigo los guerreros de Cortés cuando en la «noche triste» hallaron medida a la pujanza de ese pueblo que sabía perder la vida como arrancarla. Asistiremos también a la imponente agonía de esos hombres que resistieron el histórico sitio de varios meses durante los cuales la miseria fué tal que se devoraban los insectos del lago, las culebras y hasta los cadáveres de los que murieron por hambre
y enfermedad (1). Después sobrevino lo inevitable: la rendición; y el cuadro es de tal relieve que parece que lo vemos: las deidades ruedan desde lo alto del templo despostillando los angostos escalones rituales; el humo sagrado de los braseros policromos no se tuerce ya en volutas caprichosas. El templo está vacío; sólo se divisa una cruz por cima de todo y a lo lejos, por canales y calzadas, reflejos como de incendios que envían las armaduras de los vencidos. Mucha sangre enrojece, como un manto real, a la ciudad que agoniza.

Entonces, Cortés, el invicto guerrero que también es administrador y estadista, continúa conquistando, coloniza, construye, legisla; lanza las primeras semillas de cultura europea en surcos americanos y en cambio arroja raudales de oro americano en arcones de Castilla.

Más tarde, aparecen las audiencias, en las que más que otra cosa, se acusa, se intriga, se infama, por tal de alcanzar éste o aquel beneficio, sin parar mientes jamás, en que el triunfador recoge el botín de entre un lago de sangre, que a la postre siempre es sangre indígena; por fortuna, a la par que humillaciones y heridas, reciben los aborígenes el consuelo muy grande que les imparten los misioneros. Para entonces ya se nota la fusión que empieza. Hay mezcla de sangre, de ideas, de industrias, de virtudes y de vicios: el tipo mestizo aparece con prístina pureza pues constituye el primer armonio-

(1) Sitio de Tenoxtitlán, México, 1521.
so producto donde contrastan los caracteres raciales que lo originan, siendo de verse doncellas nútiles de grandes ojos negros, blanquísimos dientes apretados y manos y pies diminutos, que pregonan abor- lengo indiano, mientras la undosa cabellera castaña y la tez apiñonada que cubre pelusilla de oro, son el clamor de la sangre de España. La arquitectura impuesta es arábigo-española, pero en su ejecución resulta irremisiblemente influenciada por la técnica del obrero indígena en cuya mente todavía viven los contornos y lineamientos de los teocallis y la rica ornamentación de sus palacios, de sus joyas, de sus telas: las flores que se prodigan en la ornamentación mudéjar son representadas por el típico xóchitl o flor que aparecía en los relieves y pinturas del arte pagano; los festones de acanto y laurel esculpidos en las jambas de las puertas resultan, si se les examina detenidamente, guías de plumas superpuestas idénticas a las que adornaban a la imagen de Quetzalcoatl, la mítica «serpiente de plumas preciosas.» El Cristianismo predicado a ruegos y súplicas por los misioneros, y a tajos y mandobles por la soldad es, todavía nos es comprendido por los catecúmenos; la madre de Dios inspira a los nativos amor y respeto porque miran en ella a su diosa de las cosechas, a su diosa de las aguas, a su diosa de los amores; es la misma Tonatzin que ha cambiado de vestiduras rituales.

Los virreyes, representantes absolutos de su Majestad Católica, se presentan en el escenario que dos océanos limitan; hay un Mendoza que es enér-
gico, pero justiciero y realmente cristiano; un Velasco que irrita a los peninsulares por el amor que otorga a los parias sojuzgados, quienes le llaman «Padre de los indios». Hay muchos de altísimas y preclaras virtudes; hay empero muchos más que son incoloros, indolentes, egoístas; que no saben o no quieren saber dónde está el oprimido y dónde el opresor. Hay, por último, un puñado de ellos cuya obra siniestra todavía parece roja por la sangre que destila. Esta época es de leyendas caballerescas, de crímenes que encubre el misterio, de misticismo exagerado, de enriquecimientos súbitos, de florecimiento artístico. . . Surge la nobleza criolla, nobleza que es de sangre en veces, pero las más de fortuna, la cual adula al español, tolera apenas al mestizo y casi no sabe que existe el indio si no es para labrarle sus tierras y excavar en sus minas. Los conventos se cuentan por centenares y la vista tropieza de continuo con hábitos azules, blancos, negros. La Santa Inquisición afila siempre sus garras y de noche o de día las clava en viejas carnes flácidas, en turgentes y sonrosadas donde la vida palpita tumultuosa o en blandas y mustias, agenas aún al grito de la pubertad. En cada esquina hay agonizantes farolillos que no alcanzan a iluminar el nicho de algún santo milagroso ni menos los rostros de la gentuza que en mitad del arroyo riñe o desbalija a algún viandante. Las fortunas son fabulosas: vajillas de oro para los grandes días y de plata las ordina- rias; profusión de sedas, joyas, perfumes y vinos preciosos, que vienen de Europa, de China, del Ja-
pón, de la India...... La devoción, el arte y la vanidad construyen con encaje de oro, piedra y mármoles, palacios suntuosos que harían buen papel en la capital del reino y riquísimas catedrales que nunca se llenaban de fieles por lo espaciosas que eran......

Luego de toda esa larga vida nacional, llega la Independencia con sus ampos de luz y sus torrentes de sangre; todo cambia, se transforma, se aniquila, pero a la vez todo renace, surge, evoluciona y se eleva. Se diría una hoguera donde viejas joyas que deslustraron los siglos y macularon muchas manos, fueron depuradas hasta hacer de ellas un chorro brillante de oro purísimo con que hacer nuevas formas.

La primera mitad del siglo XIX no fué para México la era prometida, el período de cristalización y fortalecimiento que anhelaban y pensaron los heroicos independentistas. Lágrimas, dolor y sangre, siguieron brotando por doquier, no obstante que el ideal glorioso de emancipación era ya realidad tangible. Nadie sabía dónde quedaba la Patria. Se peleaba por vivir y se vivía para pelear. Insana desorientación hizo presa de todas las almas. Medio territorio que se perdía para siempre, costó menos sangre mexicana que la vertida en cualquiera de las guerras civiles. Los airados gritos de agonía de Chapultepec y Molino del Rey, proclamaron empero que aun no expiraba el honor nacional.

Tras ese drama, que el más hondo de los dramas patrios, siguió corriendo sangre como precio de
luces libertadoras que venían a desgarrar las tinieblas de muchos años pasados. La Reforma y la Constitución de 57 parecieron dos antorchas que iban a iluminar para siempre el camino de la Patria.

Desgraciadamente, volvió a obscurecerse el horizonte nacional y se adormecieron impulso nobles apenas iniciados. Era que brillantes vestiduras ocultaban el reverdecimiento de llagas y cánceres.

Entonces estalló la revolución de 1910 como segunda Independencia vino a derribar estructuras viciosas, sólo que en esta vez la piqueta demolió más alto y cavó más hondo. La revolución aun no termina en todos sus aspectos. Hay pues que limitarse a observar y a recopilar lo que puede llamarse «material histórico palpitante», pues no son otra cosa las informaciones que se basan, no en documentos más o menos fidedignos, sino en observación directa, experimental, de la existencia que se vive. Después se formará la historia de la Revolución.

El Aspecto Objetivo.

Si se pregunta a un ciego qué concepto se ha formado del mundo en que vive, su opinión diferirá grandemente de la que tiene un hombre que ha mirado siempre lo que le rodea. Dirá que la emoción estética producida por la música es en él más honda; que estas ideas morales son más elevadas que aquéllas; que la suavidad de algunos cuerpos es grata a su tacto, mientras que la aspereza de otros
le es repulsiva; hallará delicioso un manjar o bien detestable. En cambio desconoce las bellezas de la materia: para él no hay cielo azul, ni océano tumultuoso, ni montañas agrestes; no podrá conmoverse ante los gestos de dolor, de alegría, de cólera, que se miran en los rostros de los hombres. Su concepto es incompleto, su vida está fraccionada, es media vida.

Pues bien, desde el punto de vista histórico, vivimos en un mundo de tinieblas, casi no percibimos la pintoresca vida del pasado, nuestro concepto es incompleto y pobre.

La evocación de cualquier etapa de la historia resulta pálida, incolora, inexpressiva, porque si bien podemos reproducir fielmente el aspecto abstracto, ideal, de ese período, nos es imposible contemplar su aspecto material. Por ejemplo, elijamos los tiempos de Moctezuma II: Valiéndonos de las crónicas y de los manuscritos indígenas, nos será posible conocer las ideas políticas de la época, las míticas, las morales, las estéticas y aun las distintas instituciones de carácter religioso, civil, militar y político, etc., etc. Ese es el ambiente abstracto de la época y eso es lo que aprendemos en la escuela para olvidarlo al abandonar ésta. Sí, en cambio, reconstruimos por todos los medios—fotografía, pintura, escultura, arquitectura, objetos auténticos, etc., etc.—modelos típicos de templos y palacios propiamente decorados; indumentaria pintoresca de monarcas, nobles señores, sacerdotes, guerreros, industriales y esclavos; utensilios domésticos y rituales; escenas
y ceremonias, etc., etc. . . . Si contemplamos todo esto en su representación material y conocemos además las ideas que presidieron a su creación y producción, nuestro conocimiento será completo, el concepto legítimo y las emociones que la belleza de ese período histórico despierta en nosotros, vigorosas y naturalmente originadas y no artificiales y débiles como sucedería si sólo conocíramos el aspecto teórico o abstracto. Y lo que hemos apuntado sobre etapas de la vida precolombina mexicana puede también decirse de la Colonial y de la contemporánea a la Independencia.

¿Qué puede hacerse en pro del objetivismo histórico?

Desde luego hay que fomentar la ampliación de los museos existentes y crear otros, implantando en ambos métodos expositivos eficientes, clasificaciones descriptivas adecuadas y guías o catálogos de utilidad práctica.

Además, capítulo de alta importancia, hay que empezar a escribir historia objetiva, hay que embo­rronar menos cuartillas e incluir más ilustraciones y sobre todo, debe hacerse concordar lo que se es­criba con lo que relativo a la época descrita exista en los museos o en otros lugares: objetos diversos, indumentaria, arquitectura, escultura, etc., etc.
Revisión de las Constituciones Latino-Americanas
En esta proposición se expuso que uno de los puntos al que los futuros cuerpos legislativos prestarían mayor atención, era el relativo a la identificación antropológica de la población y al conocimiento de sus necesidades, a fin de que la Constitución definitiva y las leyes en general del país, suministren medios eficientes y autorizados para remediar esas necesidades y procuren el bienestar físico y moral de la población, objeto preciso de toda ley y toda Constitución. Se hizo notar que en nuestro país, el elemento formado por individuos de raza indígena pura e individuos en los que predomina en alta proporción la misma sangre, constituye una gran mayoría de la población total, integrando el resto individuos de sangre original europea y aquellos en quienes la proporción de la misma es considerable. Se agregó que hasta la fecha,
Constituciones y Legislaciones de México Independiente, habían sido derivadas exclusivamente de las necesidades de este segundo grupo y tendieron a su mejora, quedando abandonada la población indígena, más radicalmente que lo fué por los legisladores de la monarquía española, quienes crearon por el indio y para el indio, las famosas Leyes de Indias, que constituyeron barrera poderosa en su triste debilidad, pudiéndose citar entre otros casos, la nó esclavitud del indio que, si no quedó libertado del todo, cuando menos nunca fué esclavo a la manera que lo eran, por ejemplo, los individuos de raza negra. No debe olvidarse tampoco, la disposición que prohibió al Santo Oficio estrujar con sus garras al indígena como hacía con los blancos, ni la institución de los egidos o comunidades que permitían al indio cultivar sus tierras patriarcalmente, continuando, en muchas de sus partes, el sistema de repartimientos comunales de origen prehispánico. Se agregó que si Imperios colonizadores, como Inglaterra, Francia y aun España, dedicaron gran interés a la formación de las Constituciones coloniales de acuerdo con la naturaleza y necesidades de las respectivas poblaciones indígenas, era preciso que un gobierno democrático considerara con mayor detenimiento el problema de la población nacional y de la Constitución que debiera convenirle.

Se hicieron otras consideraciones secundarias para ilustrar la tesis capital, y por último, teniendo en cuenta que en la mayoría de las naciones latinoamericanas se impone el mismo urgente problema,
fueron formuladas en concreto ante la Gran Comisión Ejecutiva, las siguientes proposiciones y se solicitó aprobación para la resolución que aparece al final de aquéllas:

Considerando:

1°—Que las Constituciones y leyes, en general, son o deben ser previa y experimentalmente, derivadas de la naturaleza y necesidades de la población a la que posteriormente están destinadas a regir.

2°—Que las Constituciones y leyes de casi todos los países latino americanos, son copia más o menos fiel de Constituciones y leyes europeas o norteamericanas, y, por lo tanto, exclusivamente apropiadas al elemento social que por origen, cultura o idioma, o por las tres características, es semejante a elementos sociales europeos o norteamericanos.

3°—Que para naciones latino americanas, como la Argentina cuya población está integrada en gran mayoría, por individuos europeos o de origen europeo, es apropiada la Constitución vigente por adecuarse a la naturaleza de la población y a sus necesidades.

4°—Que en los numerosos países latinoamericanos, que están en el caso de México, el considerable sumando constituido por la población indígena, ha quedado disgregado del conjunto nacional y constituye elemento obstaculizador por su pasividad, debiéndose esta condición de equilibrio social inestable, a que el indio no puede o no quiere, con toda justicia, colaborar con la eficiencia de que es
capaz, ya que las mismas constituciones y leyes que forzadamente lo rigen, vedan, por exóticas e inapropiadas, su desenvolvimiento.

5°—Que no obstante que los Estados Unidos de Norteamérica cuentan solamente con doscientos cincuenta mil indígenas, se han preocupado activamente en procurar su favorable desarrollo por medio de la observación y mejoría de sus necesidades, según puede demostrarse, observando las reservaciones indias establecidas en aquella República.

Resolución:
Sugiérase a las Repúblicas latino americanas, en las que predomina la población indígena, la conveniencia de revisar las Constituciones vigentes, a fin de que respondan a la naturaleza y necesidades de todos los elementos constitutivos de la población y pueda alcanzarse el desarrollo armónico e integral de la misma, fortaleciéndose así, positivamente, lo que es base del verdadero pan-americanismo.
Nuestras leyes y nuestros legisladores
En una de las proposiciones que la Delegación Mexicana presentó ante el 2º Congreso Científico Panamericano efectuado en Washington, se expuso la conveniencia de revisar y reformar las constituciones y leyes latinoamericanas, de acuerdo con la naturaleza y verdaderas necesidades de la población.

En este artículo vamos a referirnos a las condiciones que deben caracterizar a nuestros legisladores, para que conscientemente puedan desempeñar su alta tarea.

Siempre, o con contadísimas excepciones, los cuerpos legislativos mexicanos—Senado y Cámara Popular—estuvieron constituidos por individuos que sólo de una manera teórica y nominal representaban (?) a los habitantes de las entidades políticas del país: la ciudad de México y otros centros de con-
fianza para la Federación, eran los vientres fecundos de donde salía a luz el más alto porcentaje de padres conscriptos, existiendo, en cambio, numerosas regiones del país que nunca estuvieron representadas por individuos nacidos en ellas o que siquiera conocieran de oídas sus condiciones, lo que, naturalmente, contribuía a dar cierta preeminencia política, aun cuando fuese virtual, a algunos centros y regiones con perjuicio de otros; por esto la representación era teórica. Fué nominal, sobre todo en la época porfirista, porque de todos es sabido que sus miembros carecieron de significación, reduciéndose su papel al de asistentes pasivos y somnolientos, a imbéciles sesiones narcóticas. Las leyes que empiricamente han regido a México Independiente, no pueden conceptuarse como tales, sino como disposiciones sociológicamente unilaterales y geográficamente localistas, puesto que su aplicación no produjo el desarrollo armónico de todos los grupos sociales, ni el progreso paralelo de las entidades de la federación. Semejante desequilibrio, que podría apreciarse objetivamente por medio de definidas leyes analíticas y mecánicas, es, en síntesis, una de las causas de nuestras revoluciones contemporáneas y pretéritas. Pues bien, la actual revolución de ideas, que es complementaria de la de las armas, debe tender, nó al restablecimiento repentino de ese equilibrio, por ser ello teórica y prácticamente imposible, sino a la creación de bases fundamentales sobre las que gradualmente irá construyéndose una organización nacional equilibrada y fuerte.
Lo anteriormente expuesto se conseguirá cuando se cuente con una legislación verdaderamente democrática y para formar ésta, es indispensable el concurso previo de legisladores democráticos. Vemos qué condiciones de legitimidad democrática deben reunir esos legisladores o representantes para cumplir satisfactoriamente con su encargo.

Representación étnica.—Para representar legítimamente a las diversas agrupaciones étnicas de nuestra población, los legisladores respectivos deben ser nombrados por ellas y pertenecer a ellas, o, cuando menos estar íntimamente compenetrados con su manera de ser. Además, el mecanismo electoral—exceptuando aquellos lineamientos generales relativos a recopilación, envío de datos, etc., etc.—será el que elijan dichas agrupaciones, aunque parezca muy primitivo el de algunas en relación con el de otras. En efecto, las familias indígenas conservan profundamente arraigado, el sistema patriarcal en las nominaciones electorales, en dirimir cuestiones íntimas, etc., etc., no teniendo derecho la Federación ni los Gobiernos de los Estados, para obstaculizar tales procedimientos, en tanto no perjudiquen a la colectividad.

Las Cámaras nunca supieron cuáles eran las condiciones y las necesidades de los mayas en Yucatán, Quintana Roo, Campeche, Tabasco y Chiapas; de los otomís de México, Guanajuato y Querétaro; de los yaquis de Sonora; de los «pintos» de Guerrero; de todas esas familias de indígenas que numeran varios millones de criaturas. Tal desconocimiento...
cimienta era explicable si se recuerda cuán reducida fué siempre la proporción de individuos de origen indígena en la representación legislativa, debiéndose hacer notar, que, aparte de su corto número, esos individuos eran indígenas renegados—por voluntad propia o por imposición del medio—ya que habiendo asimilado la cultura, el idioma, las aspiraciones y las tendencias de otras clases sociales, no comprendían, no «sentían», las urgentes necesidades físicas e intelectuales de sus antiguos hermanos a quienes consideraban como seres irredentos e inculitos. Y es claro que esas familias indígenas, separadas del concierto nacional, ignoradas por la Constitución, por las leyes federales y por las provinciales y sólo tenidas en cuenta cuando se trataba de imponerles contribuciones arbitrarias, arrancarles contingente de sangre y servidumbre y engañarlas en las transacciones comerciales, sólo hallaron en su desesperación un dilema: rebelarse o morir. y unas, como puede observarse en la Mesa Central, han estado pereciendo por degeneración; otras—yaquis y mayas—vegetaron siempre en secular rebelión y casi todas han colaborado en la actual Revolución en busca de libertades, en espera del sitio y de la jerarquía que por derecho legítimo les corresponde en el hogar nacional.

**Representación demográfica.** — Las Cámaras no deben estar exclusivamente formadas por elementos burgueses inconscientes, como ha sucedido con frecuencia en México. Es indispensable la representación directa de todos los grupos sociales:
obreros de las ciudades, braceros de los campos, bu-
rócratas, industriales, agricultores, capitalistas, gen-
te de mar; ferrocarrileros, etc., etc., deben poseer, efec-
tivamente, voz y voto en materia de legislación. De otra
manera las leyes seguirán siendo, como han sido hasta hoy, unilate-
uales y por lo tanto inadecuadas para el buen gobierno de todos los grupos
sociales que constituyen a la Nación.

Representación intelectual.—Generalmente ha
prevalecido en nuestro país el prejuicio fatal de ale-
jar de la política a los hombres de ciencia, periodis-
tas cultos e independientes, artistas de valer, etc.,
etc., lo que hizo que el criterio imperante en las Cá-
maras fuera siempre incoloro, mediocre, ya que ade-
más de ser insignificante el número de intelectuales
que las integraron, tuvieron éstos por consigna la de
ver, oír y callar, en tanto que una mayoría de cre-
tinos bostezaba o tejía los insulsos temas impuestos «arriba».

¿Se conciben Cámaras legisladoras sin el con-
curso de elementos intelectuales, que en todas par-
tes han sido y serán la base y la cumbre del pro-
greso nacional en sus múltiples aspectos?

Representación política.—Hemos dejado de pro-
pósito en último término lo relativo a representación
política.... ¡Política!.... ¿Hemos sabido alguna
vez lo que sensatamente significa ese término, y,
sobre todo, lo que debe significar en nuestro medio?
Sin ambajes hay que decirlo: la política mexicana,
impropia llamada así, fué un conjunto hete-
rógeno difícil de identificar: personalismo, lucro de
determinados individuos y castas, adulación, temor, ambiciones. ¡una hidra! Más vale que no exista representación política en las Cámaras, si ha de estar integrada por políticos moldeados en las matrices de antaño.
La Política y sus Valores
La realización de cualquier empresa, la eficiencia de toda obra, requieren el concurso de elementos de valor real. Para que sea útil y eficiente la futura colaboración de los partidos políticos en la obra de reconstrucción apenas iniciada, es preciso que dichos partidos posean valor práctico, positivo, que ofrezcan utilidad verdadera y no aparente. Si ha de continuar reinando el viejo concepto sobre política, es preferible que no resurjan aquellos.

La Política del Pasado

En general, nuestros políticos profesionales nunca valieron por sí mismos; carecían de eficiencia individual, como lo han demostrado siempre en el destierro, donde, con raras excepciones, viven unos de lo que antes mal adquirieron, mientras otros, que
son los más, vegetan miserablemente, incapacitados del intelecto e impotentes para el esfuerzo físico. En todos los países brilla el Sol y hay trabajo para quien ama el trabajo. ¿Qué otros títulos que los de parásitos nocivos y entes oropelecos y farsantes, convienen a individuos que bajo el cielo del terruño se hacen aparecer como figuras gloriosas y al pisar otras tierras, hacen alarde de los dieron estatados o no atinan—cuando carecen de ellos—a conquistar honradamente un pedazo de pan? ¿Qué trascendencia nacional pueden tener las asociaciones o «partidos» que forman anormales de ese género?

La política mexicana, sensible es decirlo, tuvo dos orientaciones convergentes, claramente perceptibles: alcanzar poder y alcanzar riqueza, y esto por un contado número de individuos. Los medios para alcanzar tales fines, consistieron principalmente, en la adulación jerárquica, sistematizada y extendida hasta círculos que no siendo políticos, se contaminaban fatalmente. A esos medios reprobados, daban fuerza, cuando era necesario, las amenazas, los cohechos y los sobornos.

Cuando se era rico, el dinero servía para hacer política y alcanzar poder, vanidad que sigue a la posesión del dinero; por entendido queda, que tal poder era ficticio, ya que de hecho se reconcentraba en poquísimas manos; pero, en fin, la farsa autosugestionaba. Cuando se era pobre, se hacía política para escalar el poder y valiéndose de él, se acumulaba dinero por medio de concesiones, prebendas,
etc., etc. Una minoría de hábiles o «primates político» triunfaba indefectiblemente y obtenía riqueza y poder, sirviéndole de escalón una gran masa de politiquillos o politicastros que no obtenían más poder que el problemático que les daba el fuero o la protección oficial, ni más medro que míseras limosnas concedidas a título de subvención por empresas y servicios imaginarios, porque eso sí, la primera característica del político, era hacerse atmósfera a cargo del presupuesto, nunca al del propio peculio.

Los primates de la política siquiera lucían valores aparentes y se formaban a sí mismos: discursos efectistas carentes de fondo; campañas de prensa en las que campeaban adulación servil o insulto procaz, jamás ideas; banquetses a todas horas, y en todos los sitios, vinieran o no a cuenta; sacrificio voluntario del honor oficial y del personal; renuncia de la dignidad humana en ridículas mojigangas o manifestaciones pseudo-políticas, etc., constituían el mecanismo, el modo de hacer política. Los politicastros, infelices por nacimiento, carneros de Panurgo, eran dados a luz por obra y gracia de padres más o menos influyentes, los que, en cambio de ese alumbramiento, exigían de esas criaturas putativas, vitalicia fidelidad canina. En resumen, se procuró de contínuo que la vida política de quince millones de almas, estuviese consagrada a conservar rico y poderoso al pequeño grupo de pulpos políticos que paralizaban el desarrollo nacional.

El campo de la política, que como hemos expuesto, se había transformado en charca deletérea,
fué saneado por la Revolución: hoy no existen alimañas que hagan política militante, o si acaso permanecen en estado de larva, escondidas en el cieno, donde morirán pronto por falta de oxígeno; es también posible que, por mimetismo explicable, elementos considerados como revolucionarios, sean gérmenes virulentos de la política de antaño, en cuyo caso, se hace necesaria su rápida extinción.

La Política del Futuro

Los intereses.—Ingenuos idealistas, deploran que la política sea en fondo y forma una pugna de intereses. Sí, pugna de intereses es, y no puede ni debe ser otra cosa la política, puesto que la vida de los pueblos está connaturalizada con los intereses materiales o abstractos, y como cada agrupación social tiene el derecho de procurarse una vida mejor, y de fomentar para ello, el desarrollo de sus intereses, claro es que se establece una pugna estimulante cuando todas las agrupaciones sociales tienden hacia la mejoría de vida e intereses. ¿Por qué, entonces, se argüirá, es criticable la política de antaño que era representativa de grandes intereses? Precisamente, porque esa política protegió los grandes intereses de insignificante minoría de clases e individuos y desatendió y perjudicó los pequeños intereses de una enorme mayoría, lo que, lógicamente, trajo consigo inmediato desequilibrio, y después, el derrumbamiento de tan inestable edificación.
Si, por ejemplo, todos los mexicanos hubieran sido «científicos» en la era de Díaz, la política que se adaptó, habría sido ideal, por convenir al bienestar de todos, ya que fomentaba sus intereses por igual. En preconizar el establecimiento de gobiernos que procuran impulsar y alcanzar el desarrollo y el mejoramiento armónico, paralelo y efectivo de los intereses de las diversas agrupaciones sociales, deben consistir las tendencias y los fines de la política, siendo la verdaderamente democrática la que ofrece mejores garantías a la Nación, puesto que favorece equitativamente todos los intereses.

*Origen legítimo de la política.*—Para no entrar en disquisiciones alambicadas, diremos que la política se divide en dos ramas divergentes, nace de dos entidades teóricamente antagónicas: 1º El Gobierno establecido está obligado a procurar a la población, el mayor bienestar posible y debe hacérselo saber y palpar, para que continúe otorgándole confianza y apoyo. Debe, también, corregir las deficiencias justificadas que en su administración señalen amigos y enemigos. En esto, sintéticamente, debiera consistir la política gubernamental.—2º La política de oposición: el término «oposición», no entraña precisamente hostilidad hacia el gobierno establecido, sino meramente oposición en cuanto a criterio. Esta política, debe consistir en estudiar desde convenientes puntos de vista, la naturaleza y necesidades de la población, a fin de conocer los mejores medios de procurar su mejora. Con la posesión de tales datos, la oposición ya puede justificada-
mente señalar las deficiencias del gobierno establecido y las ventajas que una nueva plataforma o programa político pueden suministrar en el futuro. Por tales medios, se atrae la opinión pública el partido oposicionista más competente y apto. Así, no de otra manera, deben emprenderse campañas políticas.

**Personalidad de los políticos.**—Debe ser considerada como ridícula, la súbita aparición de individuos que sin valimiento personal alguno, son considerados o se consideran a sí mismos, como «personalidades políticas», cuando sólo podría convenirles el dictado de intrigantes. Ya no es preciso, como antes, hilvanar frasecillas de relumbrón, ni escribir vaciedades, ni banquetear, para hacer política. Todo hombre que—con elocuencia o sin ella, pedestre o brillantemente—defienda los derechos de agrupaciones sociales y ataque los abusos de que sean víctimas las mismas, es un político, militante o no, eso es secundario. Que existan en las cámaras y fuera de ellas el obrero político, el comerciante político, el capitalista político, el agricultor político, el intelectual político, personalidades, en fin, que representen realmente, intereses definidos, ya sean materiales o abstractos; pero que no se tolere la existencia de «políticos-políticos», es decir, de hombres que a nada ni a nadie representan y en cambio, intrigan, explotan y desacreditan a la Nación.

Es también indispensable, por más que la tarea sea muy difícil, barrer para siempre a los empleados públicos que para hacer y hacerse política,
emplean la fuerza moral y los elementos materiales del puesto que ocupan.

El vicio político mexicano que se arraigó más y cuya reaparición debe con mayor energía evitar-se, es el personalismo. Los políticos deben luchar por el bien de las agrupaciones a que pertene-cen y por los intereses que entrañan las mismas, obteniendo, naturalmente, los beneficios proporcio-nales que les correspondan como miembros inte-grantes de aquéllas. Antes, los políticos manejan-ban a su albedrío a las agrupaciones que dizque repre-sentaban, encaminando sus actividades y haciéndolas correrger hacia su mejoramiento personal y no al de la colectividad de que eran miembros; después socorrian, es la palabra, a los inconscientes compañero-s de partido, otorgándoles la limosna de un puestecillo o cosa análoga. Hoy, las agrupaciones deben controlar a los políticos que las forman y es-pcialmente a los que las representan y no éstos a aquéllas.

La política, o lo que se llama así, fué siempre en México, semillero de corrupciones. Antes que aparezca la nueva, la verdadera política, hay que desinfectar el ambiente; hay que exigir de los futu-ros políticos, patente ampliamente legitimada de sanidad moral, de eficiencia personal y de represen-tación efectiva.
Nuestra Transición Religiosa
Cuando se subyuga a un pueblo, es más o menos fácil para sus conquistadores infiltrarle nuevo arte, nuevas industrias, nuevas costumbres y otras manifestaciones culturales, pero es muy difícil y muy lento el hacer que acepten nuevas ideas religiosas. El cristianismo se impuso al paganismo y al judaísmo a cambio de torrentes de sangre que tuvieron su origen en la árida cumbre del Calvario. Las sectas reformistas alcanzaron el triunfo tras de recorrer continuamente senderos espinosos y dejar en ellos las huellas de muchos mártires.

Casi todas las transiciones religiosas han tenido por precio alguna sangrienta San Bartolomé.

¿Por qué fue relativamente fácil la transición del paganismo indígena al catolicismo español, durante el siglo XVI? ¿Por qué entre nosotros se ha implantado solamente el catolicismo, no obstante
que activa—aunque inútilmente—se intentó introducir el protestantismo?

La transición del paganismo indígena al catolicismo, no encontró obstáculos porque ambos credos presentaban desde el punto de vista indígena, analogías que hacían propicia la fusión religiosa. En cambio, ese paganismo y el protestantismo, eran entre sí heterogéneos y disímilos en esencia y en forma.

No impusieron el catolicismo la cortante tizona, ni el Santo Oficio, ni la caridad de las misiones. El catolicismo no se impuso, porque si hubiera sido así, habrían corrido ríos de sangre, y bien sabido es que los intentos de rebelión de la época colonial fueran pugnas por hambre, por tierras, por opresión, por mil causas, pero casi nunca reyertas por móviles religiosos.

El catolicismo fué ocupando suavemente el alma indígena, mientras se fundían con él, se transformaban o morían los viejos mitos paganos.

Las ideas religiosas de las agrupaciones prehispánicas de México, difieren entre sí en cuanto a modalidades exteriores, pero en el fondo presentan analogías substanciales reveladoras de un contacto más o menos remoto, pudiéndose, por lo tanto, elegir como tipo para la discusión y comprobación de los anteriores asertos, cualquiera de esas religiones, por ejemplo, la azteco-teotihuacana, que ofrece interesantes antecedentes históricos y profusas representaciones arqueológicas.

Las deidades indígenas tienen un origen abs-
tracto que maravilla por lo fabuloso y humanamente inexplicable, siendo en cambio su modo de manifestarse exteriormente, muy objetivo, ya que siempre revisten la forma humana o la de diversos animales y objetos. La esfera de acción de esos dioses comprende múltiples actividades de carácter intelectual y material claramente definidas. El culto y el ritual, son simbólicos, llamativos y complexos. Así, el dios azteca de la Guerra fue engendrado por una borla de plumas de colibrí, que cayó en el seno de su madre, piadosa mujer de Coatlán, cuando asaba el templo. El prodigioso infante tenía forma humana pero en su pierna izquierda lucía hermoso penacho de plumas de colibrí, y en el rostro el pico del mismo pájaro. Su culto era sangriento, haciéndose notable en el complicado ritual, la comunión antropofágica, las danzas y cantos, el uso de la sangre, del humeante copalli, de la mica, del carbón, del papel de maguey y del hule. Este dios era el numen tutelar de la Guerra, por lo que no se solicitaban de él buenas cosechas, lluvias u otras mercedes.

Insistamos en lo subdivididas que estaban las atribuciones divinas: eran 400 los dioses del pulque (no debe escandalizarnos el número de las pulquerías actuales); el amor casto y el espúreo, la muerte, la maternidad, la vejez, estaban presididas, dependían, pudiera decirse, de una o varias divinidades, lo mismo que el aire, el fuego, el agua, los astros, las mieses y, en general, todo aquello que es tangible a los sentidos y a la inteligencia en el mundo físico y en el intelectual.
El ilimitado número de dioses consagrados en el Valle de México, se pone de manifiesto al recordar el origen que les atribuye una fábula mitológica, probablemente teotihuacana: la pareja de dioses primitivos, moradores del décimo séptimo cielo, concibió como último hijo un cuchillo de obsidiana, en vez de una criatura divina, por lo que disgustados los hermanos, lo arrojaron a la tierra, en donde se estrelló en mil pedazos, cada uno de los cuales dio nacimiento a un flamante dios.

Veamos ahora cómo se presentó y fué acogido el catolicismo.

El indio veía en la Madre de Dios la quintesencia, la síntesis de las deidades femeninas, la consideraba como una diosa mayor. Jesucristó ingresó al olimpo prehispánico como el primero de los dioses. En cambio, el Dios padre no fué comprendido por esos iconologistas a causa de su concepto abstracto y de su falta de representación material. Se aceptó el calendario romano de golpe, con todos sus santos y sus santas, que aun les parecían pocos al considerar el número de sus dioses propios.

Los dogmas y los misterios que traía consigo la nueva religión fueron acatados sin tratar de comprenderlos, como se habían acatado dogmáticamente los misterios originales de la vieja religión. Los dioses recién llegados tenían aspecto humano y se les representaba como a los viejos dioses, en efigies de madera y de piedra o pintados con los mismos vivos colores de los códices rituales. La divinidad católica, como la pagana, castigaba y premiaba,
alejaba las enfermedades, salvaba las cosechas, atraía las lluvias. Por último, el pomposo ritual romano, en que son obligados los oros y pedrerías de las capas pluviales, el brillo de los broncees, las escuas de mil cirios, las densas nubes de incienso y la imponente música religiosa, recordaba a los vencidos los días gloriosos en que sus sacerdotes de blancas túnicas ascendían pausadamente las escaleras del templo, musitando oraciones y agitando banderolas de papel salpicadas con gotas de hule, mientras, arriba, los braseros sagrados humeaban sin cesar, velando los hieráticos rostros de las deidades, y abajo, la multitud azorada se estremecía entre un gran silencio de pavor y de fe.

Era pues lógico, que los indígenas de México, aceptaran voluntariamente el credo católico, asimilándolo a su manera y que rechazaran el protestantismo por parecerles abstracto, exótico, iconoclasta, incomprensible.
Nuestros Católicos
Inmensa mayoría de nuestra población profesa el catolicismo. Esto no admite negación o duda. Es axiomático. Desgraciadamente no todos son sensatamente católicos.

En México hay tres clases de católicos: los católico-paganos, los verdaderos católicos y los católicos utilitarios.

Los Católico-paganos

Aunque forman mayoría, constituyen social e intelectualmente el elemento inferior, el que requiere veinte, cincuenta o más años para adquirir la religión, el idioma y la cultura que les son indispensables para poder incorporarse a la civilización contemporánea universal.

Citemos algunos casos relativos a esta mixta religión: en la sierra de Zongolica, Estado de Vera-
cruz, diseminados en las riberas de los ríos Tontos, Coyolapan y Altototonga, hay indígenas de diversas filiaciones étnicas: popolocas, mixtecas, zapotecas, etc., etc. Casi todos estos indios confirman a sus hijos, se cazan y mueren—cuando las parroquias no están lejanas—en el seno de la Iglesia Católica. En cambio, muchas otras ceremonias que son también de gran importancia en su vida, presentan francamente sello de paganismo; así, cuando sus milpas empiezan a germinar y brotan tiernos tallos, consideran indispensable, que algún viejo indio, guardián de misteriosos conjuros, preserve a la siembra de las alimañas voraces, especialmente del venado, que en noches de luna y silencio baja de la montaña. Hemos sido testigos del curioso ritual y lo transcribimos fielmente: el uncioso indígena, genuino sacerdote de su raza, canturrea en idioma azteca y en tono lacrimoso y suplicante, impetrando del Dios Venado que no apacienta a sus hijos, los venados de la selva, en la milpa consagrada. Poco después, bajo una gran ceiba que ataja la luz de la luna, arden entre rojas brasas, pajarillos sacrificados, raspaduras de cuernos y pezuñas de venado, tiras de papel de platanillo silvestre y ambarinos granos de copalli que la mano negruzca del brujo lanza sobre la lumbre, envolviéndose en blancos nubarrones fugaces. Esto, en el fondo, no es más que la vieja rogativa al dios de la caza, el «corazón de la montaña», como le llamaban los aztecas. Hemos expuesto como ejemplo un término medio, puesto que en muchos, muchísimos casos, se nota una mayor
inclinación al paganismo, en tanto que en otros predomina el catolicismo, no obstante que todos caben en la denominación de católico-paganos. Entre los primeros debe contarse a las tribus primitivas: huicholes, coras, seris, tepehuanes, lacandones, etc., etc., y entre los segundos a los indios que viven cerca de las ciudades, a la inculta gleba de las mismas y también—por qué no decirlo—a otras gentes que no son indios ni forman en la gleba, pero que comulgan con ambos en superstición pagana: Id al Museo, veréis a los dioses, verdaderos ídolos tallados en piedra, madera y camalote, que actualmente «usan» aquellas tribus. ¿No conocéis a los «danzantes» que año tras año ocurren a la Villa de Guadalupe, a los Remedios o a Tacuba, para cantar y bailar en los atrios parroquiales, coronados con penachos de pluma y oropel, como lo hacían en los teocallis sus antecesores? ¿No sabemos todos que los guapos de Tepito y la Palma se arrodillan ante la Virgen de la Soledad, como ante bélico Huitzilopochtli, implorando pulso firme para esgrimir la cha-veta en próximo homicidio? ¿No hay acaso, señoritas que suspenden de los pies a San Antonio y rancheros ingenuos que apagan la vela de San Isidro porque no ven cumplidas sus aspiraciones?

Todo esto es catolicismo pagano o paganismo católico, como quiera llamársele.

Los Verdaderos Católicos

Son creyentes firmes, sinceros, sin convencio-
nalismos. Tienen conciencia de sus ideas y valor para sostenerlas. Son liberales para con los demás.

Estos católicos chicotean de continuo a los mercaderes del templo y llevan en los labios y en el corazón aquellas dos sentencias que es tan conveniente generalizar en nuestro país: «al César lo que es del César...» y «mi reino no es de este mundo.»

Con amplio criterio comprenden lo infinito de la divinidad. No aceptan que los santos alejen ratones y arañas o descubran agujas y dedales perdidos. Admiten la ciencia como es la ciencia y la religión como es la religión.

Comprenden que el fanatismo ofende a Dios y a ellos mismos y huyen de los fanáticos como de la peste.

Puede considerarse como ejemplarmente moral al clero que es floración de estos católicos y como nobilísima la función social que desempeña en México.

Respeto y garantías para los verdaderos católicos.

Los Católicos Utilitarios

Los pagano–católicos no son culpables de sus errores; necesitan piedad y ayuda; hay que educarlos civil y religiosamente. Los católicos verdaderos son dignos de toda estimación y respeto, ya lo dijera...
mos. En cambio, los católicos utilitarios merecen que la Iglesia y la Nación los arrojen de su seno.

Son los que hacen política y medran y matan—cuando pueden—bajo el manto de la religión.

Por fanatismo, restituirían al Santo Oficio en sus funciones; por avaricia, volverían a vender a Cristo, sólamente que en más dineros que lo hizo Judas; por cobardía negarían al Señor, tantas veces que no bastarían los gallos del mundo para cantarlas,

Estos católicos producen, crean un clero de camarilla, el cual, naturalmente, es enemigo del de los otros, los verdaderos católicos.

Estos individuos quieren hacer triunfar sus bastardas ideas con rogativas y funciones religiosas, pero eso sí, no sacaran un centavo de la bolsa, ni el alfanje de la vaina, para sostenerlas e impulsarlas. Encomiendan a sus esposas, a sus hijas y a sus hermanas, la peligrosa política religioso-ministerial, en tanto que ellos, cobarde e hipócritamente, miran pasar una tras otra las cuentas del rosario.

Pero lo que más subleva e indigna, es que cuando estos señores ven atacados y destruidos sus manejos sucios, se arrogan inmediatamente la representación de todos los católicos mexicanos, se esconden entre ellos para confundirse, los colocan como baluarte o trinchera para que resistan el primer choque o todos si es posible. Y por eso es muy difícil que resulten ilesos los verdaderos católicos,
los respetables y dignos, cuando son perseguidos los otros, los perniciosos y utilitarios.

Es muy sensible que entre nosotros no se haya popularizado una pastoral del Arzobispo de Quito, Ecuador, Sr. D. Federico González Suárez, que reprodujo la prensa mexicana hace algunos años y en la cual se lanzaba verdadero anatema contra los católicos utilitarios.
Nuestra Cultura Intelectual
Nuestras manifestaciones de cultura son y han sido tradicionalmente raquíticas, sobre todo en lo relativo a Bellas Artes y a Ciencias Sociales.

Esa deficiencia se debe a dos causas principales: la primera consiste en la heterogeneidad étnica de la población, que trae consigo la no existencia de un ambiente verdaderamente nacional que inspire una producción intelectual armónica y definida. La segunda se debe al intelectualismo feudal, que ha seguido siempre entre nosotros una marcha paralela a la del exclusivismo gubernamental.

Analicemos estas dos causas de nuestro estancamiento intelectual.

Heterogeneidad étnica

La población de México está formada por tres
clases o grupos, cada uno de los cuales aparece clara
temente definido por sus características étnicas, so-
ciales y culturales.

El primer grupo está constituido, étnicamente, por individuos de raza pura indígena y por aquellos en los que predomina la sangre indígena. Desde el punto de vista social—jerárquico podría también decirse—estos individuos han sido siempre los siervos, los parias, los desheredados, los opri-
midos. Su esclavitud ha durado desde que Her-
nán Cortés puso su bota ferrada en la Nueva Es-
paña, hasta 1910, cuando la revolución dijo al indio que abandonara su letargo y comenzara a vivir. El indio, sin embargo, no es quien ha hecho la revolu-
ción, no obstante que sus más hondas raíces germinaron y germinan todavía en la raza indí-
gená, lo que es natural, por ser ésta el agregado social que más «comprimido» estuvo y por lo tanto, más dispuesto a explotar conforme a leyes dinámi-
cas impuestas a las sociedades como a la materia.

¿Por qué, pues, si la población indígena es la más numerosa, la que más energías físicas posee y la que mayor esclavitud resintió, los movimientos revolucionarios nunca tomaron cuerpo ni estallaron en su seno, por más que en ella se encuentre su origen primordial? La explicación es muy clara: el indio, que siempre ha estado destinado a sufrir, siempre también estuvo dispuesto a vengar las ve-
jaciones, los despojos y los agravios, a costa de su vida, pero desgraciadamente no sabe, no conoce los medios apropiados para alcanzar su liberación, le
han faltado dotes directivas, las cuales sólo se obtienen merced a la posesión de conocimientos científicos y de conveniente orientación de manifestaciones culturales. En efecto, las sublevaciones indígenas durante la época Colonial, fracasan principalmente por causa de dirección; la Revolución independentista se hizo materialmente con sangre india, pero fué concebida y desarrollada por cerebros que no eran indios; la Reforma se efectuó de idéntica manera, pues el caso de Juárez y otros análogos, constituyen excepciones que confirman nuestro postulado. La Revolución de 1910 nos permite examinar más de cerca la cuestión: dos clases sociales, dos razas, contribuyeron principalmente al triunfo. En el Norte predominaba el elemento de sangre mezclada (raza intermedia a la que nos referiremos más adelante), en tanto que en el Sur, la raza indígena formaba la mayoría rebelde. El valor, la energía, la justicia de aspiraciones, todo era semejante en los dos grupos, y, sin embargo, el del Norte fué quien, en resumen, preparó, desarrolló la Revolución y consumó el triunfo, por más que los del Sur hayan derramado tanta o más sangre que aquéllos.

¿Por qué no sabe el indio pensar, dirigir, hacer sus revoluciones triunfantes, formando, como forma, la mayoría de la población, siendo sus energías físicas tal vez superiores y poseyendo aptitudes intelectuales comparables a las de cualquier raza del mundo?

Eso se debe al modo de ser, al estado evolutivo de nuestra civilización indígena, a la etapa inte-
lectual en que están estacionados sus individuos. Veamos qué estado guarda la civilización de este primer grupo, es decir, analicemos la cultura, el bagaje intelectual de la raza indígena. Examinando las creencias religiosas del indio, sus tendencias artísticas, sus actividades industriales, sus costumbres domésticas y sus modalidades éticas; considerando todo esto, experimental y sistemáticamente, con criterio etnológico, podrá verse que el indio conserva vigorosas sus aptitudes mentales, pero vive con un retraso de 400 años, pues sus manifestaciones intelectuales, no son más que una continuación de las que desarrollaban en tiempos prehispánicos, sólo que reformadas por la fuerza de las circunstancias y del medio. Sucedé naturalmente que, por brillante, por asombrosamente desarrollada que haya sido, para su tiempo, la civilización prehispánica, hoy sus manifestaciones resultan anacrónicas e inapropiadas, poco prácticas: hay indígenas que conocen hasta sorprendernos el curso del Sol, de la Luna y de otros astros; en tiempos precolombinos, estos individuos serían respetables sacerdotes-astrólogos, pero actualmente, parecen ridículos si se les instala en el Observatorio Astronómico. Los «yerberos», indios que poseen los secretos de una extensa farmacopea vejetal, habrían pasado entonces, con toda justicia, como notabilidades médicas, en tanto que hoy nuestro cuerpo médico los desdeña y los acusa como empíricos envenenadores. Los interesantísimos fabulistas indios, los que relatan las aventuras del coyote, de la serpiente, del nahual, de la Luna
y del Sol, de los bosques y los lagos, pudieran haber sido insignes literatos de la corte azteca, mientras que hoy apenas si el folklorista les dedica todo el interés que merecen. Hay algo sin embargo, con respecto a lo cual el conocimiento durante el pasado prehispánico está a la altura del contemporáneo: nos referimos a los fenómenos psíquicos, magnetismo, sujestración, telepatía, etc., etc. En efecto, bien conocidos son los «brujos» indios, individuos que debieran ser dignos del más detenido estudio, por parte de nuestros etnólogos y psicólogos; el brujo evoca—o cuando menos dice que lo hace así—a los espíritus, particularmente a los de los asesinados, induciéndolos para que aparezcan ante sus asesinos, siendo entonces muy fácil, según él, descubrir a estos últimos; hace amantes a los tornadizos, cura desazones, enfermedades, miserias, y aun la muerte a los enemigos, efectuando en un maniquí todas las ofensas dedicadas a aquéllos. Las complicadas ceremonias empleadas por el brujo, ocultan en el fondo un conjunto de acciones y reacciones, de energías desconocidas, ni más ni menos que lo que sucede en el magnetismo, en la telepatía, en el hipnotismo. Los sabios de hoy, brujos contemporáneos, proceden con igual empirismo en estos asuntos que los brujos indios, que serían los sabios de la época prehispánica.

El indio continúa, repetimos, cultivando la cultura prehispánica más o menos reformada y continuará así mientras no se procure gradual, lógica y sensatamente, incorporarlo a la civilización contem-
poránea. Se ha pretendido hacer esto inculcándole ideales religiosos, vistiéndolo y enseñándole el alfabeto, de igual manera que si se tratara de individuos de nuestras otras clases. Naturalmente que ese baño civilizador no pasó de la epidermis, quedando el cuerpo y el alma del indio como eran antes, prehispánicos. Para incorporar al indio no pretendamos «europeizarlo» de golpe; por el contrario, «indianicémonos» nosotros un tanto, para presentarle, ya diluída con la suya, nuestra civilización, que entonces no encontrará exótica, cruel, amarga e incomprensible. Naturalmente que no debe exagerarse a un extremo ridículo el acercamiento al indio.

Resumiendo lo anteriormente expuesto, puede concluirse que el indio posee una civilización propia, la cual, por más atractivos que presente y por más alto que sea el grado evolutivo que haya alcanzado, está retrasada con respecto a la civilización contemporánea, ya que ésta, por ser en parte de carácter científico, conduce actualmente a mejores resultados prácticos, contribuyendo con mayor eficacia a producir bienestar material e intelectual, tendencia principal de las actividades humanas.

El segundo grupo de población a que antes nos referimos, está compuesto por individuos de sangre mezclada, incluyendo aquellos en los que predomina la sangre de origen europeo, particularmente la española, que ha sido siempre la fuente de nuestro mestizaje. Esto desde el punto de vista étnico.

Socialmente, esta clase ha sido la eterna rebel-
de, la enemiga tradicional de la clase de sangre pura o extranjera, la autora y directora de los motines y revoluciones, la que mejor ha comprendido los lamentos muy justos de la clase indígena y aprovechado sus poderosas energías latentes, las cuales uso siempre como palanca para contener las opresiones del Poder.

En cuanto a la cultura intelectual, de esta clase, que se ha dado en llamar «clase media», podemos asegurar, sin temor a incurrir en exageraciones, que es la única que ha producido o produce intelectualmente. Desgraciadamente, esta producción se hace de acuerdo con orientaciones poco nacionalistas. En efecto, desde la época Colonial, los españoles tendieron a imponer el criterio intelectual europeo y en particular, el español. La clase media quedó entonces en una terrible disyuntiva: por un lado, pesaba sobre ella, enormemente, el criterio cultural de la clase indígena, que, como antes digimos, ha continuado cultivando, la civilización prehispánica. Por otra parte, influía en dicha clase, el citado criterio exótico, importado e impuesto por los dominadores hispanos. El ambiente físico-biológico-social, que, en último análisis, es el origen de las manifestaciones intelectuales y materiales de los pueblos, impelió siempre a esta clase a adoptar el criterio de la clase indígena y a repeler el europeo, lo que es explicable si se considera que en México la mayoría de individuos, así como la orografía del terreno, la alimentación, la población animal, la flora, los antecedentes his-
tóricos, etc., etc., eran y son diferentes a los del viejo continente. Por otra parte, la civilización indígena, además de ser retrasada con relación a la occidental, no estaba sistematizada, no formaba escuela, la guardaban y cultivaban las masas, no tenía vulgarizadores profesionales, se le dejaba propagar espontáneamente. En cambio, la cultura europea, además de presentar un grado evolutivo más avanzado, era difundida metódica y científicamente, si cabe la expresión y si se consideran la época y las circunstancias.

De esta pugna nació algo que pudiera llamarse «cisma cultural»: una gran parte de la clase media, que sentía más el ambiente en que se desarrollaba y los antecedentes históricos que la acercaban a la clase indígena, adoptó una cultura intermedia que ni es la indígena, ni tampoco la occidental. Citaremos algunas manifestaciones de esta cultura: la música del pueblo, la que Ponce, en nobilísimo esfuerzo, se esmera en dar a conocer, no es la música indígena, ni es la música europea; es algo intermedio, cuya técnica, cuya parte mecánica es occidental, pero que en carácter y en sentimiento, evoca fuertemente el alma indígena. Nuestros escultores que en Guadalajara, en México y en otros lugares hacen estatuillas de barro y cera o vasijas típicamente decoradas, son los verdaderos escultores nacionales, por más que el vulgo considere ton-tamente, su obra como curiosa chuchería. Las decoraciones que se usan en la industria de la laca, de la loza, en la inlúmentaria y en otras mil cosas, son
las legítimas decoraciones mexicanas, fueron inspiradas por nuestro cielo, por nuestro suelo, por nuestras flores, por nuestros animales y hasta por las antiguas concepciones religiosas politeístas de los indios prehispánicos. Pudiera decirse otro tanto de la literatura, la arquitectura y aun del especialísimo carácter que las ideas religiosas presentan en esta clase. La «cultura intermedia» se originó a raíz de la conquista, siendo necesario, para comprender perfectamente lo que aquí decimos, examinar, entre otras manifestaciones, la obra artística de transición de siglo XVI. Esta cultura intermedia, como la de la clase indígena, se desarrolla sin principios, método ni facilidades, siendo natural que ofrezca deficiencias y hasta deformidades frecuentes, como todo aquello que tiene que florecer venciendo obstáculos. Esta es, sin embargo, la cultura nacional, la del porvenir, la que acabará por imponerse cuando la población, siendo étnicamente homogénea, la sienta y comprenda. No hay que olvidar que esta cultura es la resultante de la europea y de la indígena, o prehispánica reformada. Quien conozca el origen, la evolución y el estado actual de la cultura japonesa, encontrará justificado cuanto hemos dicho sobre nuestra «cultura intermedia».

Los «cismáticos», como les llamamos antes, forman la minoría de la clase media. Son los que rechazaron de golpe la cultura indígena y abrazaron la occidental. Es indispensable examinarlos detenidamente: los pintores copian a Murillo, a Rubens, a Zuloaga, o lo que es peor, pintan asuntos relativos
a Francia, a España, a Italia, a China, si se quiere, pero casi nunca a México. Los escultores esculpen el Olimpo griego y desdenan inspirarse en lo mexicano. Claro es que, cuando se exhiben tales obras, la mayoría queda en ayunas, porque no contempla algo suyo, algo que esté en su vida, en su ambiente, en su alma. Hay todavía una labor artística más criticable: personas identificadas con el criterio estético europeo intentan producir obra artística valiéndose de motivos o elementos indígenas actuales y prehispánicos, sin conocer el espíritu que les dió origen, sin poseer antecedentes artísticos ni históricos referentes a sus creadores, dando todo esto por resultado, una obra artística híbrida, que nace de ideas europeas y presenta formas americanas.

Los arquitectos construyen habitaciones fielmente copiadas de las norteamericanas, alemanas, holandesas, etc., etc. (contémplense las nuevas colonias), que, si son apropiadas para países fríos, nublados, cubiertos de nieve, en México resultan exóticas, incómodas, tontamente elegidas.

Entre los «cismáticos» contamos con sociólogos y psicólogos de empuje, pero ¡oh desengaño! estos señores que han leído desde Spencer y James hasta lo que nos llega en el último vapor, y que conocen al dedillo los problemas sociales de Alemania y Francia, y aun del Turquestán o la psicología de los neozelandeses, no conocen o no quieren conocer o aparentan no conocer, nada de nuestra sociología y nuestra psicología, puesto que, con conta-
dísimas excepciones, nada se investiga ni se publica sobre nuestra población y nuestro medio. Aquí sucede como en las cuestiones de arte: cuando el sociólogo o el psicólogo, intentan el estudio de nuestro medio, los prejuicios los asaltan a cada paso, y si deducen leyes y exponen conclusiones, éstas podrán ser aplicables a cualquier país, menos al nuestro; resultado lógico, ya que no han descendido hasta palpar al pueblo y asomarse a su alma, sino lo han contemplado desde lejos, desde su gabinete, a través de los autores extranjeros a quienes acatan y aceptan dogmáticamente.

En buena hora que se acepten de la civilización europea los medios, la metodología, el «cómo se hacen las cosas», pero no se quiera que nuestra materia prima social tenga iguales moléculas y las mismas propiedades que la europea; no se pretenda que en un molde se vacíen las dos, ni que a la misma meta se dirijan sus derroteros.

Esa «cultura cismática» no es, ni será nunca la nacional, ni tampoco es la occidental, pues para poseer determinada cultura, es indispensable vivir en el ambiente en que se ha originado y desarrollado ésta. La «cultura sismática» es patrimonio de pedantes y de imbéciles.

El tercer grupo que integra nuestra población, está constituido étnicamente por individuos descendientes inmediatos o lejanos de extranjeros establecidos en el país, cuya sangre se ha mezclado muy poco con la de la clase media y nada con la indígena.
Socialmente, comprende a la aristocracia, cuyos individuos cuando son ricos, forman una masonería medioeval de pendón y caldera, y cuando son pobres, triste es decirlo pero verídico, constituyen una hampa de vergonzantes inútiles.

Esta clase, en general, no posee cultura intelectual, por más que desde el punto de vista material viva en ambiente copiado del europeo.

¿Puede existir verdadera producción intelectual en un país en el que las tendencias culturales son anacrónicas, heterogéneas y divergentes? Creemos que no.

**El Intelectualismo Feudal**

Pasando por alto los obstáculos hasta aquí expuestos, de carácter étnico, consideremos la cuestión desde otro punto de vista.

Frecuentemente se critica el cacicazgo de los gobernantes, de los terratenientes, de los capitalistas, pero nunca se menciona ni se flagela el cacicazgo intelectual. Sin embargo, esta plaga nacional es bien conocida; basta que un individuo alcance —legítima o fraudulentamente— patente de intelectual, para que tome dos providencias: la primera consiste en estacionarse en el grado o etapa de intelectualismo en el que lo sorprendió la consagración del público, ya sea esta consagración verdadera, o bien fruto de autosugestión. El consagrado ya no estudiará más, no admitirá ideas ni orientaciones nuevas, detestarán el continuo avanzar de la ciencia, solamente pontificará. Semejante error es
sensible, pero no de muy grande trascendencia, pues al fin y al cabo, cada cual es dueño de seguir cultivando su intelecto o de esconder la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Mas sucede que el consagrado —ya sea por méritos reales o por farsantería— toma como segunda providencia la de contener, sofocar y aniquilar, si es posible, a todos aquellos que se atreven a entrar en «su campo», es decir, a abordar los estudios que él monopoliza.

En los buenos tiempos del General Díaz había dos o tres historiadores consagrados, de cámara, podrían llamarse, sucediendo lo mismo con sociólogos, psicólogos, arqueólogos, pintores, etc., etc.

Los jóvenes, los que traían nuevas luces y nuevos derroterros, los que habían abrevado la Verdad novísimamente depurada, eran repudiados, se procuraba desorientarlos, desalentarlos, y si persistían, se les condenaba al ostracismo intelectual, cerrándoles las puertas de ingreso al campo de las ideas y si era menester, restándoles medios de vida.

Cuando cayó el General Díaz, se derrumbaron muchos de esos pontífices de trapo, y han seguido derrumbándose, y hoy que los contemplamos grotescamente desenmascarados, nos admira que por tanto tiempo pudieran haber sostenido inicua tiranía intelectual.

La heterogeneidad étnica persistirá largo tiempo, como obstáculo para nuestra producción intelectual. En cambio, el intelectualismo feudal, el cacicazgo de las ideas, está desapareciendo y debe desaparecer en lo absoluto.
El Concepto Cultural
Cultura... civilización... progreso... ¿Qué valor absoluto o siquiera relativo, puede atribuirse a estos términos? Venciendo la inevitable sensación de pereza que trae consigo un proyectado esfuerzo muscular, nos dirigíamos a hojear las dos arrobas de papel con las que la Real Academia fija y da esplendor al habla de Cervantes, mas a la postre cambiamos de idea, quedando la respetable mole, intocada y altiva, en su anaque del cedro. Esa consulta nos habría suministrado el concepto que sobre dichos términos se ha formado un académico o toda España o toda Europa: pero, como nuestra cultura no es académica, ni española, ni europea, aquella apreciación sería exótica para nuestro criterio y anacrónica ante el criterio sensato universal, ya que la actual guerra europea ha «modernizado» el concepto cultural dándole mayor elasticidad que la que lleva hasta el rebote a una pelota de caucho.
A cualquier mexicano que haya estado en Europa o en Norte América, ha trascendido sin duda el calificativo de «pueblo inculto» con que nos agraciaban por allá, ignoros, pedantes y aun pretendidos hombres de ilustración. El dictatorio no es para arrancar llanto, pero sí mueve a poner los puntos sobre las íes.

La moderna antropología establece que cultura es el conjunto de manifestaciones materiales e intelectuales que caracteriza a las agrupaciones humanas; pero no aventura gradaciones en cuanto a superioridades culturales, ni anacrónicamente clasifica a los pueblos en cultos e incultos.

La cultura se elabora por la mente colectiva de los pueblos y se deduce directamente de los antecedentes históricos y del medio y las circunstancias que los rodean. Es decir, que cada pueblo posee la cultura que es inherente a su naturaleza étnico-social y a las condiciones físicas y biológicas del suelo que habita. Es insensato, que cualquier pueblo considere su «cultura» o «kultur» o «culture» superior a la de los demás y procure imponérselas de grado o por fuerza. Cuando se ha intentado ésto, sólo se consiguió crear una nueva cultura, producto de la fusión entre la invasora y la invadida o bien ésta última persistió, quedando aquella desintegrada ante las persistencias del nuevo medio. México ofrece casos típicos en tal respecto: la cultura europea ha estado pugnando inútilmente durante varios siglos por arraigar su íntimamente entre nosotros. Sin embargo, sólo en reducidos grupos sociales existe
con vida artificial dicha cultura. En cambio, otras clases que llamaremos intermedias y son mucho más numerosas, poseen manifestaciones culturales que no son las europeas: industria, indumentaria, literatura, artes plásticas y gráficas, música, conceptos morales y religiosos, tradiciones, etc., etc., todo lo que en resumen constituye una cultura típica, está alejado de los tipos culturales europeos e indígenas, no obstante que se deriva de ellos. Por último, las familias indígenas, que representan mucho más de la mitad de la población, ostentan cultura autóctona, pues no han podido o no han querido asimilar casi nada de la cultura invasora.

Eso desde un punto de vista. Ahora, ocurre pensar si es cierto que el pueblo más culto es aquel de mayor moralidad, de mejor criterio estético, de más amplios conocimientos científicos, de más alta intelectualidad, en resumen, a la vez que rico y poderoso. Hay que confesar de plano que realmente un pueblo con tales superiores dotes armónicamente reunidas, sería el más culto: pero, ¿dónde está? No existe, ni en la Roma clásica, ni en la Grecia heroica, ni en los tiempos faraónicos o en las nebulosidades cuaternarias, ha existido agrupación humana que muestre esa integración preciosas, y si no contamos en casa con semejante ejemplo objetivo que sirva de base de especulación, dejamos a los pensadores futuristas ir a buscarlo a otros mundos. Nunca, en efecto, se ha comprobado que al mismo tiempo converjan presentando un alto grado evolutivo, las manifestaciones materiales e intelec-
tales de un pueblo. Parece como si una ley de compensación o equilibrio vedara alcanzar perfeccionamiento integral a unos pueblos con respecto de otros. Citemos algunos ejemplos: al pronunciado desarrollo de riqueza de un pueblo, vienen generalmente aparejados su florecimiento artístico y una notable decadencia o relajamiento de orden moral (Egipto y Roma). Por otra parte, la experiencia histórica demuestra que la vida verdaderamente democrática de un pueblo favorece el desarrollo de las ideas éticas y debilita o paraliza el de las estéticas (República norteamericana en sus primeros tiempos). Como explicación complementaria de lo anterior debe hacerse notar que, en general, las manifestaciones culturales no se producen de acuerdo con principios fijos, sino arbitrariamente, no pudiéndose por lo tanto establecer con ellas autorizadas comparaciones cualitativas. Por ejemplo: el Arte no se forma por medio de reglas determinadas, sino naturalmente, así que no cabe en lógica correcta, decir que el de un pueblo es superior al de otro o viceversa, pues no hay base para establecer relatividad; lo mismo sucede con la religión, la filosofía, las costumbres.....

En resumen, el término cultura significa, como ya dijimos, el conjunto de manifestaciones materiales e intelectuales que distinguen y diferencian entre sí a las agrupaciones humanas, pero nunca connota la calidad específica de dichas manifestaciones.

Quizá las ideas expuestas, escandalicen a los rutinarios y éstos nos culpen de no reconocer el
progreso integral de la humanidad, en cuyo caso estarán en lo justo, pues francamente confesamos que desde varios puntos de vista no creemos en él: La moral humana jamás avanzó ascendentemente. Tiene altas y bajas. En todos los hombres, desde el semizoológico de hace cien mil años, hasta el contemporáneo, ha reinado el sentimiento de egoísmo individual y social por encima de todos los sentimientos; la posesión abstracta o material constituye la clave, la explicación de todos los impulsos; antes se estrellaba el cráneo del enemigo para arrojarlo de su caverna y apoderarse de ella; hoy se le envenena con gases, producto de un química maravillosa, para arrancarle territorio y comercio; cuestión de métodos. Las más altas concepciones religiosas se integran y se desmoronan sucesivamente: el interesante monoteísmo abstracto que el faraón Aknathon concibiera miles de años antes de Cristo, no cede en idealismo y belleza al más depurado concepto teosofista actual. ¿Quién puede afirmar que más tarde no reaparezcan y se generalicen de nuevo, ideas politeístas y otros creyéndolos religiosos, como sucedió después del período monoteísta de aquel faraón? El Arte florece, decae y resurge; nunca se ha podido observar su continua evolución ascendente. El cubismo de los salones franceses se encuentra representado con original criterio estético en las esculturas de tipos teotihuacano y azteca. El «expresionismo rodinézco» puede hallarse en las cabecitas teotihuacanas de hace más de doce siglos y en las esculturas aztecas de Tenochtitlán. El estilismo que tanta fama ha
dado a la decoración llamada modernista, puede, con ventaja, ser substituido por la profusa y originalísima estilización maya.

En cuanto a las costumbres puede decirse lo mismo: el saludar con el sombrero o con la mano, el vestir de luto, el usar condecoraciones y distintivos, etc., etc., son persistencias o reapariciones de convencionalismos tan antiguos como la humanidad. No cabe, pues, admitir el progreso integral ascendente de las manifestaciones culturales humanas, sino únicamente su progreso temporal y periódico, ya que, indefectiblemente, es seguido de la decadencia y la desintegración.

Como excepción que confirme la regla general, sí es de creerse en el progreso de la ciencia, en la evolución ascendiente del conocimiento científico, pues, a pesar de las afirmaciones sofísticas que aplican a la ciencia el fatal «nihil novum sub sole», nadie ha podido demostrar prácticamente la existencia histórica de las novísimas conclusiones físicas, químicas, mecánicas, cosmográficas: Icaro, la piedra filosofal, la garrucha egipcia, el Tonalamatl o calendario ritual azteca, puede afirmarse que son los escalones inferiores, inferiorísimos, que han conducido al hombre en marcha ascendente al conocimiento del aeroplano, de la tramutación material, del automóvil y de las órbitas astrales. Por sentado queda que la posesión del conocimiento científico no connota superioridad o inferioridad cultural en los pueblos, ya que los individuos que lo poseen forman una casta de la población.
a que pertenecen, están muy alejados, mentalmente, de las demás clases y en cambio, los de todos los países constituyen entre sí, por su comunión de ideas, una fraternidad universal.

Proponemos, en resumen, que no se denomine a los pueblos cultos o incultos, como impropiamente se ha venido haciendo, pues es tanto como calificar los de humanos e inhumanos, corpóreos e incorpóreos, ya que la cultura, como repetidas veces hemos asentado, connota conjunto de manifestaciones inherentes a la naturaleza humana. La respiración, la nutrición, la reproducción, etc., etc., son manifestaciones o fenómenos fisiológicos; la percepción, la sensación, la memoria, son manifestaciones psicológicas; a nadie, sin embargo, ocurre decir que la psicología o la fisiología de los mexicanos es inferior o superior a la de otros pueblos, ni menos que carecen de psicología o fisiología. ¿No es pues ingenuo el llamarnos incultos o carentes de cultura?

Aceptaríamos que se dijera: el porcentaje de personas que poseen conocimientos científicos en México es muy reducido; el de individuos que no saben leer es muy grande; el arte de origen europeo no es comprendido por la mayoría de la población; la producción industrial es restringida, etc., etc. A nuestra vez contestaríamos: el conocimiento científico es deficiente en México, porque el carácter de las etapas evolutivas que atravesamos desde ha siglos, hace imposible otra cosa; extraordinario fuera un actual florecimiento científico y lo extraordinario es nímino traerlo a cuento. Una mayoría de me-
oticanos no sabe leer y escribir... pero sabe otras cosas: produce obra literaria, musical, etc., etc., es decir, carece de una manifestación cultural, el alfabetismo; pero posee otras. La industria mexicana es inferior en eficiencia a la europea, lo que se explica por la riqueza del suelo y la consecuente facilidad de subsistencia. No comprendemos el arte europeo, no lo «sentimos», hay que confesarlo; los europeos a su vez no comprenden ni sienten nuestro arte.

En último análisis, vivimos contentos con la evolución natural que siguen nuestras manifestaciones culturales y con la aplicación de aquellas manifestaciones de origen europeo que nuestras necesidades nos aconsejan incorporar. Imploremos pues, del Dios Cultural Extranjero, que nos haga gracia de su celo redentor y continúe imponiendo su cultura a fuerza de cañones, frascos de whiskey y misioneros sospechosos en Asia y en África o bien, diga su última palabra en Europa, sobre la pugna que por preponderar sostienen la «kultur» y la «culture».
El Idioma y el País
Hace algún tiempo se discutió largamente sobre la posibilidad y conveniencia de depurar y unificar el habla y la escritura del español en nuestro país.

El intento es digno de elogio porque entraña propósitos culturales, pero no lógico ni realizable.

En México se hablan numerosos idiomas y dialectos indígenas, de los cuales no nos ocuparemos aquí. Además, se hablan el español de Yucatán que es un español-maya; el de las altas mesas, influenciado por el azteca, el otomí, etc., etc.; el de Sonora, mezclado con el habla de los yaquis, el de Oaxaca, por la de los zapotecas, etc., etc. Por último, hablamos el español anglicanizado de la línea fronteriza del Norte, el del Bajío, con sus giros especiales; el de Veracruz, con los suyos, etc., etc.

Todas estas modalidades del castellano difieren
entre sí analógica, sintáctica, fonética e ideológica mente, es decir, difieren en forma, expresión y so- nido, y diferirán mientras los mexicanos no se ha-

yan fundido en una raza física e intelectualmente homogénea y, para que esto suceda, es necesario que esa raza viva en una región donde las condicio-

nes físicas y biológicas sean iguales para todos los individuos que la integran.

En efecto, la forma y estructura del cuerpo humano y las manifestaciones de su intelecto: arte, idioma, etc., etc., resultan directamente, de la acción de los alimentos, el clima, la flora, la fauna y la geológia del suelo o región que habitan. Ahora bien, las distintas regiones que constituyen nuestro país difieren climatérica, botánica, zoológica y geológi-
camente y, por lo tanto, nunca se hablará, en todas las regiones de México, el mismo español, sino el que naturalmente se desarrolle y florezca en cada una de ellas.

Cuatrocientos años de experiencia, son más concluyentes que todo lo que digan literatos y gra-

máticos con respecto a la pretendida unificación del lenguaje.

Por ejemplo: consideremos desde los puntos de vista social y lingüístico a los descendientes casi directos de españoles que, durante el siglo XVI emi-

graron a Yucatán, hablando el español de Castilla: presentan las características fisiológicas y anató-
micas que imprime el medio ambiente, haciéndose particularmente notable la palidez que ori-
gina la anemia tropical y variaciones en la forma
del cráneo, variaciones que no sería extraño com-probar científicamente, ya que en la primera ge-neración de hebreos que se establecen en Nueva York, se han encontrado variaciones craneanas bien perceptibles.

Respecto del español que hablan, es fácilmente demostrable que difiere, por varios capítulos, del de otras regiones de México y más todavía del de la península ibérica. Su fonetismo presenta vocales obscuras, consonantes que produce el bajo paladar, consonantes interrumpidas por golpes de la glotis y otros sonidos que no existen, por ejemplo, en el españo1 que hablamos en México o en el que hablan los Madrileños. El vocabulario usual contiene nu-merosos «mayismos». La sintaxis de la oración se encuentra en muchos casos, alterada por giros ideo-lógicos indígenas, etc., etc. Algo semejante sucede en las demás regiones del país, y se acentúa más, mientras la población de origen español está más mezclada a la aborígene y tiene más tiempo de es-tablecida en la localidad.

Que se haga entre nosotros literatura escrita en castellano de España y que sus autores la lean con prosodia impecable para oídos académicos, es plausible y digno de ologio. Pero también debemos exigir que no se intente poner trabas—tarea por lo demás inútil—a la literatura regional, al cultivo del español como naturalmente se habla y se escribe en cada región del país y no como unos pocos quieren que se hable y escriba en todas ellas.

Hay más estética, más realismo y mayor poder
de expresión, acatando esa pintoresca variedad de «españoles» de México, que si se les fundiera forzadamente en una imposible y grotesca imitación del español de Castilla o de cualquier otro lugar.
Literatura Nacional
No tienden a ser didácticas estas líneas. Tampoco mal ocultan intento de crítica erudita. Van encaminadas lisa y llanamente a exponer observaciones generales sobre la literatura nacional.

La fatal orientación extranjerista que ha prevalecido en México, nuestro apego a cánones titulados clásicos, nuestra fidelidad servil a opiniones académicas, todo ese falso evangelio a que rendimos culto en vez de hacerlo a la verdad y al sentido común, hizo que el concepto general reinante sobre literatura nacional adolezca de grandes deficiencias.

Dice la Real Academia que literatura es el «género de producciones del entendimiento humano que tienen por fin próximo o remoto expresar lo bello por medio de la palabra. Consideranse comprendidas en este género la gramática, la retórica, la poesía de todas clases, la novela, la elocuen-
«cia y la historia.» De manera que quien escribe sobre otras materias que las que menciona esa institución: geografía, arqueología, etnología, etc., etc., no hace obra literaria. Si este concepto que ofrece la Real Academia no parece del todo satisfactorio, menos todavía lo es el que entre nosotros reina, pues excluye de la literatura la obra histórica, llegándose a circunscribir el radio de aquella a la poesía y a la novela, pudiéndose citar como ejemplo, que nunca llamamos literatos a los cronistas de la Conquista cuya prosa presenta grandes bellezas y en cambio concedemos entrada fraudulenta al Parnaso a muchos autores de prosa y verso detestables. El error original consiste en creer que lo bello es bello siempre que esté de acuerdo con el criterio de unos cuantos y sea medido con metro patrón como una tira de manta. En nuestro humilde concepto, literatura es lo que se escribe sobre cualquier materia, sin excepción, pudiendo cada una de ellas presentar determinado aspecto de belleza, el cual varía con la naturaleza de los hombres y los pueblos y con el ambiente en que se desarrollan éstos.

Establecida la amplitud que, en nuestra opinión, debe conferirse a la palabra literatura, abordemos ya el tema de la literatura nacional. ¿Cómo es ésta? ¿qué libros, qué autores, la representan típicamente?

La mayoría de los que leen, no la minoría erudita, cree que, con muy contadas excepciones, durante el período colonial sólo se escribieron áridos crónicones y fastidiosos mamotretos teológicos.
De la época de la Independencia piensan que todas las plumas fueron exclusivamente dedicadas a reseñar a glorificar o a escarnecer el movimiento independentista. Suponen, en resumen, que en esos dos períodos fué pobre la producción literaria y rica la histórica. En cambio, opinan que la literatura ha alcanzado altos vuelos desde poco antes de la mitad del siglo pasado hasta estos días, juicio erróneo que se debe a que en estos tiempos ha sido más profusa la producción de lo que infundadamente llaman bella literatura, recayendo en el prejuicio a que antes nos referimos.

Por nuestra parte pensamos, rompiendo quizá con prejuicios que a muchos se antojan intocables, que más belleza se descubre en lo escrito durante las épocas de la Colonia y de la Independencia que en la contemporánea, lo que tal vez se debe a que los autores de aquellos períodos pretéritos ofrecen más verdad, mayor realismo, que estos últimos, dados frecuentemente a la ficción y al artificio, losas de plomo que encubren la belleza o la demeritan. Se aducirá que la forma de la obra literaria de los autores contemporáneos es más depurada, más elegante, más «avanzada», que la de aquellos otros. Esto es natural que así suceda, pues la forma ha evolucionado, es decir que el hecho de que la forma actual sea bella, no impide que la forma literaria de los antiguos autores no fuera igualmente bella en su época; pero, la belleza esencial que reside en el fondo de la obra literaria, no envejece ni des- cae; no evoluciona; es la misma, es la eterna in-
mutable belleza de ayer, de hoy y de mañana.

Ahora bien, repetimos, ¿cuál es según el vulgo la literatura nacionalista o mejor dicho nacional, de este decantado período literario? Quienes más se acercan a lo justo, dicen que los escritores típicamente representados por Angel de Campo, Payno, Fernández Lizardi, Facundo y otros, son los propiamente nacionales. En efecto, esos escritores son representativos de las clases sociales intermedias que constituyen el grupo de lectores más numeroso de la población. Sin embargo, este número es en proporción a dicha población muy reducido, lo que hace inaceptable la generalización ya que se excluye a una mayoría de elementos sociales que forman las grandes bases de la nacionalidad.

Hay quienes abogan por que se reconozca calibilidad de nacionalistas genuinos a los cantores de la gleba entre los que despuntan los Vanegas Arroyo, los Juan Panadero, etc., etc. Esta pretensión es inadmisible por causas análogas a las expuestas en el caso anterior.

Es oportuno exponer algo interesante sobre los autores y los lectores de estos dos grupos: los lectores del primer grupo forman un sumando mucho mayor que los del segundo, pues aunque las clases medias son menores, numéricamente, que las inferiores, el número de los que leen es mucho más reducido en estas últimas que en las primeras. Así, pues, cuantitativamente, son más nacionalistas los autores del segundo grupo, pues representan una gran mayoría de la población, pero, en cambio,
cualitativamente lo son los del primero ya que si representan menor cantidad de población, ésta es más consciente, literariamente considerada.

Para los lectores que se deleitan abrevando en fuentes literarias extranjeras, principalmente en las francesas y españolas, la literatura nacional digna de mención es aquella cuyos modelos son los Gutiérrez Nájera, los Tablada, los Rebolledo, los Nervo. Creemos que la obra de este género es muy bella, pero no podría negarse que presenta hondamente arraigado, un fuerte sabor exótico en esencia y substancia y por lo tanto carece realmente de carácter nacionalista.

Están surgiendo otros escritores de tendencias muy interesantes. Su obra nos los presenta en parte como representantes de las clases medias y en parte de las clases inferiores, con lo que ya se comprenderá lo trascendental de su apenas iniciada tarea.

Indianistas dados a exagerar, afirman ingenuamente que la única producción literaria que ostenta legítimo carácter nacional es la que floreció antes de la Conquista y citan para autorizar su opinión bellas selecciones de literatura maya, azteca, etc., etc. Creemos que tal parecer es erróneo pues no siendo literatura corriente la prehispánica, no puede presentar en la actualidad carácter nacional, por más que lo haya tenido en su época. Somos sin embargo, los primeros en reconocer su innegable belleza y en considerarla como una de las bases históricas fundamentales sobre las que habrá de formarse la
literatura nacional. Como algunos de nuestros lectores quizá no están familiarizados con esa literatura les aconsejamos leer las producciones de Netzahualcóyotl que reproducen varias obras históricas y copiamos en seguida, con el mismo objeto, un pasaje del famoso «Libro Sagrado de los Quichés», relativo a la creación del universo: «todo estaba suspenso, todo en calma y silencioso, todo inmóvil y apacible; la inmensidad de los cielos estaba desierta. Y en el seno de las tinieblas fué creado el mundo, porque la naturaleza de la vida y de la humanidad constituyen el corazón de aquel que a su vez es el corazón del cielo y cuyo nombre es Huracán . . . . el Creador y el Formador, el Padre y la Madre de la Vida . . . . aquel por quien todo se mueve y respira, padre y vivificador de la paz de los pueblos y de sus núcleos civilizados. Aquel cuya sabiduría ha meditado la excelencia de todo lo que existe en el cielo, sobre la tierra, en los lagos. El resplandor es el primer signo de Huracán: el segundo es el zig-zag del rayo y el tercero el trueno que retumba; y estos tres son el corazón del cielo. Son ellos quienes van a crear el mundo de acuerdo con Gucumatz, la serpiente adornada con plumas . . . .»

La mayoría que en nuestra población actual representa la raza indígena, sugiere la tentación de conferir a su literatura filiación nacionalista. En efecto, de escaso número de curiosos es conocido el asombroso número de relaciones, cantos, poemas . . . que atesoran nuestros indígenas, pero, precisamente, por ser casi ignorada esa literatura de quienes no
pertenen a la raza indígena o no son investigadores de nuestra población indígena, no puede llamarse nacional.

Por las razones que hemos ido exponiendo, creemos que ni aisladamente, ni en conjunto, las citadas y muchas otras manifestaciones literarias a las que sería dilatado referirse en estas líneas, constituyen propiamente lo que debe ser la literatura nacional del futuro. ¿Cómo será ésta y cómo hay que fomentar desde hoy su surgimiento?

Es lógico afirmar que la literatura nacional aparecerá automáticamente cuando la población alcance a unificarse racial, cultural y lingüísticamente. Para entonces sin duda las ideas éticas, estéticas y religiosas, los conocimientos científicos, las aspiraciones, los ideales de las distintas agrupaciones del país no diverdirán como hoy sucede sino se habrán acercado y confundido. La literatura nacional presentará diversos orígenes pero un solo cuerpo de exposición. El alma nacional será entonces sensible a la belleza de esa literatura ya sea indígena o español, prehispánico o colonial el origen de los episodios o pasajes que despierten emoción estética. Hoy, cada agrupación mexicana posee su literatura diferente de las demás en forma y en fondo, siendo suficiente para convencerse de esto examinar detenidamente las actuales manifestaciones literarias escritas y «latentes», es decir aquellas que no están escritas pero existen y se transmiten verbalmente, como por ejemplo las indígenas.

Como medios adecuados para colaborar desde
hoy a la formación de la literatura nacional del futuro, pueden señalarse algunos en este artículo:

1° Es de urgente necesidad publicar o cuando menos mandar escribir la literatura que antes titulamos «latente», pues si no se procede así, continuará decayendo y terminará por desaparecer. Esta tarea que debiera ser emprendida con amor por los mexicanos, fué iniciada ya, circunstancia generalmente ignorada, por centros culturales extranjeros, los cuales interrumpieron sus labores durante el período revolucionario, siendo por lo tanto oportuno y patriótico que nosotros las reanudemos ya que no pudimos o no supimos iniciarlas. 2° Hay que publicar las escasas producciones literarias de origen prehispánico que hoy existen casi perdidas en museos y polvosas bibliotecas, pues revisten importancia fundamental para nuestro futuro literario. 3° Concedáse especial atención a los archivos particulares y oficiales, que contienen documentación original de la época de la colonia. Además, reimprímanse publicaciones poco conocidas del mismo período. 4° Es necesario alentar todas las manifestaciones literarias actuales, en vez de ensalzar a unas y deprimir a otras. Es, en efecto, hazaña de tontos, ridiculizar las historietas de Vanegas Arroyo, las publicaciones del tipo de «La Guacamaya», las patéticas composiciones que declaman troveros de plazuela y los cuentos que salen de labios de nodrizas y criadas, pues todo eso es literatura mexicana, por más que pretendidos puristas prediquen lo contrario. 5° Hacer en general vulgarización literaria; editar
publicaciones que por su precio, por su estilo y por las ideas que expongan, sean asequibles al mayor número de personas.

Creemos que obrando así, puede cooperarse, en parte cuando menos, a la formación de nuestra literatura nacional.
Nuestras Mujeres
Nacionales y extranjeros encomian unánimemente las excepcionales virtudes femeninas de la mujer mexicana. Ya no vivimos en los buenos tiempos en que el maná caía del cielo para alimentar a pueblos elegidos y las ondas del mar formaban barreras a su paso; así que deben analizarse las causas naturales que hacen de nuestra mujer uno de los tipos morales más apreciables y apreciados en el mundo femenino contemporáneo, en vez de atribuir el caso a milagrosa predilección.

Hay tres clases de mujeres: la *mujer sierva*, que nace y vive para la labor material, el placer o la maternidad, esfera de acción casi zoológica impuesta por las circunstancias y el medio, la *mujer feminista*, para la cual el placer es deportivo más que pasional; la maternidad, actividad accesoria, no fundamental; sus tendencias y manifestaciones mas-
culínas; el hogar, sitio de reposo y subsistencia y gabinete de trabajo. Este tipo de mujer se originó y se ha propagado profusamente en los grandes centros de población como fruto lógico del ambiente social. La mujer femenina—denominación que encierra redundancia, pero es oportuna por su poder expresivo—es la mujer intermedia, igualmente alejada de los dos tipos anteriores; ésta es la mujer ideal, la preferida generalmente porque constituye el factor primordial para producir el desarrollo armónico y el bienestar material e intelectual del individuo y de la especie. Oportunamente mencionaremos sus características.

Tratadistas de ciencias sociales dicen que la jerarquía de la mujer corresponde al estado de civilización de su país; que mientras un pueblo es más inculto, mayor grado de servidumbre femenina se observa en él y cuando más avanza su cultura, en la misma proporción se reduce o desaparece esa servidumbre. Según esa conclusión sociológica, casi todas las mujeres mexicanas deberían ser consideradas como mujeres siervas, ya que en nuestra población, los analfabetos suman casi un ochenta por ciento y los incultos—desde el punto de vista cultural europeo—un 95 por ciento o más. Sin embargo, no se verifica eso entre nosotros, pues es cierto que contamos con un gran sumando de mujeres siervas, pero en menor proporción que la que correspondería a la falta de cultura que acusan dichos datos. En cambio, las mujeres femeninas forman también otro gran sumando que es incomparable-
mente superior al que teóricamente correspondería de acuerdo con la estadística sobre analfabetismo e incultura. Por último, la mujer mexicana propiamente feminista, no corresponde en proporción numérica a la población de alta cultura de nuestros grandes centros, su presencia es esporádica, exótica, su número infinitesimal. En resumen, hay entre nosotros menos mujeres siervas y feministas y más mujeres femeninas, que las que debían existir, dado el estado cultural que se atribuye a nuestro país.

¿A qué se debe este mentís a leyes sociológicas que parecen verificarse puntualmente en otros países y sociedades? Creemos que hay dos motivos:

PRIMERO.—El injustificado concepto de inculto con que se califica a México, por el sólo hecho de que su civilización no es la misma que ostentan los países europeos y los Estados Unidos del Norte, lo que es algo semejante al apotegma de los creyentes fanáticos: «el que no está con mi religión, está en el infierno». La cultura es relativa, como todo lo humanamente conocido, antojándose árægo en buena lógica, oír calificar de cultos e incultos a los pueblos, cuando a esta fecha aún no sabemos valorizar ni significar debidamente el término de «cultura» o el de «civilización». Siendo por lo demás secundario en este artículo el asunto propiamente cultural, lo dejaremos para mejor ocasión.

SEGUNDO.—Las características de la herencia social de la mujer mexicana. En efecto, la mujer
mexicana de la actualidad, deriva su modo de ser del carácter, índole y naturaleza, de las dos mujeres de quienes desciende: la española y la indígena. De haber sido conquistado México por España, quinientos años antes de la fecha en que lo fué, el futuro femenino de nuestro país habría sido influenciado por las mujeres esclavizadas, las hembras sin personalidad, que, como floración natural, producían casi exclusivamente los sombríos tiempos medievales. Felizmente la América surgió del misterio de los mares, cuando expiraban las últimas manifestaciones de la Edad Media, y amanecían los gloriosos días del Renacimiento, cuando la mujer, después de Dios, iba a ser el supremo símbolo de lo adorable, de lo bueno, de lo bello; cuando las Laura y las Beatrices nacían a la vida sentimental; cuando «por el Rey y por la Dama», era mote obligado en caballeros bien nacidos. Fué pues la mujer europea, ya dignificada, la que vino a México y además, fué mujer española, la cual ha sido y es, sin disputa, la más femenina de las mujeres europeas. No insistiremos en esto, pues doctas plumas han exaltado amplia y sapientemente las virtudes de la mujer de España.

La Mujer Azteca

Aquél es nuestro abolengo femenino extranjero. Evoquemos ahora el recuerdo de nuestras madres indígenas; piadosamente vivamos con ellas unos instantes. En el México del siglo XVI, había
agrupaciones humanas, nómades y primitivas, especialmente hacia el Norte, como por ejemplo, los yaquis, los seris, los coras, etc., etc., pero existían también agrupaciones de avanzada cultura como los tarascos, los zapotecas, los mayas y los aztecas, siendo natural que entre las primeras tribus, la mujer tuviera escasa significación social, en tanto que estas últimas naciones civilizadas, dignificaban a sus mujeres y les concedían importante papel en la organización social.

Como tipo de mujeres indígenas consideremos a la mujer azteca: La importancia del principio femenino en la generación de todo lo creado impresionaba tanto la mente de los filósofos aztecas y de sus antecesores teotihuacanos, que muy raro era el fenómeno físico, el objeto material o la actividad intelectual con que no estaba identificada una deidad femenina acompañando a la deidad masculina correspondiente, habiendo casos en los que sólo se reverenciaba a la divinidad femenina. En el último cielo, en el más alto, residían los grandes dioses, pared divina de la que descendían los restantes dioses. Los mares, lagos y corrientes, eran regidos por «la diosa de las faldas consteladas de turquesas» simbolizando el color azul de las aguas lejanas. El nacimiento de las criaturas femeninas era presidido por la diosa omechihuatl «mujer doble» o «dos mujeres», aludiendo este nombre, según opinan algunos autores, a que tanto su sexo como el de las criaturas que nacían bajo su advocación era femenino. En el Olimpo azteca no se encontraba un Cupido
ni ninguna otra deidad masculina del amor, existiendo, en cambio, dos diosas: Xochiquetzale, «flor preciosa», patrona de los amores castos, y la vieja diosa que cabalgaba en una escoba de tule y encubría exclusivamente las relaciones carnales. Eran también veneradas las diosas de la muerte, de las cosechas, de las siembras, de la fecundidad, de las industrias, etc., etc. Diremos más; según la tradición, Huitzilopochtli, el verdadero dios nacional, «el más temido y el más amado,» fue hijo de una mujer de carne y hueso, sacerdotiza de Coatlán, ni siquiera de una diosa. En un pueblo que tan intensa y profusamente deificaba a la mujer, era lógico que ésta ocupara respetable jerarquía social.

La vida de la mujer azteca era pintoresca e interesante: el nacimiento de las criaturas femeninas estaba presidido, como ya dijimos, por la divina «mujer doble», cuya imagen, generalmente tallada en piedra, estaba situada cerca del petate, si la casa era humilde, o de las ricas mantas palaciegas de algodón tejido y bordado con primor, que formaban el lecho de la enferma, así como las ofrendas y votos que se hacían a la diosa por el buen éxito del alumbramiento. Terminado éste, la comadrona cuya pericia aparece realmente maravillosa al juzgarla a la luz de los conocimientos actuales, colocaba a la recién nacida en una pequeña cuna, efectuando entre otras ceremonias rituales, la de poner en sus manecitas un minúsculo telar, una rueca diminuta, pequeños utensilios de cocina y otros menesteres domésticos con lo que se consideraban consagradas
las futuras atribuciones femeninas de la chiquilla.

No se oía nombrar en aquella época a Luisas, Mercedes o Elenas, ni a Sinforas, Petronilas o Atenodoras. El nombre que hoy llamamos cristiano se daba a la mujer tomando en generalmente de la naturaleza, con lo que un grupo de esas dulces vírgenes morenas, era una égloga viviente: «joya preciosa», «avecilla que remonta el vuelo», «corriente mansa y cristalina», «brisa fugitiva», «flor perfumada». . . . . . eran nombres corrientes en aquel entonces.

La mujer azteca presentaba tres aspectos derivados de tres tendencias concurrentes: era mujer de hogar, mujer religiosa y mujer social. De la madre recibía las más estrictas enseñanzas morales y los más amplios conocimientos domésticos; en el padre admiraba las dotes de alto civismo y virilidad que hicieron de los aztecas el más coherente núcleo social prehispánico del siglo XVI y explican su voluntaria y casi total exterminación, cuando la patria fué arrollada bajo las plantas castellanas; los sacerdotes le inculcaban fe, esperanza y temor por los altos destinos. Fué entonces capital virtud femenina la honestidad, por más que, como en todas partes, existían las mujeres de placer, en la inteligen- cia de que las tales, no eran generalmente mujeres casadas. La monogamía estaba generalizada, pues solamente el «tecutli» o emperador y probablemente algunos nobles acomodados, mantenían concubinas secundarias, ni más ni menos que hoy lo hacen oficialmente en Turquía, el Comendador de
los Creyentes y altos dignatarios y en México, privadamente, todo hijo de vecino que puede afrontar el alza de los cereales para la casa grande y para la «chica». Entonces, como hoy, el marido era el último conocedor del desacato, pero éste se publicaba luego de ser descubierto por cualquier noble o plebeyo y despertando la indignación popular, nacional, pudiera decirse, hacia que la pobrecilla culpable, caída bajo inexorable ley penal, fuera indefectiblemente lapidada por la multitud, hasta que exhalaba el postrer aliento. Era un pueblo que rendía culto al aseo y si los muros de los palacios pusieron admiración en los conquistadores, por aparecer «blancos, brillantes y pulidos, como láminas de plata»; la limpieza de hombres y mujeres no iba en zaga; es cierto que los ritos obligaban a los sacerdotes a no intimar con el agua por algunas temporadas, cosa frecuente en la antigua gente de iglesia, siendo oportuno recordar que de igual modo pensaban los padres y ascetas de occidente, cuya santidad correspondía al número de «cotas de mugre» que acumulaban. Es sí, muy sensible, que los indígenas que residen en nuestros grandes centros —los de los campos persisten en su limpieza— hayan olvidado las viejas tradiciones higiénicas, para poner en práctica el proverbio medioeval con tanto amor adoptado en México: «la corteza conserva el palo.»

A la competencia culinaria de las mujeres aztecas, debe nuestra actual cocina platillos deliciosos: mole de guajolote, chilaquiles, tamales, enchiladas, manchamanteles, pato en pipián; quesadillas
de cuitlacoche, tortas de ahuahutle, salsa de hua-
camole, nopales navegantes, pozole, tacos de juii....
bebidas nutritivas como atole, chile-atole, chocolate
y otras, amén del discutido pulque, cuyo descubri-
miento atribuye la tradición a la famosa Xóchitl.

Las labores manuales femeninas, alcanzaban
gran perfección artística: hilados y tejidos eran de
dibujos tan bellos y originales que actualmente se
reproducen en el país y en el extranjero, por lo in-
superable de su estilización; famosos mosaicos de
pluma que maravillaron a sus Majestades Católicas;
finísimos tejidos en palma, de los que son burdas
imitaciones los petates de hoy en día y muchas
otras labores ocupaban la atención de la mujer, no
debiéndose olvidar que a los hombres les estaban
señalados de preferencia los azares de la guerra, las
tareas agrícolas y demás atribuciones propiamente
masculinas.

La educación social de las jóvenes, ofrece
gran interés: no aprendían lenguas extranjeras
(tarasco, maya, etc.) ni arquitectura, ni astrolo-
gía, ni otras profesiones que hoy llamamos libres.
En cambio, acudían al «Cuicoyan», notabilísima
institución oficial, donde se enseñaban bellas ar-
tes y buenas maneras. Allí se iniciaban en la mú-
sica, aprendían danzas y cantos religiosos y pro-
fanos y comenzaban a tratarse públicamente los
jóvenes de ambos sexos, originándose futuras re-
laciones amistosas y castos amores que más tar-
de habían de consagrarse; virtuosos varones hacían
de preceptores en el Cuicoyan. El Padre Durán y
otros fieles cronistas de México Precolonial, relatan favorablemente sorprendidos, cuanto se refiere a esta singular academia.

Educándose así, crecían las doncellas, hasta que al alcanzar determinada edad, abandonaban la casa paterna, para ingresar al Calmecac (algunos autores indican que sólo las jóvenes nobles), dependencia del Gran Templo, en el cual permanecían un año, iniciándose en los misterios de la religión que más tarde habrían de inculcar a sus hijos y preparándose convenientemente para el matrimonio. Parece que algunas permanecían siempre en el templo por haber hecho voto religioso.

«Para el día de la boda—dice Orozco y Berra—se preparaba un gran convite. A medio día entraban los convidados, dándoseles profusamente de comer, flores y pipas para fumar; cada uno de ellos ofrecía junto al fuego, algún don, según su clase, y los más pobres sólo maíz. Entre tanto en la casa de la novia, hacía la tarde, bañabanla, componiéndole lo cabellos, vestíanla galanamente..... Colocada sobre un petate cerca del hogar, los ancianos la hacían razonamientos para que supiera cumplir los nuevos deberes de su estado. Se colocaba una estera fina labrada de colores, cerca del hogar, que estaba encendido y cerca del cual había una vasija con copalli, delante de la estera algunas viandas. Llegada la desposada a la puerta de la calle..... el novio salía a su encuentro, zahumándose uno al otro con braserillos en que se ponía copalli y tomándose por la mano, penetraban hasta la sala, sentándose
sobre la estera, la mujer a la izquierda del varón. La suegra de la novia vestía a ésta un huipille. . . . La suegra del novio ponía a éste una manta anudada sobre el hombro . . . . Se adelantaban las casamenteras (mujeres oficialmente dedicadas a casar a la gente), y ataban la manta del novio con el huipilli (camisa) de la novia; era el acto solemne, el símbolo de que quedaban unidos a perpetuidad . . . . Ponían copalli (incienso indígena), en honra de los dioses . . . . La madre del esposo llegándose a su nuera la labava la boca, dejándole delante algunas viandas, entre ellas, tamales y mole . . . . el esposo ponía en la boca de su consorte los cuatro primeros bocados de la comida, a lo cual correspondía, poniendo en la boca del varón los cuatro segundos bocados . . . . Si en la cámara nupcial hallaban carbón o ceniza, tenían por agüero de que no vivirían larga vida, al contrario de lo que pensaban si el encuentro era de un grano de maíz u otra semilla . . . .

Podrían escribirse volúmenes sobre la mujer azteca, representante de la mujer indígena, pero creemos suficiente lo expuesto hasta aquí, para demostrar la importancia de nuestros antecedentes femeninos precoloniales, que, como dijimos en un principio, mucho influyen en el carácter y en la naturaleza de nuestras mujeres contemporáneas.

La Mujer Sierva

La tesis principal de este artículo, ya expuesta anteriormente, es que «en México existen menos
mujeres siervas y feministas y más mujeres femeninas que las que debía de haber, dado el estado cultural, atribuido a nuestro país,» tesis cuya legitimidad vamos a demostrar, pues deploraríamos que se la tildara de pedante o dogmática: Hay menos siervas que las que debían existir proporcionalmente a la población analfabeta, porque no todas las mujeres analfabetas son siervas; nuestras mujeres indígenas, que forman el grupo femenino más numeroso de México, no saben leer ni escribir, pero conservan más intensa y fielmente que los mismos hombres, una gran herencia de hábitos, tendencias y educación, legada por sus antecesoras precoloniales y éstas, como arriba hemos procurado demostrar, no eran siervas, sino mujeres dignamente consideradas por sus contemporáneos. Naturalmente que las mujeres indígenas descendientes de las que en tiempos anteriores a la Conquista eran ya siervas, por pertenecer a las tribus primitivas de que hemos hecho mención, es probable que sigan siéndolo mientras no cambien para ellas las condiciones del ambiente social; las mujeres actuales de los lacandones, seris, etc., etc., no pueden ser, en efecto, otra cosa que siervas.

La servidumbre de la mujer de México, depende directamente del grado de inmoralidad de sus familiares y relaciones masculinas más que de su alfabetismo, raza y clase social. Son igualmente siervas la infeliz tortillera que recibe de su empulcado hombre dos o tres palizas cuotidianas y la altiva dama cuyo esposo acostumbra penetrar en la
alcoba a las luces del alba, bien cargado de razones y de «cocktails». Es de notarse que en cuanto los braceros campesinos —indígenas, cruzados o blancos— llegan a nuestras poblaciones en busca de trabajo, acompañados de sus familias, sus mujeres, originalmente femeninas, se tornan con frecuencia en siervas, merced a cierta alquimia social, fruto de los atracones de civilización que con un criterio fatal se dan sus esposos, que antes eran «incultos», según las estadísticas oficiales. Hay siervas por amor, hay siervas por fanatismo, hay siervas por necesidad y hay siervas por... tontería, con perdón sea dicho de su majestad la Mujer.

La Mujer Feminista

*Hay menos mujeres feministas* que las correspondientes al sumando de la población culta, fuente predilecta del feminismo en todos los países, porque desde luego, es infinitesimal entre nosotros, esa población culta, si se le considera con el mismo criterio europeo con que se juzga y califica a la llamada inculta. Si una mano mexicana y una extranjera manejan el rasero sociológico, resultará seguramente que para la primera existe una amplia y sólida cultura nacional, más o menos defectuosa, falta de método y encubierta, pero *existente*, que es lo esencial y que nuestras mujeres femeninas se cuentan en una gran proporción que pronto será notable mayoría, en tanto que para la segunda somos incultos y nuestras mujeres, virtuosas, laboriosas, su-
fridas, pero... pobrecillas... ¡siervas! ¡Qué le hemos de hacer!

Entre nosotros, el feminismo no se acentúa en razón directa del progreso material e intelectual, ni de la competencia económica, como se observa en otros países, excepción que consideramos lógicamente explicable, si se atribuye a nuestros tantas veces citados antecedentes femeninos: la mujer indígena fue siempre sierva o femenina; la mujer española, venida a México, ha sido exclusivamente femenina. Lógico es que nuestro feminismo sea microscópico; lo contrario, sería de extrañar.

Erróneamente, se califica de movimiento feminista, la tendencia que se ha venido intensificando en la mujer mexicana, de procurarse bienestar por sí misma y de manera honesta cuando no pueden suministrárselo sus familiares. Ese modo de pensar, o mejor dicho de no pensar, es característico de los mexicanos que todavía padecen celos cavernarios; la mujer mexicana, debe decirse muy alto, no pierde su índole femenina, al transformarse en mecanógrafa, «médica», «abogada», dentista o dependienta; por el contrario, en esas mujeres debe alabarse que, además de permanecer femeninas, hayan tenido la entereza de afrontar el sacrificio que impone la intensa labor diaria. Nuestro respeto más profundo para esas mujercitas de alma tan grande. El feminismo no está en la ocupación, ni en la profesión, sino en el carácter; debiera denominarse «masculinismo», porque es la tendencia que tienen algunos mujeres de masculinizarse en hábitos, en
ideas, en aspecto, en alma y ... hasta físicamente, si estuviese a su alcance conseguirlo. El sobresalir por cualquier concepto entre las demás mujeres, tampoco entraña feminismo: sor Juana Inés de la Cruz, no sólo descollaba con respecto a las mujeres, pues ilustres varones de letras envidiaron sus talentos y sin embargo era la quinta esencia de lo femenino. Por último, la energía, el valor, la decisión, no están excluidos del carácter femenino: la invicta Corregidora de Querétaro y la heroica Leona Vicario, fueron esposas ideales para Domínguez y Quintana Roo. ¿Cuáles, pues, son las mujeres feministas? ... Espinosa y comprometida es la contestación. ... fuera preferible entrevistar a una veteranana sufragista londinense ... diría más y mejor, en dos palabras, que nosotros en veinte pliegos ... En México, hay pocas, muy pocas, es cuanto podemos declarar, en nuestro carácter de esclavos paladines de nuestras mujeres ... ¡aun de las feministas!

La Mujer Femenina

¡Surjan de viejos arcones tallados, arreos de gala; proclamen grandezas mil clarines de oro; impongan recogimiento sonoras campanillas de plata; tiéndanse brocados de seda y oro; vengan flores de todos los jardines! ¡las mujeres femeninas aparecen! Madres, esposas, novias, hermanas, amigas, están ahí. Volvamos el rostro para mirar si algo ha quedado en el mundo ... ¡Aparece desierto! ...
Las minas, los bosques, los campos labrantíos, las industrias, y las escuelas, nos harán progresar, pero más que todo eso, contribuirá a la futura grandeza de la nación, la obra de la mujer femenina, que será al mismo tiempo piedra angular y clave magna, base y coronamiento del maravilloso edificio.

Existiendo, según hemos visto, menos siervas y menos feministas, que las que leyen empíricas señalan en el número total de nuestras mujeres, se deduce como consecuencia positiva y de comprobación aritmética, que, en cambio, debe haber, como hay en efecto, una más alta proporción de mujeres femeninas. Hemos razonado extensamente sobre la herencia social de la mujer femenina, como una de las causas primordiales de su gran proporcionalidad. Examinemos ahora causas complementarias presentes, veamos cuáles son sus características actuales:

Lo que en síntesis, hace excepcional a nuestra mujer femenina, es su innata aptitud para conen- tar, para refundir armónica y fructíferamente, características que o son antagónicas o se excluyen entre sí o coexisten en dirección paralela, pero que casi nunca convergen: Vive a la vez cerca de la tierra y cerca del cielo, en lo natural y en lo artificial, con la materia y con el alma. Analicémosla desde el punto de vista material, como hembra, fríamente, sin prejuicios caballerescos: si esposa, es apa- sionada, exclusivista, más o menos celosa; enemiga de todo artificialismo en las relaciones íntimas, sin dejar de modelarse al criterio marital del esposo;
vive instintivamente convencida y respetuosa de la sagrada y trascendente participación que le corresponde en la generación y continuación de la vida; casta después del matrimonio, con la sencillez con que debe haber seguido siéndolo nuestra calamniada madre Eva, tras de haber ingerido la inofensiva pero escandalosa manzana; fiel observadora de las funciones naturales de su sexo, no las exagera, ni las extravía, ni les pone freno forzado. Aún en la mujer caída es notable ese funcionamiento naturalista, pues son muy contadas entre estas pobres criaturas las verdaderamente corrompidas por hondas malicias y perversiones sexuales, razones por las que a los extranjeros viciosos y a nuestros «jóvenes dorados» que regresan de «París de Francia» se les antoja sosas y desabridas. Cuando es madre, presenta la mujer femenina imperial florón de virtudes y cualidades: connaturalizada con los hijos parece que sigue unida a ellos por tangibles lazos materiales, reflejándose en su organismo los sufrimientos que padecen como si todavía los llevara en el seno. El sacrificio por los hijos, no es en ella, sacrificio ni obligación, sino supremo goce. Anhela posesión de salud cabal, porque de ella depende la de los hijos futuros. El bienestar, la fuerza, la belleza física, la plenitud de vida actual y futura de los hijos, constituyen su deseo capital, el objeto primordial de sus desvelos. ¿Qué significa todo esto, pensándolo con criterio etnológico? Nada menos que la floreciente conservación del individuo y de la especie, su desarrollo vigoroso y una futura
vida de potentes actividades. Cuando México sea una gran nación, lo deberá a muchas causas, pero la principal habrá de consistir en la fuerte, viril y resistente raza, que desde hoy moldea la mujer femenina mexicana.

Examinémosla ahora, abstractamente: ¿Cuáles son su ética y su psicología? ¿Cómo mira, siente y expresa, las cosas del alma, del corazón y de la inteligencia?

Sólo esbozaremos lineamientos superficiales; pretender lo contrario sería como criticar la Suma de Sto. Tomás en media hora. Nuestra mujer femenina, no tiene alta instrucción, pero conoce, sabe ver la vida y sus accidentes, aquilata lo bueno y lo malo, lo justo, y lo injusto; hace fácil y factible lo que le es útil o conveniente y obstaculiza lo que puede serle perjudicial y nocivo. Tan clarividente habilidad, es fruto de la gramática parda que importamos de España y de la astucia indígena. Envuelve todo con las dulces mieles de su gran corazón: su diplomacia es cristiana no maquiavélica.

La mujer precolonial, fué profundamente fanática en su religión pagana; la colonial era—como fruto de su tiempo—exageradamente piadosa e intolerante; la mujer femenina de nuestros días tiende a ser simplemente piadosa; cada día vive más cerca del buen Cristo que es manantial de amor y perdón, que del farisaísmo odioso, forjador de anatemas, excomuniones y crueldades. ¿No es mejor que siempre haya tenido una religión más bien que una filosofía? ¿No es más sabia que nosotros al pen-
sar así? ¿No consistirá en eso su secreto de vivir feliz o siquiera conforme y resignada, que es otra manera de ser feliz? ¿No ha surgido novísimo movimiento del mundo filosófico, hacia las esferas sentimentales e idealistas que, en último análisis, forman el dintel del mundo religioso y son la esencia del alma femenina?

No especula en ciencias, pero sí en almas. Su innata penetración psicológica maravilla sin ser pedante. Conoce a la primera ojeada el punto débil, el aspecto interesante, el momento psicológico de las conciencias. Empíricos frenólogos han indicado, indirectamente, que nuestras mujeres como descendientes de las indígenas, tienen reducida capacidad mental aduciendo que su cerebro pesa más o menos gramos que el de la hotentota o la parisina y su ángulo facial difiere en quién sabe cuántos grados y hasta minutos. Todo eso es palabrería hueca pues, en primer lugar, si se generaliza científicamente, no hay diferencias sensibles entre los cerebros de las mujeres; en segundo, pesan lo mismo—proporcialmente a su cuerpo—que los de los hombres, quienes hasta hace poco habían usurpado el «trust» de la inteligencia y en tercero, está suficiente y novísimamente demostrado que el volumen y el peso cerebral, no influyen en la superioridad de las facultades intelectuales.

¿Por qué la mujer femenina, posee visiblemente desarrollado ese su famoso talento natural que también se denomina «sentido común», el cual tanto nos cautiva, así como a los extranjeros que la cono-
cen de cerca? No sabríamos contestar, pues no debiéndose ésto, como en el caso de sus demás características, a herencia de ninguna especie, y que es inadmisible la transmisión hereditaria de aptitudes mentales, sería difícil investigar las verdaderas causas. No se generalice, por supuesto, hasta imaginar que no existen mujeres . . . . cerradas de cabeza, diremos así para conciliar la cortesania con la veracidad.

Poetas chirles y críticos extranjeros que probablemente proceden de países fríos, disertan con frecuencia sobre las «tropicales mexicanas», sobre la ardiente sangre que corre en sus venas y los rayos de fuego que despiden sus ojos; encuentran incitación y voluptuosidad en sus movimientos, en sus miradas, en sus risas, en su voz y . . . . hasta en sus lágrimas. . . . ¡verdaderas odaliscas! Esto complace un poquitito y ofende un mucho, pues tal parece que hacen propaganda para que el Gran Turco vuelva hacia México sus ojos y surta sus serralllos . . . . A esos poetas «tropicalistas» y a aquellos críticos que salen del refrigerador, hay que contestarles que andan desacertados cuando tal dicen: la mujer sierva, en especial la indígena, no es propiamente voluptuosa, distinguiéndose más bien por su pasividad pasional y poco desarrollado erotismo. La mujer femenina siente más, pero puede medir mejor sus instintos pasionales por gozar de educación social superior a la de aquella. La mujer feminista no es pasional o si acaso, con extravagante aspecto masculino, por lo que ponemos punto en boca, pues
está convenido que nada referente a varones comen-
taríamos en estas líneas.

Una mujer que con tan sabio y hondo instinto
crea la familia y se constituye en esperanza de la
raza, al mismo tiempo que hace florecer y ensan-
charse de continuo en su alma soñadora, los sende-
ros idealistas que conducen a la humanidad hacia
el bienestar del espíritu, es la mujer suprema, la
Mujer por excelencia. Así es la mujer femenina me-
xicana.
El Escudo Nacional
Una de las convenciones humanas más antiguas, consiste en adoptar representaciones ideográfico-simbólicas de las características virtudes nacionales: la bandera y el escudo sintetizan lo que una nación es o cree ser. La bandera simboliza con sus colores las verdaderas virtudes de la raza: valor nobilísimo, honradez, pureza, esperanza. . . . El escudo realza características que pueden o no ser consideradas como virtudes, según el criterio de quien las juzgue: el valor exaltado hasta la ferocidad campea en casi todos los escudos; el león británico y el español, el dragón chino, el cóndor ecuatoriano, las águilas heráldicas de tantos países; todas esas alimañas sanguinarias cuyos oros y pedrerías refulgen en campo de policromas sedas, no son más que vestigios ancestrales de cuando se aumentaban los temores enemigos, agregando a la natural agresividad
y al propio empuje, arreos y disfraces de aspecto pavoroso. La destrucción es también motivo de preferencia en los escudos, simbolizándola generalmente fusiles, cañones, espadas y lanzas. Es pues, más espiritual, más cristiana, la bandera que el escudo.

Nuestro escudo, con más derecho que el de algunos otros países, debiera tener verdadero carácter nacional: está forjado en el yunque de la Historia con el divino mazo de la Fábula, al sacro fuego del Arte; es de abolengo fastuoso a la vez que verídico; está dentro de la Belleza y de la Verdad.

En los pendones chinos llamea corruscante bellísimo dragón, pero este dragón no existe ni ha existido jamás. Los leones de Iberia y Gran Bretaña, son exóticos en estos países, nacieron en los junglares africanos y en los desiertos de Asia. El unicorno mitológico caracolea en las armas inglesas merced a la venia de algún poeta o de un rey artista. El águila de nuestro escudo es indígena, no importada; vive en él con fuerza legítimo. Remotos pensadores y artistas de tez bronceada, aquellos estetas americanos que sentían la belleza y especulaban con la idea cuando la Conquista aún no llegaba, siguieron absortos los raudos giros del ave imperial o la miraron épicamente posada en picachos enhiestos. Y de ahí, de lo alto, trajeron a ese huésped majestuoso para hacerlo vivir en el arte, en la historia y en el cielo mítico de las tribus mexicanas. En nuestro arcaico escudo el águila no es fiera brutal, no encarna solamente fuerza y ferocidad, sino representa el poder noble y justiciero. Es el triunfo
de lo que se eleva a la altura, de lo divino, del Bien (el águila), en su eterna pugna con el Mal (la serpiente).

Sin embargo, nuestro escudo carece de carácter nacional: hasta la llegada de la Conquista, el Águila y la Serpiente aparecieron en alhajas, códices, penachos, estandartes y relieves murales con la suntuosa originalidad —ho y mal comprendida— que caracteriza al arte prehispánico. De entonces a la fecha, el escudo se ha transformado, artísticamente, en algo que se antoja fragmento de decoración teatral: las águilas de las banderas que nos envían fábricas de ultramar no son siquiera decaden- tes águilas napoleónicas o romanas, sino símiles degenerados de cromos y pinturas detestables. Las cinceladas o fundidas en fornituras metálicas que ha usado el ejército, llevan generalmente aparejado algún «made in Germany» que hace repulsivo intentar su filiación artística. Durante el imperio de Carlos V y más tarde bajo Maximiliano, se introdujeron en México, águilas que tendían al tipo de estilización austriaco, siendo notable que esa extensión de arte exótico llegó hasta los últimos salvajes rincones de Tepic y Jalisco, pues todavía los indios huicholes que allí viven, decoran sus telas de lana y algodón con el águila de dos cabezas (1), influenciada técnicamente por el gusto aborígene. Los insurgentes eran hombres gloriosos y venerados, pero su época no fué de florecimiento estético y menos en este capítulo, pues al contemplar casi todos los

(1) Colecciones etnográficas del Museo Nacional.
escudos de entonces, no sabría decirse si el pajararro-co que está batiendo las alas en contracción espasmódica es águila, harpía o gallo de combate. En la época Colonial no existió el actual escudo y en las contadas ocasiones que aparece el águila, como caso de persistencia artística o reaparición esporádica, rivaliza con las anteriores por su pseudo-convencionalismo, pues mejor semeja mochuelo de Castilla, que águila Imperial (2). Y no se crea que hoy en día nuestro «estetismo patriótico» se haya depurado: examínense las águilas impresas en los documentos oficiales, las grabadas en billetes de Banco, las troqueladas en la moneda y se verá que no son bellas obras realistas, ni convencionalistas, ni estilistas. . . ni siquiera cubistas. No son obras de arte, sino diseños industriales, dibujos mecánicos, águilas inertes sin expresión ni vida, copias de segunda mano, originadas en algún ejemplar disecado, que la polilla hizo deformes.

En resumen: nuestro escudo lució profusamente su originalísima belleza desde los tiempos fabulosos hasta la llegada de la Conquista, que abolió su uso por trescientos años, al cabo de los cuales reapareció, pero ya no ricamente estilizado y nacionalista como lo fuera antaño, sino exótico y vulgar, según lo hemos descrito en líneas anteriores.

Esa fatal transformación se debe a dos causas principales: Primero a que nuestras manifestaciones de arte han sido muy pobres y desprovistas de

(2) Medallas y documentos del siglo XVIII.
carañter nacional en la época moderna, siendo bien sabido que el suntuoso legado que recibimos de belleza Colonial y Precolombina, comenzó a decayer lastimosamente, en los albores del siglo XIX. En seguida, a que las composiciones de nuestro escudo fueron casi siempre proyectadas y ejecutadas por industriales y no por artistas y claro es que a los amantes de lo bello, no convence el criterio estético industrial.

Antes de abordar lo que es tendencia y objeto principal de este artículo, se impone traer a cuento algunos antecedentes relativos al águila mexicana desde los puntos de vista zoológico, histórico y artístico: el águila, aparece profusamente entre las manifestaciones artísticas de las antiguas familias mexicanas no obstante que sólo existe en pocos estados de la República. Efectivamente, en México sólo se conoce el Aguila Crysaetos de Linneo, llamada Cuahutli por los aztecas, «Águila Real» en denominación vulgar, y «Águila Dorada» por algunos naturalistas.

La interesante obra «La Creación» (Vol. III pág. 211), hace la siguiente descripción de esta especie:

«El águila dorada, Aquila Crysaetos, es más esbelta que las águilas Fulva e Imperialis, según puede observarse principalmente en el animal vivo; tiene la cabeza más pequeña y las alas y la cola más largas; pero esta última no está cubierta del todo por aquéllas. El macho mide 1 metro de largo por 2m 40 de amplitud de alas; la hembra 1m 05
por 2m 50 respectivamente; el ala plegada es de unos 0 m. 77 y la cola tiene 0 m. 36 a 0 m. 40. El ave adulta tiene el plumaje más claro, sobre todo en el pecho, en las nalgas y en las cobijas inferiores de la cola; en la espaldilla existe una mancha blanca. La cola es de un gris ceniciento parduzco, con anchas listas negras transversales, irregularmente dispuestas; la faja terminal es más angosta que en la especie anterior («aquila fulva»). Sólo las dos pennas caudales externas se acortan un poco; las otras tienen el mismo largo; la parte inferior del ala es obscura y no tiene señal alguna de blanco.»

Dugés halló esta águila en Durango, Tower en Guanajuato y Bullock en regiones más septentrionales.

El vulgo cree, intuitivamente, que nuestro escudo está legítimamente apropiado y se originó en el más remoto pasado nacional, en tanto que personas de mayor ilustración, pero desorientadas por la deficiencia de nuestro material histórico, lo tachan de inapropiado por localista, aduciendo que únicamente es adaptable a la Ciudad de Tenochtitlán, denominación antigua de la capital de México. Entre las opiniones más autorizadas a ese respecto, citaremos la siguiente que aparece en el Diccionario Geográfico (1): «el más antiguo y autorizado de los monumentos que nos dan aquel origen (el del escudo), es la pintura geroglífica que representa la fundación de México; obra auténtica y de

«invención y ejecución mexicana, conservada en la «estampa primera de la colección Mendoza (Kings-
«borouhg, Antiques of México, etc., tomo I) llama-
«da así por don Antonio de Mendoza..... Descu-
«bierto el terreno que sirvió de primer asiento a los «fundadores de México, de la manera referida en el «artículo Axolohua, el intérprete del Código Men-
«docino lo describe en los términos siguientes: En «esta ocasión estaba todo anegado de agua, con «grandes matorrales de enea, que llaman «tuli» y «carrizales muy grandes a manera de bosques. Te-
«ñía en todo el espacio del asiento una encrucijada «de agua limpia y desocupada de los matorrales y «carrizales, la cual encrucijada era a manera de as-
«pa de San Andrés según que en lo figurado (en la «estampa) hace demostración. Y casi al fin y me-
«dio del espacio y encrucijada, hallaron los mexi-
«canos una piedra grande o peña honda, encima un «tunal grande, en donde una águila caudal tenía su «manida y pasto, según que en el espacio de él es-
«taba poblado de huesos de aves y plumas de di-
«versos colores..... y dando principio al origen de «su asiento y población, fué determinado por ellos «dar título al lugar llamándole Tenoxtitlán por ra-
«zón y causa del tunal producido sobre la piedra».

En este juicio, como en otros muchos, el vili-
pendiado vulgo está más cerca de la verdad, que sus impugnadores; nó es la tribu azteca, fundadora de Tenoxtitlán, quien dió origen al escudo mexica-
no. Muchos siglos antes, ya aparecía en la obra art-
tística indígena la composición del águila y la ser-
piente o el águila sola: el arte de «los pueblos», el de Chalchihuites o transitorio, el Tarasco, el Zapoteco, el Maya y otros varios, que ya estaban en decadente desintegración cuando todavía los aztecas no llegaban al valle de México, ofrecen la representación nacional. Otro argumento consiste en que los aztecas traían ya del lejano Aztlán la fábula del águila y la serpiente como pretexto para establecerse en nuevas regiones. Examínense los códices, los monumentos arquitectónicos, y la cerámica y otros objetos de las familias prehispánicas y se hallará una comprobación objetiva de lo expuesto. Por último, estúdiense investigaciones que sobre temas relacionados con el que es objeto de estas líneas, han hecho autorizados especialistas modernos. (i)

Seler dice que los mexicanos distinguían varias clases de águilas, siendo la más grande la «cuauhtli» o «picigatao» de los zapotecas. Además, una águila de color gris y otra que presenta tiras transversales negras en fondo claro y que probablemente será la «itzcuauhtli». Como ya dijimos no existe más que una especie de águila en México, por lo que es de presumirse que los mexicanos consideraban con el mismo carácter a los gavilanes, aguilillas y otras aves de presa análogas, las cuales se encuentran en todas las regiones del país.

Artistas de la forma y de la idea anteriormente vistos como quijotes de una cruzada imposible y

---

(1) Artículo «El Águila» (Der Adler) publicado en Zeitschrift für Ethnology 1909, Pág. 784, por el Dr. Eduardo Seler.
hoy considerados como precursores de un glorioso renacimiento vernáculo, han intentado obra de arte nacional. ¿No sería patriótico que coadyuvaran esas nobles tendencias para competir en la creación de una alta obra de arte que simbolice el escudo nacional? (1)

---

(1) Este artículo es extracto de otro publicado en la Revista de Revistas correspondiente al 5 de Diciembre de 1915.
La Capacidad del Trabajo
Muy debatida es la cuestión que entrañan las relaciones entre el capital y el trabajo, en casi todos los países, pero en ninguno de ellos alcanzó hasta la fecha resolución satisfactoria, no obstante que al estudiarla se consideraron concienzudamente todos sus antecedentes. Como ejemplo pueden mencionarse las recientes huelgas norteamericanas, inglesas y españolas.

La resolución de ese problema ofrece en México dificultades todavía más serias, ya que no ha sido considerado en todos sus aspectos y antecedentes.

Suponemos suficientemente conocidos de nuestros lectores, principalmente de los especialistas, los motivos que hacen desconocer aquellos aspectos y antecedentes, así que sólo nos referiremos en estas líneas a uno de ellos: «la capacidad del trabajo.»
Para calcular los salarios que justamente deben asignarse a la mano de obra empleada en una nueva empresa, para disminuirlos o aumentarlos en una empresa ya establecida; para investigar las causas de progreso, de paralización o de retroceso, de los centros fabriles; para estimar las posibilidades de producción industrial, agrícola, minera o de cualquier otro género en un país o en una región, es indispensable conocer previamente la «capacidad de trabajo» de los trabajadores empleados.

La capacidad de trabajo se justiprecia en cantidad y calidad, existiendo por supuesto en cada país una producción tipo, que varía con la naturaleza del trabajo mismo, con las condiciones fisiográficas y biológicas regionales y por último y principalmente, con las características, étnicas, psíquicas y económicas de las respectivas poblaciones. ¿Por qué medios podemos alcanzar en México el conocimiento justo de lo que debe ser la capacidad de trabajo normal de los individuos en sus distintas ocupaciones? Desde luego hay que considerar los antecedentes históricos, siendo lógico, que, por ejemplo, nuestros hiladores, tejedores, canteros, carpinteros, talabarteros, jarcieros, y otros trabajadores deaborlengo precolonial o colonial, estén en aptitud de producir más y mejor trabajo que aquellos que tienen una experiencia más moderna como sucede con los fabricantes de implementos mecánicos e instrumentos científicos, material eléctrico, cristalería, vinatería, etc., etc. Esto es de observación elemental y tan positivo que dejamos a nuestros
lectores el comprobar experimentalmente su veracidad.

En cuanto a la cuestión de raza que a renglón seguido debe considerarse, hay que advertir que lo que vamos a exponer adolece del empirismo, que por falta de datos y antecedentes, no puede menos de presentar entre nosotros tal materia. Desde el punto de vista de la capacidad de trabajo, pueden ser divididos los trabajadores mexicanos en dos grandes grupos raciales: 1° El que forman los individuos de raza indígena pura y aquellos de raza mezclada en quienes predomina en gran proporción la sangre indígena y 2° Los individuos de sangre original europea y los de raza mezclada en los que predomina en gran proporción la misma sangre. Los individuos del primer grupo son lentos y medianos generadores de energías y esfuerzos pero, en cuanto a continuidad, duración y resistencia de esfuerzos, sobreponen a los del segundo grupo. En apariencia su desarrollo muscular es inferior al de éstos. Su alimentación es frugal y de régimen exclusivamente vegetariano teniendo por base el maíz y sus compuestos. Los trabajadores del 2° grupo, pueden generar mayores energías que los del primero en un tiempo dado. Su desarrollo muscular aparente es mayor y su sistema alimenticio es mixto y más abundante. Debe advertirse que aun cuando no se han verificado observaciones científicas a este respecto, como serían la determinación dinamométrica de energías musculares, investigación químico-biológica sobre suficiencia o insuficiencia alimenticia,
etc., etc., cualquiera puede comprobar prácticamente lo expuesto, con sólo encomendar la misma tarea, durante cierto tiempo, a un trabajador de raza indígena y a otro de raza blanca.

La causa que probablemente motiva más variaciones en la capacidad de trabajo, consiste en la diversidad de condiciones fisiográficas del territorio nacional, pudiéndose asentar que dicha capacidad presenta tantos grados como regiones distintas hay en la República: en efecto, la presión atmosférica, la precipitación pluvial, la temperatura ambiente, el estado higrométrico, etc., etc., hacen que, comparativamente, el cortador de henequén yucateco, el tlachiquero de Apam, el cortador de guayule de Coahuila, el cortador de café de Córdoba y demás trabajadores regionales, ofrezcan diversa capacidad de trabajo acomodada a las características fisiológicas y anatómicas impuestas por los respectivos ambientes locales.

La capacidad de trabajo está en razón directa de la situación económica de las clases trabajadoras en particular y de toda la población en general, pues o se acepta y se impone un criterio radicalmente socialista o se procura que el desarrollo sea integral, es decir, que en equitativa y democrática proporción se fomente el bienestar de trabajadores, burocratas, profesionistas, capitalistas, de todos los elementos que, eu resumen, constituyen a la población desde el punto de vista económico.

En vista de lo anterior y en pro de una más abundante y mejor producción de trabajo nacional,
sugerimos que oficial y particularmente se emprenda investigaciones de carácter científico, encaminadas a determinar la capacidad normal de trabajo de los trabajadores mexicanos, factor cuyo concurso es indispensable para la solución del gran problema que entrañan las relaciones del capital y el trabajo.
La Industria Nacional
Si se examinan datos sobre exportación de materias primas y exportación e importación industrial, correspondientes a épocas de producción y explotación normal, se cae en cuenta, sin pretender emular a Leroy Beaulieu, que nuestra industria es muy deficiente.

Poseemos inagotables yacimientos de los nobles metales que dan vida a la industria moderna: hierro, cobre, plomo, antimonio, etc. . . .; abundantes combustibles: maderas, carbón vejetal, carbón de piedra, petróleos, hidrocarburos gaseosos . . . .; materiales para construcción arquitectónica: mármoles, tecalis, ónices, canteras polícromas . . . .; metales ricos: oro y plata . . . ; tierras para cerámica y vidriería: barros, kaolín y silicatos; gemas preciosas: perlas, turquesas, esmeraldas y ópalos . . . .; numerosas fibras: henequén, pita, xixe, palma . . . .; pie-
les y carnes superiores de ganado doméstico y silvestre; gomas elásticas: hule, chicle...

Poseemos, en resumen, todo aquello que puede hacer del país uno de los primeros productores industriales en el mundo.

Además, son proverbiales en México y en países extranjeros las aptitudes del obrero mexicano.

¿Si la materia prima es abundante, la mano de obra competente y el combustible profuso y variado, a qué se debe el estancamiento de nuestra industria que debiera depender directamente de esos factores?

Desatendiéndonos de lo referente a dificultad de comunicaciones, deficiencia de relaciones mercantiles internacionales y otras consideraciones que también afectan, aunque en segundo término, a tan interesante cuestión, abordemos otras de más trascendencia.

El error fundamental consiste en haber invertido el carácter de la producción industrial: En vez de haber fomentado de preferencia las industrias nacionales para después implantar gradualmente las de origen extranjero, se desdénó a las primeras concediéndose especial atención a las segundas, con lo que la producción de carácter nacional fué debilitándose hasta hacerse deficiente, mientras que la de carácter extranjero no ha podido extenderse ni desarrollarse, no ha sido producida, comprendida ni consumida suficientemente, por razón de su exotismo, de su rápida imposición y de la escasez de obre-
ros que hubieran adquirido experiencia bastante en centros industriales extranjeros.

Consideremos ambas industrias en las siguientes líneas.

La industria nacional típica.—Es de rancio abolengo; ahonda sus raíces en el pasado más remoto. dicen crónicas fidedignas que cuando en la corte de los monarcas católicos, emporio universal de artes, industrias y ciencias, aparecieron objetos de la industria indígena, se alzaron clamores de admiración que aquilataban méritos de valía: mosaicos de pluma polícroma, mosaicos de ricas gemas; amuletos y figulinas de obsidiana, jade y cristal de roca; filigranadas joyas de oro y cobre, pieles adobadas con primor; tallas en madera y roca y otras mil cosas que sería cansado enumerar, parecieron a los cronistas de la época comparables y en algunos casos superiores a las que entonces se producían en Europa.

Durante la época Colonial, las industrias europeas fueron implantándose lenta, evolutivamente, hasta fundirse y combinarse con las indígenas, por lo que al finalizar el siglo XVIII y a principios del XIX florecía una industria nacional de múltiples y típicas manifestaciones: la porcelana, que era originálisima, se derivó especialmente de tipos chinos y españoles, hábilmente interpretados e influenciados por la aptitud y la experiencia que eran tradicionales en los ceramistas indios. En el preparado, en el repujado y en la decoración de pieles para monturas, muebles y tapices, rivalizaron, hasta fundirse
a la postre, las enseñanzas moriscas que traían los conquistadores y las genuinamente mexicanas, de remoto origen. Las lacas para objetos y muebles, compitieron ventajosamente con las de más selecta producción china y japonesa. Las filigranas de oro y plata eran tan bellas y sólidamente acabadas como las italianas. Las incrustaciones en metal hicieron de Amozoc el Eíbar mexicano. De las mantas del Saltillo no sabría decirse si eran más hermosas que durables o viceversa. Hilados, deshilados y tejidos de lana algodón y seda; palma y zacate tejidos y trenzados. Esas y muchas otras industrias, hacían de la Nueva España el primer emporio industrial de América.

Esa típica y vigorosa industria nacional habría evolucionado, se habría fundido con las nuevas industrias extranjeras, haciendo de México actual un país industrial, si no se hubiese invertido, como antes dijimos, el carácter de la producción industrial. En efecto, al hacerse fáciles las comunicaciones con Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX, industrias extranjeras aparecieron profusamente, pero en vez de intentarse la fusión de éstas con las nacionales, como se había hecho con las españolas y las indígenas, después de la Conquista, se desdeñó, se postergó, se aniquiló la producción de carácter nacional, prefiriéndose incondicionalmente a la extranjera. Y puede afirmarse que a no ser por el noble tradicionalismo de la raza indígena y de algunos otros elementos de nuestra población, que persisten tenazmente en conservar la decadente industria na-
cional, produciéndola y consumiéndola, habrían adquirido las manifestaciones de ésta, carácter histórico.

La industria de carácter extranjero.—Como lógica compensación hubiera sido natural esperar que la industria de carácter extranjero floreciera en México en proporción directa a la decadencia de la industria típica, mas no sucedió así, pues ésta no obstante su estancamiento es más importante, caracterizada y profusa que aquella. En efecto, ¿en qué industria de carácter extranjero hemos llegado a distinguirnos o a alcanzar siquiera producción normalmente comercial que satisfaga las necesidades y gustos de la población? En muy pocas.

Citemos ejemplos:

Para darnos el lujo de fabricar papel mexicano, se gastaron millones de pesos, se instalaron maquinarias complicadas, fueron interesados en la empresa magnates de la política y... no se pudo hacer papel comercial, pues bien sabido es que de no haberse grabado exagerada e injustamente al papel extranjero, esto habría aniquilado en cantidad, calidad y precio, al papel nacional.

Hay optimistas que dicen que la producción de cerveza es industria nacional, mas es fácil demostrar que tal juicio es erróneo: la cerveza de nuestras fábricas es hecha con malta extranjera, con lúpulo extranjero, con maquinaria extranjera, con capital extranjero y lo que es más sensible, con personal técnico extranjero, de manera que en esa cerveza solamente son nacionales, el terreno donde se
asientan las Fábricas, los obreros que la envasan y los estómagos que la consumen.

En cuanto a industrias mecánicas, se ha conseguido hacer producciones aisladas que denotan gran competencia, pudiéndose citar como ejemplo la locomotora que se exhibe en los patios del Ferrocarril Mexicano, pero, desgraciadamente, esa máquina sólo puede ser considerada como modelo de lo que podrá hacerse en el futuro y no como tipo de producción industrial normal.

En casimires y zapatos se ha avanzado bastante, pues la producción es relativamente abundante y de buena calidad, requiriéndose para la completa nacionalización de esas industrias, que el uso del zapato y del casimir se extiendan ampliamente en las clases inferiores, las cuales impondrían gradualmente sus gustos característicos al estilo de la producción. Huelga decir que para que esto suceda es indispensable la previa mejoría económica de aquellas clases sociales.

En gracia de la brevedad de estos artículos, no seguiremos considerando las industrias de carácter extranjero, pero sí es oportuno hacer notar que estas nunca traspasarán con éxito nuestras fronteras pues sería ridículo pretender que compitieran con las legítimas, así que la producción de tales industrias está forzosamente limitada y medida por las necesidades del consumo interior, lo que no sucede con nuestras industrias típicas, que aparte del consumo nacional han tenido y tendrán siempre abiertos los mercados extranjeros.
En efecto, por rápido que sea nuestro progreso industrial ¿cuándo podremos obtener éxitos comerciales enviando casimires de San Ildefonso a Londres, zapatos de Zetina a Boston, sombreros de Tardan a New York, cerveza de Toluca a Munich y rieles de Monterrey a Pittsburg o al Creussot? En cambio, sombreros y esteras de paja y palma, cerámica, telas decoradas con motivos coloniales o prehispánicos, filigranas de oro y plata. . . . todos esos innumerables objetos de nuestra industria típica, pueden ser enviados y seguramente aceptados en el mercado extranjero, porque compiten favorablemente en calidad y precio y llevan el sello de su indisputable originalidad.

A este particular puede exponerse una observación que hicimos hace algún tiempo: cuando han venido a México caracterizados industriales extranjeros, hemos procurado conocer directa o indirectamente su opinión sincera sobre nuestra producción industrial y unánimemente se nos ha contestado que encontraban muy interesantes las industrias típicas y les parecían caricaturescas las de carácter extranjero; que las primeras podrían abrirse amplio mercado en el exterior, en tanto que las segundas no serían tomadas en consideración.

La verdadera industria nacional.—En nuestro buen país, donde hasta el ambiente es mordaz y la ironía afección crónica, hay que mirar hacia atrás para poder seguir adelante: no se mal interprete lo expuesto hasta aquí, no se diga que, como viejecillas de sacristía, condenamos la moderna in-
dustria científica, ya nos la envíen de Francia, Alemania, o Bélgica; tampoco predicamos nacionalización industrial ridícula, como sería preferir las «trajineras» de Santa Anita a las lanchas de gasolina, los arcones coloniales a las cajas de Mosler, el cuerno de señales zapatista a la telegrafía inalámbrica, el «volan-coché» de Yucatán al Fiat vertiginoso. ... lejos de ello; pretendemos que industrias extranjeras se implanten profusamente en México, sin por eso trasponer y obstaculizar la formación naturalmente evolutiva de la verdadera industria nacional que debe ser fruto de la fusión entre la típica y la extranjera. Proponemos en concreto: 1° Que se procure hacer desaparecer o atenuarse las ridículas tendencias exóticas que nos hacen preferir incondicionalmente a la industria de carácter extranjero y desdénar a la típica. 2° Fomentar en primer término la producción de esta última a fin de que no sólo se amplíe su consumo en el país, sino se satisfaga y aumente la demanda que siempre ha tenido en el exterior. 3° Aplicar la técnica metodología de las industrias extranjeras a las similares típicas y procurar sensatamente la fusión de ambas, como se hizo espontánea y brillantemente durante el período colonial. 4° Enviar a nuestros obreros a centros industriales extranjeros a fin de que incorporen a su tradicional aptitud industrial experiencias de carácter extranjero. 5° Establecer en países extranjeros exposiciones de productos típicos mexicanos y en México exposiciones de las nuevas industrias extranjeras que no conocemos.
Hecho lo anterior no pondríamos reparo sino aplaudiríamos que se pretendiera implantar en México nuevas y múltiples industrias extranjeras pues ya seremos aptos para comprenderlas, reproducirlas y nacionalizarlas.
El Metalismo Yanqui
y el Mexicano
Irónicamente llamamos a los E. U. el país del dollar. Estas palabras no se refieren a la proverbial riqueza de esa República, sino al modo de ser de sus habitantes cuya finalidad de vida consideramos, injustamente, como poco espiritual, utilitaria, materialista y «metalizada», con exclusión de cualquier otro móvil altruista.

Que ciertos países califiquen así a los E. U., será siempre exagerado, pero siquiera disculpable, por poseer esos críticos virtudes que no presenta el criticado. Pero nosotros... nosotros, debemos recordar el proverbio de «la paja en el ojo del vecino», porque, entiéndase bien, los mexicanos somos más, mucho más materialistas y metalizados que nuestros vecinos los yankees. Y conste que no obstante ésto, sólo conseguimos apilar montañas de centavos, mientras que los hijos del «país del dollar» que, re-
petimos, son menos utilitarios que nosotros, apilan montañas de dólares.

Procuremos demostrar lo expuesto, arrostrando de antemano los dictieros de antipatriotismo que nos apliquen patriotas de criterio cuaternario, pobres retardados que se enorgullecen de la patria porque es la primera productora mundial de pulque o porque posee el Caballito de Troya.

Puede establecerse, sin incurrir en grave error, que la civilización europea arraigó y floreció en México doscientos años antes que en los E. U. Era pues de esperarse que actualmente nuestras manifestaciones culturales fueran tan amplias e intensas como las norteamericanas, pero sucede precisamente lo contrario, pues en tanto que los E. U. ostentan avanzadas etapas culturales, nosotros (1) a ese respecto, aún vacilamos entre la niñez y la adolescencia, o todavía no abandonamos la lactancia, como es el caso de nuestros estimables analfabetos. Esto, como todos los fenómenos de orden social, se debe a varias y muy complejas causas, de las cuales solamente mencionaremos algunas.

Desde el principio de la época colonial hasta nuestros días, no nos hemos dedicado a hacer obra de cultura sino en proporción infinitesimal. En cambio, nuestras actividades se han encaminado a la satisfacción de necesidades materiales, de vanidoso lujo y de acumulación de caudales; vivimos tras del «business», la «chamba» o el puesto que nos sumi-

(1) Nos referimos exclusivamente a la población mexicana de origen europeo.
nistré dinero par satisfacer esa necesidad, esa vanidad y esa avaricia. El fracaso ha sido completo, pues ni poseemos envidiables manifestaciones culturales, ni tampoco riqueza, como pudiera aparentemente suponerse dado nuestro utilitarismo y metalización.

En los E. U. se persigue al dollar con tesón, olvidándose de todo lo demás, pero cuando se está en posesión de él, se le emplea en respetable proporción creando, sosteniendo e impulsando obras pro-cultura y pro-humanidad. Rockefeller ha vivido persiguiendo y alcanzando millones de millones de dólares y extorsionando al pueblo, pero en cambio, transforma cincuenta o cien de esos millones en un centro científico, la «Rockefeller Institution», donde se labora de continuo por mejorar las condiciones de la humanidad. Ahí investiga Carrel hondos problemas biológicos, ahí se cultivan sueros reductores, se idean aplicaciones de la electricidad, se perfeccionan métodos agrícolas... y como éste centro, hay cien, mil, en los E. U., bastando decir que las grandes universidades, institutos científicos, hospitales, etc., etc., han sido creados y son sostenidos por altruismo, de los cazadores del dollar, por los «metalizados» cuya sequedad de alma nos complacemos en pregonar.

Nosotros—con excepción de uno por mil—acumulamos nuestro dinero y cuanto más es éste, más tirantes, más codiciosos nos tornamos. Si se gasta, es en lujo, pero nunca en algo que favorezca el adelanto de nuestras manifestaciones culturales
y en la consecución de nuestro bienestar social. ¿Cuándo, nuestros magnates han fundado *desinteresadamente*, escuelas, institutos de investigación, academias artísticas...? ¡Nunca! ¿No es altamente vergonzoso que habiendo faltado el apoyo oficial para el sostenimiento de los planteles de educación de esta capital durante el interregno zapatista, la sociedad no haya acudido en masa a prestar ese apoyo que faltaba?

Y no se crea que sistemáticamente culpamos a los hombres originalmente acomodados, pues la culpa es de todos: nuestros abogados, médicos, ingenieros, arquitectos y otros profesionistas, que no son precisamente ricos, salen de la escuela llevando el título como un pendón en la lucha por el peso. Literalmente puede decirse que cambian por dinero los conocimientos adquiridos. Se conforman con hacer lo que les enseñaron a hacer, no intentan aumentar su conocimiento, si el intento no es productivo. no contribuyen desinteresadamente con su gran de arena para el adelanto de la ciencia o ciencias que estudian. Se explota la profesión, no se cultiva el conocimiento. En los Estados Unidos los profesionistas también tienden a ganar dinero, pero en cambio investigan y se perfeccionan en la ciencia de su profesión, por la ciencia misma. Podríamos mencionar centenares de esos profesionistas americanos que han hecho trascendentales innovaciones en medicina, ingeniería, leyes, filosofía, etc., etc., no pudiéndose decir otro tanto de los profesionistas mexicanos, si no es con raras excepciones.
Por supuesto que analizando íntimamente la cuestión, se comprende que lo que hemos expuesto es debido más que a los individuos, al medio y a las circunstancias que los rodean, sin que por esto se disculpe que erróneamente tachemos a los americanos de utilitaristas y metalizados, ya que nosotros lo somos en mayor grado.
España y los Españoles
... pueden quedar seguros su Majestad el Rey de España y el pueblo Español que el Gobierno de mi cargo se ha propuesto siempre dar garantías a las personas e intereses de la importante colonia Ibera, lo mismo que a nuestros nacionales, sin distinción alguna...»—V. Carranza.—Julio de 1916.

(Este artículo fué escrito hace algunos meses.)

No padezco hispanofilismo agudo. No vengo a defender a España ni a sus hijos que de sobra tienen plumas y cerebros que lo hagan a maravilla. Soy mexicanista. Emprendí antes y hoy prosigo haciendo obra pro nacionalismo. Soy insospechable. Pero.... vengo por los fueros del sentido común maldicho.

¿A qué y por qué se zahiere a los españoles sistemática y sobre todo injusta e innecesariamente? Que éste y aquél y el de más allá, españoles canallas, sean merecedores de la horca y hasta de
la hoguera, santo y bueno; mas, en buena lógica, no encaja suponer que la presencia de esos mefíticos fulanos haga de la colonia hispana, charca inmunda.

No debe atacarse a las nacionalidades sino a los individuos. Dígase en buena hora: el «gachupín» X es un ladrón; H es fugado de Ceuta; mas no se cometa el crimen cobarde de insultar a los españoles cuando nos duele un colmillo o nos pica un insecto. El fusilamiento de los falsificadores fué caso típico: salvo consideraciones de humanitarismo universal, la Colonia aprobó de corazón la medida y creemos que nadie intentaría macular con ese lodo lavado en sangre, el buen nombre español.

El movimiento se demuestra andando y la mentira se derrumba desmintiéndola. Investiguemos por lo pronto con buena fe—que es todo lo que se necesita—si hay que renegar o no, de nuestro parentezco español: hay patrioteros enfermos de ignorancia y «tricolorismo prehispánico», descendientes quizá de Cacamatzín, Topiltzin u otro «tzin», los cuales deploran la conquista de México, quisieran que no se hubiese efectuado, suponiendo que, en tal caso, nuestro país sería actualmente una poderosa nación indígena, ni más ni menos que el Japón. Quienes así piensan, viven en el Limbo, pues desde luego, es infantil creer que México podía haber permanecido sin descubrir indefinidamente, ya que, si nó Cristóbal, habrían surgido fatalmente otros Colonos. Pero aun aceptando el milagro de una virginidad geográfica prolongada hasta hoy, esa nación, pintoresca e interesantísima, maravilla-
ría por su cultura artística, por su extraña mitología, por mil otras cosas; pero estaría expuesta a caer hoy, como en 1521, en manos de cualquier conquistador, ya que todas esas bellezas no serían suficientes para defenderla de la fuerza, que ha sido y será la última de las razones. Nuestra debilidad sería pues, mayor que lo es actualmente.

Si, teníamos que ser ineludiblemente conquistados, queda por analizar el destino que nos cabría si otra nación en vez de España nos hubiera sojuzgado. Luego de aclarado este punto, no antes, podrá caber maldición o gratitud para el destino que nos puso en manos de Fernando e Isabel. Tres naciones aparte de España podrían habernos conquistado prácticamente en aquel entonces: Francia, Inglaterra o Portugal; habrá quien diga que también Holanda; pero no es eso de tomarse en consideración. Como colonia francesa, no habríamos perdido, pues desde hace más de un siglo estaríamos vendidos, como la Louisiana, a los Estados Unidos o éstos nos habrían tomado y ya se sabe que el sistema colonizador de los «pioneers», era un tanto más radical que el de los conquistadores, pues consistía en perseguir al indio hasta extinguirlo, de manera que para esta fecha, seríamos yankees hasta los tuétanos, cosa que de solo pensada enloquece a los mexicanos, incluyendo a los señores hispanófobos.

En caso de haber hincado sus garras en tierra mexicana el león inglés, ocurren dos hipótesis: o bien nos hubiéramos independido durante el siglo
XVIII como parte integrante de los Estados Unidos o quizá continuaríamos bajo el dominio inglés que indudablemente respetaría costumbres, religión, etc., etc., pero no la soberanía, es decir, que viviríamos como los de Belize, étnica y nacionalmente híbridos. ¿No es mejor ser libre con los vicios de España que esclavo con las virtudes inglesas?

Nos queda Portugal: Respeto y admiración abrigamos por los compatriotas de Camoens y su brillante historia nacional, pero, francamente, creemos—y podríamos demostrar la verdad de esa creencia—que a través de los siglos España ha sido superior a Portugal, en Arte, Ciencia, Industria, Riqueza. ¡En todo! Y claro que, colonizados por él, seríamos hoy menos de lo que somos, aunque quizá más arrogantes.

Si pues, esas tres naciones no podían habernos hecho más felices o menos desgraciados de lo que nos hizo España, sólo quedan por considerar los marcianos y los superhombres de Nietzsche, pero desgraciadamente, todavía no se les hacía nacer....

Absuélvase ya a España del pecado original de la Conquista. Las lamentaciones retrospectivas sólo cuadran comentando la biblia, en el caso de Jerusalén y de su artista Jeremías. Cuando se mira hacia atrás, debe mirarse bien.

Eso en cuanto a la España que nos conquistó. Veamos ahora si es nacionalmente saludable guillotinar a sus hijos, los españoles que viven con nosotros o hay que considerarlos humanamente, como a los demás extranjeros siquiera.
La Cuestión de Raza

Economistas, sociólogos, etnólogos y otros señores sabios, han dicho hasta la saciedad que la redención de México sólo se alcanzaría merced a la inmigración extranjera. Suponiendo que tal aserto fuera justificable—que es disputable—cabe preguntar: ¿qué inmigrantes deben traerse para evitar los fracasos que mostró la experiencia? alemanes, ingleses, franceses, italianos y otros extranjeros, llegan al país con el pero de su idioma exótico y luego que amasan fortuna la llevan consigo a la patria de origen, si es que no establecen su hogar entre nosotros. En este último caso, puede asegurarse que esos extranjeros cruzaron su sangre con la de mujeres de clase escogida o media, pero nunca o casi nunca, con mujeres indígenas, hecho significativo que no los proclama como inmigrantes ideales (ya que la población mexicana de sangre india se cuenta en mayoría) algo de lo cual se debe, o quizá todo, al prejuicio de considerar como raza inferior a la indígena. Los españoles en cambio, no han desdénado cruzar sin distingos su raza con la nuestra, desde Cortés hasta estos días. ¿A quién es lógico que estimemos más? ¿A personas cultísimas, civilizadas, ultramodernas, pero que nos contemplan con la conmiseración, el aire protector y el desdén que se con- cede a inteligentes cuadrumanos de circo o bien a gentes quizá menos avanzadas pero que nos consideran humanamente y no temen que de su cruce
La Cuestión Económica

No comentaremos la laboriosidad de los españoles; cualquier chusco podría imaginar que adularmos movidos por pesetejas gachupinas, así que, por el contrario, simplemente critiquemos con justicia. Hay un grupo de hispanos que ha hecho labor verdaderamente chocante para nosotros los mexicanos y ofensiva, cenagosa, perjudicial, para sus mismos compatriotas: nos referimos a los agiotistas, causantes directos de que el «mueran los gachupines» de Hidalgo se haya transmitido de generación en generación hasta estos días. El empeñero, el prestamista, el traficante de la miseria, es el hombre más odiado por el pueblo en todos los países. ¿Por qué entonces el español, que ha demostrado saber trabajar en cualquier orden de actividades, permitió que los suyos monopolizaran el odio, la porquería y las ganancias de los empeños habidos y por haber en México. ¿No es cierto que actualmente los gruñones ex-empeñeros tienen ya cara de gente decente? Esa es la causa honda del encono popular que es el peor de los enconos. Con respecto a los aca- paradores, los hacendados, los negreros de nacionalidad española, estamos de acuerdo en que los hay y deben ser aniquilados, pero no puede negarse que esas alimañas existen en igual proporción entre los mismos nacionales o los demás extranjeros, cosa que no podía ser de otra manera, pues de todo hay en la viña del Señor. Si no fuera así, habría bastado con que la Revolución hubiese extinguido exclu-
sivamente a los españoles para hacer de México un ardin paradisiaco.

La Cuestión Política

Detestamos el filibusterismo de cualquier nacionalidad que sea; algunos españoles mal alimentados y socialmente desconocidos, se afiliaron a todos los gobiernos pasados, repitiéndose con tal motivo el eterno «clissé»: «gachupines entrometidos», «canallas», «¡Oh los españoles ingratos!» y otras frasecillas de drama trasnochado. En cambio, conocemos americanos, alemanes, franceses, etc., etc., gentes de representación y no pobres diablos fanáticos, que han intervenido en la cosa pública, y sin embargo, nunca criticamos en conjunto a sus congéneres, ni menos a la nación a que pertenecen, limitándonos a señalarlos caso por caso. ¿Es porque las corazas, los cañones . . . ¡la fuerza! de los países en que nacieron esos señores, dulcifican nuestra cólera y nos hacen distinguir entre la generalización y la diferenciación? No creemos que tal sea el motivo, pues dicho sea con franqueza: «tenemos lo nuestro», usando jergonza de zarzuela.

El nuevo estado de cosas impone la justicia, por sobre de todo. En nombre de esa justicia, el español debe ser visto a través del mismo prisma que los otros extranjeros . . . . ya que no con cierto afecto, como quieren algunos, por aquello del parentesco. Mas ésto puede tacharse de sentimentalismo y aquí no cabe tratar asuntos del corazón, sino del pensamiento.
Con que salud y respeto a los españoles y el 33 constitucional a los gachupines, que son los españoles dejados de la mano de Dios.
La Educación Integral
Se predica con frecuencia que de la «alfabetización» de todos los mexicanos dependen el bienestar nacional y el engrandecimiento de la patria. Desde luego, no aceptamos que el factor educativo produzca tales milagros, si no está acompañado de factores complementarios como el político, el económico, el étnico y otros a los que nos referimos en este libro. En seguida, creemos que las inyecciones de alfabetismo aislado que se aplicaron hasta hoy a la población mexicana, fueron ineficaces e insuficientes, casi inútiles, porque no se concedía atención paralela a etapas educativas superiores, a las que está supeditado el desarrollo de la educación elemental.

Si se duda de los anteriores asertos, inquírese, pregúntese a miles de compatriotas que a duras penas han llegado a leer y escribir, si ese conoci-
miento les suministra por sí solo el bienestar que anhelan e investigúese por medio de observaciones estadísticas, si el florecimiento de ciertas regiones del país se presenta en razón directa o inversa del alfabetismo o si es indiferente a él.

Para que la evolución cultural de un pueblo sea normal, es indispensable que todos los elementos que constituyen a la población se eduquen a la vez, y esto sólo se consigue implantando la educación integral. Por ejemplo, el alto grado evolutivo que han alcanzado en Francia y en Alemania las manifestaciones culturales, se debe especialmente al sistema educativo integral impuesto en esos países a principios del siglo XIX por ilustres pensadores como Napoleón y Von Humboldt. Si nuestra población fuera racialmente homogénea, poseyese un idioma común e iguales tendencias y aspiraciones, sería fácil adoptar y adaptar un plan educativo análogo al que tan buen éxito alcanzó en aquellas naciones. Desgraciadamente la heterogeneidad de nuestra población, la multiplicidad de idiomas y la divergencia en modalidades de pensamiento, hacen impracticable e imposible su implantación.

¿Debe implantarse o no la educación integral en México? se preguntará al notar aparente contradicción en líneas anteriores. Sí, debe implantarse, pero con un previo y sólido conocimiento de la población en la cual se va a implantar.

Examinemos ligeramente lo que en México se ha hecho en tal sentido y expóngamos lo que en nuestra opinión podría hacerse: entre nosotros se
enseñó a leer y a escribir al analfabeto, pero se le abandonó después, no se le hizo aprovechar esos conocimientos en la consecución práctica de una mejor vida intelectual y material; la posesión del alfabeto no le ayudó a moderar su hambre ni a elevar sus ideas. En México se forjan profesionistas que, con contadas excepciones, son máquinas de hacer dinero, pero no se forman investigadores que colaboren originalmente al progreso científico, base del bienestar humano. Las normales gestaron y concibieron felizmente a maestros que Pestalozzi y Froebel habían consagrado, pero estos maestros sólo han podido emancipar intelectual y materialmente a una pequeña minoría de analfabetos que por el ambiente en que se desarrolla y por sus antecedentes étnicos, estaba dispuesta, era apta para recibir educación de carácter europeo. Los demás cerebros permanecen ensombrecidos, pidiendo a gritos que se les eduque, pero no exclusivamente a la manera pedagógica europea, sino de acuerdo con sus antecedentes y con las condiciones del medio en que viven.

En México hay pocos maestros formadores de maestros normalistas y los maestros de los profesionistas no son como debieran ser, ya que las facultades de altos estudios, que es donde se forman tan altos intelectuales, no presentan todavía organización definitiva, ni una marcha regular.

Hay pues que adoptar nuevas orientaciones que colaboren a la implantación de la educación integral nacionalista. Vamos a permitirnos señalar algunas:
1.—Aumentar considerablemente los fondos de la Universidad, a fin de que sean en mayor número y de más aquilatada competencia los profesores que moldearán en el futuro a los maestros de maestros y maestros de profesionistas. Urge sobre todo formar antropologistas, biólogos, historiadores, psicólogos y sociólogos, pues sin su concurso, es imposible iniciar siquiera el establecimiento de la educación integral.

2.—Establézcanse, con elementos oficiales o particulares, o con ambos, centros de investigación científica análogos a los Institutos Pasteur, Rockefeller, Carnegie y otros, a fin de que nuestros hombres de estudio puedan dedicarse a las especulaciones a que se sientan inclinados.

3.—Hay que crear, en las escuelas normales de la República, departamentos en los que especialmente se formen maestros para las poblaciones indígenas. Estos maestros deben recibir entre otras enseñanzas, las de etnólogos competentes, por ser éstos quienes en esencia y substancia conocen a la población indígena, sus necesidades y aspiraciones.

4.—Foméntese a toda costa y en toda la República, lectura que sea barata, elemental, amena, práctica y utilitaria.

Cuando a lo que se ha hecho hasta hoy en pro de la educación integral, se agreguen las anteriores sugestiones y otras que sería largo enumerar, la evolución cultural del país se desarrollará normal, paralela y eficientemente,
El Departamento Editorial
En México, hay lectores aptos para la más amplia y selecta producción literaria, ya sea europea, norteamericana o nacional y en cambio, existe una desoladora mayoría ignorante del alfabeto. De muchas maneras podría explicarse esa aparente anomalía, pero solo nos referiremos en estas líneas a la falta de vulgarización literaria que siempre se ha hecho notar entre nosotros y a las consecuencias que ésto ha traído consigo.

Con frecuencia hemos oído afirmar a individuos que han dejado de ser analfabetos, que encuentran poco práctico y útil, relativamente, el aprendizaje que hicieron de la lectura. Esta desconsoladora prédica que es de fatal trascendencia, encierra un fondo de verdad innegable. En efecto: cuando por falta de libros no pueden hacerse lecturas más avanzadas que las del silabario o el libro de
lectura, una y mil veces repetidas, parece ocioso e mproductivo el conocimiento del alfabeto.

Sin embargo, para la generalidad de quienes aprenden a leer no queda otro recurso, pues contados son los que pueden recibir más extensa educación o siquiera tienen oportunidad de obtener impresos de cualquier género. ¿A qué se debe ésto, qué directa e indirectamente contribuye a mantener el analfabetismo? A que en México el folleto, el libro, las publicaciones en general, han sido siempre artículo costoso y por ende poco adecuado a la diversidad de criterios de la población. Se ha atendido y eso deficientemente, a la «élite» intelectual que puede pagar lo que lee y a la niñez de las ciudades suministrándole textos escolares. Pero, el resto, la gran masa que anhela atesorar conocimientos por medio de la lectura ¿no es digna de atención?

Considerando lo anteriormente expuesto, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes ha procedido a crear un departamento editorial que tendrá por alta misión vulgarizar los conocimientos humanos entre nosotros, editando libros, folletos y publicaciones periódicas, las cuales por su precio estarán al alcance de la generalidad de la población y por lo selecto y adecuado de su texto suministrarán enseñanzas de resultados eficientes y prácticos. Este departamento atenderá también las necesidades de la «élite» intelectual y de la niñez escolar, según antes dijimos, pues acatando los principios nacionalistas y democráticos de la Revolución, todas las clases o grupos sociales deben recibir el be-
beneficio cultural que de acuerdo con sus condiciones y aptitudes les corresponde. En lo sucesivo, el indio que a duras penas aprendió a leer en las pobres escuelas de la sierra y que aparte de su humilde silabario no tiene donde ampliar sus rudimentarios conocimientos, podrá adquirir a precios insignificantes o sin costo alguno, obritas elementales de doctrina utilitaria, pues le hablarán objetivamente de los campos que habita, del modo de sembrarlos y de cultivarlos; de los animales silvestres y domésticos de la región y de los productos que ofrecen; de los hombres notables y de los hechos salientes del pasado, etc., etc. El obrero de las ciudades encontrará a su vez en tales obras, consejos autorizados para perfeccionarse en su industria y obtener de ella el mejor partido; sencillas reglas higiénicas que acrecienten su salud y la de sus familias; instrucción cívica y social que fortalezca la agrupación a que pertenecen, etc., etc.

Los amantes de las bellas letras podrán ya abreviar en todas las fuentes literarias de aquende y allende los mares, sin sacrificar el bolsillo con perjuicio de atenciones más urgentes.

Los chiquitines de primaria, el preparatoriano, y los estudiantes profesionales, hallarán ventajas sin cuento en la nobilísima institución.

Quizá editores judíos pongan el grito en el cielo cuando el departamento editorial funcione normalmente, pero bien pensado el asunto, no tendrían razón de ser tales lamentos, pues al generalizarse en la población el afán por la lectura merced a las faci-
lidades que dicho departamento ofrezca, no sería éste suficiente para atender las necesidades del público, que indispensablemente acudirá a los editores quienes venderán probablemente más que en la actualidad; aunque como es natural a precios razonables que imponga la competencia.

El Departamento Editorial tiene además otro objeto importantísimo y es el de estimular la producción literaria nacional, entendiéndose que nos referimos a la literatura en su amplia acepción, es decir, que comprenderá lo escrito sobre cualquier materia. Hasta hoy los escritores nacionales hubieron de seguir dolorosa peregrinación para lograr que sus libros fuesen editados y eso en fatales condiciones, pues además de ser reducido el producto líquido de las obras, éstas no eran objeto de atinada propaganda, sino se les vendía mecánicamente, limitándose casi siempre la venta a esta Capital. En adelante, el Departamento editorará las obras inéditas que a juicio de un jurado competente y desapasionado merezcan ser publicadas. En seguida hará la propaganda correspondiente en el país y en el extranjero. Por último, del producto de la edición será escrupulosamente descontado el precio de la materia prima y de la mano de obra y el resto se entregará al autor. En las ocasiones en que se crea necesario se editarán gratuitamente las obras.

Otros aspectos interesantes ofrece el Departamento Editorial; pero se prolongaría demasiado este artículo si nos ocupásemos de ellos.

Imparcialmente puede asegurarse que entre las
innovaciones trascendentales que la Revolución ha impuesto, la relativa al Departamento cuyas principales funciones y tendencias hemos reseñado, es de las más importantes.
La Lógica de la Revolución
La Revolución no es, como la consideran católicos medioevales, un azote divino, ni el preferido medio de propaganda adoptado en estos tiempos por Satán. Tales calificativos sentarían mejor, de ser aceptables, a la contienda europea, donde el número de víctimas es infinitamente mayor y los medios de exterminio modernistas, variados y eficacísimos.

Tampoco representa la revolución el brazo vengador de Dios, que depura gangrenas y corrupciones de dictaduras y tiranías.

Respétese a la divinidad y no se le atribuya intervención alguna en la destrucción de criaturas humanas que traen consigo las guerras y revoluciones, pues de hacerlo así, habrá que reconocer que el género humano es indiferente a Dios y hasta repulsivo, ya que no obstante las rogativas que se le han hecho en pro de la paz, desde que el mundo es mundo, las guerras, las revoluciones y el con-
siguiente sacrificio de vidas, se sucedieron sin interrupción y con creciente intensidad, hasta nuestros días.

Desde el punto de vista meramente humano, opinamos que la revolución no odia, no debe odiar a sus llamados enemigos políticos, ni estos deben odiar a aquella.

Dos grandes causas de orden histórico: la Conquista y el carácter de la dominación española, motivaron los siguientes desfavorables fenómenos sociales: desnivel económico entre las clases sociales, heterogeneidad de razas que constituyen a la población, diferencia de idiomas y divergencia o antagonismo de tendencias culturales. Estos fenómenos son a su vez los obstáculos que se oponen a la unificación nacional, a la encarnación de la patria, a la producción y conservación del bienestar general. La Revolución actual y las de todo género habidas durante nuestra vida independiente, no son otra cosa que movimientos sociales de defensa, de propia conservación, pues tienden a transformar aquellos fenómenos, de desfavorables, en favorables al desarrollo nacional.

¿Sería sensato atribuir directamente a los revolucionarios, los sufrimientos sociales que indefectiblemente trajo consigo la Revolución? ¿Sería sensato atribuir directamente a las dictaduras del pasado, los sufrimientos sociales que entonces se experimentaron? Tan insensato nos parece atribuir culpabilidades en un caso como en el otro, pues ya expusimos aquellas grandes y remotas causas que
fueron polvos de estos lodos. Por supuesto que no se eche mano ligera de este razonamiento maldiciendo de la Conquista, de España y de sus hijos, ya que, como demostramos en el artículo titulado «España y los Españoles», probablemente hubieran sido más hondas nuestras penas de habernos conquistado y colonizado otra nación. ¿Sobre quién, entonces, descargar la culpa, se argüirá? Sobre nadie, porque nadie es culpable, ni hay culpa en la cuestión. ¿A quién culpar, por ejemplo, de las desgracias que causa un terremoto, una inundación, una tempestad? A nadie; pues bien, nadie tampoco es culpable de las víctimas de una guerra o de una revolución, por más que los bandos contrincantes proclamen otra cosa.

Entonces ¿para qué luchar, para qué producir sufrimientos a nuestros semejantes, si la marcha de las sociedades se rige por leyes inmutables como las que presiden a la materia? podría replicarse. A esto diremos que sí hay que luchar, luchar siempre, con las armas o con las ideas, como se lucha contra los elementos, aprovechando precisamente aquellas leyes y no oponiéndose a su consumación. Si de una montaña caen torrentes que inundan nuestras habitaciones o nuestros campos, no sería cuerno pretender destruir el torrente ni la montaña, sino que se les aprovecha; se encauza el agua y se hiende y se perfora la montaña, obteniéndose fuerza motriz, que es uno de los factores del bienestar humano. De manera análoga se procede con las sociedades: para nuestra revolución, por ejemplo, sería
innecesario y hasta perjudicial, aparte de imposible, aniquilar a los elementos sociales que constituyeron a la administración durante el período de Díaz o de cualquier otro gobernante del pasado. La Revolución está apartando los obstáculos que se oponen al bienestar de la mayoría de la población; la Revolución colabora trascendentalmente en esta época a la creación de la futura nacionalidad y al surgimiento de la futura patria mexicana. Los individuos o las clases sociales que constituyen dichos obstáculos o que indirectamente los generan, tienen que apartarse y transformarse de motu propio o serán apartados y transformados por el movimiento revolucionario.

Quienes en defensa de intereses particulares, ficticia o realmente lesionados por la Revolución, obstaculizan a ésta en vez de facilitar su marcha, laboran contra sí mismos, pues mientras más obstáculos opongan al movimiento revolucionario, más intenso, profundo y radical será éste.

Ejemplo palpable de lo que decimos nos ofrece la Revolución durante su primer período titulado maderista: tirios y troyanos, revolucionarios y contrarrevolucionarios, se empeñaron en oponer barreras al torrente revolucionario, comenzando por la impolítica transacción de Ciudad Juárez. Las tibiezas, las vacilaciones, las debilidades de quienes entonces dirigieron la Revolución, unidas a las resistencias y hostilidades abiertas, que amontonaron sus enemigos, produjeron como resultante la aparente paralización, el momentoneo entorpecimiento
de aquella, que a cambio de ruidosas pero inútiles manifestaciones de protesta, acumulaba energías y esfuerzos y caldeaba indignaciones y corajes. Y cuando llegó aquel momento fatal en que se creyó matar a la Revolución asesinando a Madero, la Revolución resurgió más vigorosa, más hondamente arraigada, más radical que antes, y los que durante aquel primer período la hostilaron porque no les sonreía y cortejaba, que era lo único que les faltaba pedirle, fueron duramente castigados por la revolución triunfante del segundo período, hasta hacer que hoy ya no pretendan sonrisas sino menos latigazos.

El radicalismo actual, puede llegar a ser mucho mayor, si se provoca su transformación; hay que considerar a la Revolución, como un acontecimiento natural, enteramente natural; hay que marchar con ella y no contra ella. Oponer obstáculos a su carrera, es tanto como empeñarse en inmovilizar el mar u obscurecer el día.
Urgente Obra Nacionalista
Tres problemas nacionalistas merecen especial mención por su importancia actual y su trascendencia futura, no obstante que para el vulgo pasan desapercibidos.

Nos referimos a los pobladores de tres regiones de la República: 1° Quintana Roo, 2° Región del Yaqui, 3° Morelos, representantes típicos de una gran mayoría de la población.

Los Mayas de Quintana Roo, llamados indios salvajes

Los Mayas de Quintana Roo, como los lacandones de Chiapas, los Mayas del Petén y algunas otras agrupaciones, llamadas salvajes, son representativas de los indígenas que se conservan casi en el mismo estado en que se hallaban sus anteceso-
res cuando los sorprendió la Conquista, ya que siempre han ignorado el español y desconocido los aspectos de la civilización importada de Europa, habiéndose asimilado únicamente el uso de armas de fuego, utensilios de hierro y alcohol, triste legado que indudablemente hace su vida de hoy más lastimosa que lo fué antes del advenimiento del hombre blanco. Estos hombres, que viven de la caza y del maíz que siembran aquí y allá; que adoran sus montañas, sus ríos, sus valles y sus cielos brillantes; que concretan su sentimentalismo patriótico en el afecto a sus mujeres, a sus hijos y a su vida libre; esos hombres exigen con toda justicia, desde los días de Cortés y de Montejo hasta la fecha, que se les permita existir tranquilamente en el suelo en que hace tantas centurias alientan. La Nueva España era inmensa, y la República mutilada, aún lo es; millares de kilómetros cuadrados permanecieron siempre inexplotados. Había y hay tierra para todos. Sin embargo, bajo el gobierno de todos los virreyes y de todos los gobernantes de México Independiente, ciega codicia oficial y particular halagó a esas criaturas primitivas, las combatió después y proyectó al fin su exterminio, mirando que no conseguía aherrojarlas. Aunque la sangrienta pugna era desigual, los indios nunca cedieron y si bien abandonaron terreno, que pasó a manos de los blancos, todavía ocupan extensas comarcas en las que no rige más ley que la que ellos dictan.

Pues bien, estos indígenas de pura sangre, que
lograron hasta hoy huir el contacto de los blancos; que viven aislados merced a su belicosidad y a la difícil situación geográfica de los territorios que ocupan; que tienen idioma propio y cultura propia; que numéricamente constituyen minoría poco notable, si se les compara con el total de la población; estos indígenas, representados por su patriarca, su sacerdote o su general—no sabemos a punto fijo qué funciones representa entre ellos la suprema autoridad—se dirigieron al Gobierno de la Revolución triunfante y declararon lo que han repetido durante cuatro siglos: que ellos no desean perjudicar a los blancos, pero quieren que éstos no los perjudiquen; que les dejen vivir su vida propia en las comarcas que legítimamente les pertenecen. Anhelos son estos que se antojan arrancados de las tablas de la ley mosaica y de las parábolas del sermón de la montaña. La Revolución, con hechos más que con palabras, abrió su corazón a esas justísimas peticiones y ordenó a sus soldados que las respetaran solemnemente y no intervinieran en la libre existencia de tales tribus, debido a lo cual se observa un fenómeno extraordinario: los indígenas de Quintana Roo, que durante decantadas épocas de paz habían vivido en eterna lucha, laboran hoy más pacíficamente que los habitantes de otras regiones civilizadas de la República.

Ahondando en este intuitivo proceder revolucionario ocurre preguntar: ¿Esa libertad, ese aislamiento, que se concede a aquellos indígenas, es temporal o definitivo? En el primer caso ¿por qué enga-
ñarlos, si la Revolución no se hizo para engañar? En el segundo ¿es sensato dejar abandonadas a esas criaturas a un sistema de vida que por propio y legítimo que sea, contribuye a retardar la fusión étnica, cultural y lingüística de la población? Vamos a permitirnos exponer lo que creemos hará la Revolución a este respecto: Es irrecusable que a los indígenas que discutimos asiste derecho sagrado de conservar el terreno en que se desarrollan y continuar la existencia libre que siempre han vivido. Pero es también indudable que al conjunto de agrupaciones que forman la población de la República, asiste el derecho, no menos legítimo, de evitar el perjuicio colectivo que traen consigo el alejamiento material y la divergencia cultural de las mismas agrupaciones. De estos derechos antagónicos debe deducirse una convención mutuamente favorable: Hoy, que la Revolución procura resolver problemas de alta urgencia, debe dejarse, como se ha hecho, que las agrupaciones indígenas de la que es típica la Maya de Quintana Roo existan libremente. Luego, será necesario conocer a esos indios, investigar sus necesidades y establecer las condiciones en que puede iniciarse su incorporación, llevando siempre por mira invariable que el acuerdo que se verifique sea proporcionalmente benéfico a las partes contratantes y no sólo a los elementos de raza blanca, como ha sucedido hasta hoy. Es por supuesto indispensable, que para abordar y estudiar a esos indios, no se comisione a militares, comerciantes, agricultores, etc., etc., según se hizo erróneamente
en tiempos coloniales y durante el siglo XIX, sino a especialistas que conozcan el idioma regional y sean aptos para investigar la mentalidad indígena. Autorizamos esta proposición con hechos experimentales: las escasas pero fidedignas informaciones que poseemos sobre la naturaleza y modo de ser de esos indígenas, sólo han sido suministradas por especialistas, generalmente etnólogos extranjeros, quienes fueron recibidos en son de paz y amistad, en tanto que casi todos los que con mil pretextos intentaron sorprender la buena fe de aquellos hombres llamados salvajes, enrojecieron con su sangre la tierra feraz de esas comarcas tropicales. Hay pues que iniciar desde hoy la formación de esos futuros especialistas o traer extranjeros, o resignarse a que continúe la indefinida y lastimosa situación del pasado. Sólo empíricamente—ya que no existen datos suficientes para hacerlo de otra manera—puede aventurarse que la población indígena representada por las agrupaciones que hemos discutido, suma, como término medio, un 10% de la población total de la República.

**Indios Yaquis, llamados semi-civilizados**

Estos indígenas de raza pura, representantes de numerosas agrupaciones similares: Tepehuanes, Tarahumaras, Huicholes, etc., etc., han estado en más amplio contacto con el hombre blanco y y por lo tanto conocen más bien que los indios salvajes, los perjuicios y ventajas que ha traído consi-
go ese contacto, el cual debe haber sido fatal para ellos, puesto que con sólo hojear cualquier obra histórica, se verá que desde que empezaron a ser conquistados hasta la fecha, han luchado sangrientamente por su bienestar, hoy unos, ayer otros, pero siempre unos y otros. Estos hombres no han tenido quién defienda sus derechos ante los hombres civilizados que han ejercido el poder, pues cuando algunos de ellos se incorporaron a la civilización de los blancos, olvidaron a los hermanos que continuaban en lucha o combatieron contra ellos. Y entre los blancos ¿quién iba a tomarlos en consideración, si no algunos investigadores científicos que nada pesaban en la balanza de la política? Por eso es que obtuvieron mejores resultados, confiando la defensa de sus derechos al cañón de los rifles y al filo de los cuchillos de monte, argumento que para su criterio, como para el de cualquiera, es la mejor de las razones, cuando no puede imperar la justicia.

No pudiendo estos indígenas evitar el contacto con el blanco por forzarlos a ello la situación geográfica del territorio que han ocupado, consintieron en vivir bajo la autoridad suprema de hombres de otra raza y otras ideas, pero exigieron en primer término que no se continuara desposeyéndolos de sus tierras y en seguida que se les permitiera gobernar, en lo que toca a asuntos interiores, por medio de individuos de su raza, conocedores de sus necesidades y aspiraciones. Esto solicitaron de la Revolución y la Revolución aceptó en general la propuesta y pudo comprobar en varios casos la lealtad de los
compromisos indígenas. Pregúntese si nó, a los je-
tes del ejército, cómo es el alto papel, anónimamen-
te heróico, que ha desempeñado en la Revolución
el soldado de esta filiación indígena. Hay un caso
que merece especial mención: los indígenas de
Xcanha (Campeche), que pueden ser incluidos en
e el grupo que discutimos, pidieron hace algún tiem-
po al Gobernador de esa entidad, lo que tantas ve-
ces solicitaron sus congéneres de otras regiones del
país: libertad en su gobierno íntimo a cambio de
reconocer y apoyar la autoridad del Gobernador y
del Jefe de la Nación, condiciones que se aceptaron
y cumplieron solemnemente por ambas partes. Po-
cos meses después, esos indígenas de la «República
de Xcanha» (así les titulan jocosamente en la re-
gión) sorprendieron una expedición antirrevolucio-
naria y recordando el sagrado pacto que habían em-
peñado, apresaron a los rebeldes y sencillamente,
sin alardes ni pretensiones de recompensa, los en-
tregaron a las autoridades del Estado. ¿No es sig-
nificativa esta conducta de los trascendentales re-
sultados que suministra la observancia de la justi-
cia, la mutua estimación y el mutuo respeto, entre
elementos disímboles de la población?
¿Por qué medios puede impulsarse la incorpo-
ación de estos indios, que indudablemente presentan
menos resistencia que los del grupo anterior? Hay
que comenzar por asegurarles la posesión de las
tierras que actualmente ocupan y la devolución de
las que les fueron arrancadas con anterioridad, ta-
rea que ha iniciado la Revolución. Al mismo tiem-
po, debe procurarse que su desarrollo físico, económico e intelectual, se efectúe en las mismas condiciones favorables en que exclusivamente se ha verificado desde hace siglos el de los elementos de la raza invasora, sin que esto, naturalmente, signifique que su cultura original sea aniquilada a cambio de la brusca imposición de otras ideas culturales que ni sería posible, ni justo, ni sensato hacerles adoptar. Por el contrario, debe facilitárseles el desarrollo espontáneo de sus manifestaciones genuinas, colaborando discretamente en la fusión evolutiva—no artificial—de éstas con las de la raza que hasta hoy ha predominado. ¿No vemos, por ejemplo, que entre el cúmulo de manifestaciones culturales de origen europeo que profusamente se desarrollan entre cien millones de norteamericanos, florecen con aspecto propio y libertad absoluta, los hábitos, las ideas y la raza de doscientos cincuenta mil indígenas? Esto se debe a que en E. U. ya no predomina el viejo criterio que declaraba: «el mejor indio es el indio muerto», sino un criterio de justicia y de ciencia, que respeta la vida indígena, la estudia concienzudamente y la ayuda a desarrollarse. Ahí, repetimos, la población indígena apenas representa \( \frac{1}{4} \) por ciento de la población total y sin embargo, existen numerosas instituciones oficiales y particulares dedicadas a su conservación, a su multiplicación y perfeccionamiento respetando siempre su carácter histórico y la evolución de su civilización original. En México, triste contraste, la población indígena constituye la mayoría de la total y
sin embargo, los elementos de raza blanca, que han sido siempre los dirigentes, miraron de continuo al indio con desconfianza, temor o lástima ....

Calculando con inevitable empirismo, análogo a aquel en que incurrimos al referirnos al primer grupo discutido, nos atrevemos a estimar en un 20% de la población total, la suma representada por los indígenas de esta segunda división.

La Población de Morelos

¿Representa exclusivamente el zapatismo morelense, bandería de crimen y pillaje o entraña también anhelos tenaces de bienestar y de vida libre? Definamos y delimitemos desde luego, los tres aspectos que caracterizan al zapatismo: en primer término está el bandidaje, que, no sólo en Morelos sino en toda la República, se enmascara para medrar con esa y otras denominaciones. En seguida, pueden distinguirse caducos elementos supervivientes de regímenes pasados, los cuales aprovechando la eterna desorientación política del indígena, lo embarcan en nefastas aventuras. Por último, queda el zapatismo legítimo, que mejor podría titularse indianismo, ya que aquella denominación es localista y temporal y por lo tanto sujeta a desaparecer, mientras que este último persiste vigorosamente en México, desde que Cortés hincó su estandarte en las playas de la Villa Rica.

Para el bandidaje zapatista o de cualquiera otra denominación, ha resuelto emplear la Revolución el medio de que en todos tiempos y en todos países
se hizo uso en casos análogos: exterminio sin cuartel.

En cuanto a los elementos reaccionarios del zapatismo, la Revolución los combate a título de correctivo, pues bien sabe que son simples instrumentos mecánicos, impulsados y dirigidos por la reacción de otras regiones del país y por la que se refugia en el extranjero. Cuando esta reacción dirigente sea aniquilada, desaparecerá automáticamente el zapatismo reaccionario.

Resta por analizar el zapatismo legítimo o indígenismo, según lo titulamos antes.

La población de Morelos es representativa de las agrupaciones indígenas de raza pura y mezclada, cuyos individuos, a causa de la continua e íntima coexistencia con los blancos, están ya incorporados a la vida de éstos, sólo que no han asimilado muchas de sus manifestaciones culturales, las que substituyen por las de su civilización original, haciéndose así una mezcla que, si en casos es fusión evolutiva, en otros resulta artificial, híbrida y nociva yuxtaposición. Lo primero sucede cuando ellos, con la sabia intuición que trae consigo una evolución espontánea, adoptan gradualmente nuevas manifestaciones culturales apropiadas a su naturaleza y necesidades o bien transforman las de su civilización original, vaciándolas en los nuevos moldes. Ha sucedido lo segundo — desde el siglo XVI hasta hoy — siempre que los elementos dirigentes de raza blanca y cultura invasora, pretendieron imponerles de golpe, nuevo gobierno, nuevos hábitos,
nuevo idioma, nuevas necesidades... ¡nuevo soplo vital! Los monarcas españoles comprendieron en parte tan funesto error y expidieron, para evitarlo o disminuir siquiera sus consecuencias, leyes apropiadas que favorecieran el desenvolvimiento de la raza indígena y prepararan su futura incorporación, pudiéndose citar a este respecto las Leyes de Indias, por medio de las cuales algo se logró conseguir. Cuando la legislación colonial se derogó, el indio de las agrupaciones que estamos conside-rando volvió a quedar desvalido. Las leyes de Reforma, favorecieron exclusivamente a los elementos de raza blanca, de raza mezclada y aun de pura raza indígena, cuya civilización o cultura era de origen europeo. El gran Juárez, que por su raza pertenecía a la clase indígena, pero poseía cultura de tipo europeo, es grande para el reducido sumando de población que fué mejorado por sus leyes y disposiciones, pero para la inmensa mayoría india o mezclada, que abriga las peculiares ideas de una civilización distinta, la figura del gran republicano carece de significación, pues su obra no fué indianista.

¿Por qué, pues, se preguntará, Juárez es consagrado en toda la República, si su consagración es obra de un reducido sumando de la población? La respuesta es sencilla: esta minoría de mexicanos tiene y ha tenido siempre voz y voto, en tanto que la mayoría antes citada, no sabe, no puede, no tiene medios de expresar lo que siente. Preguntad a esos millones de criaturas ¿quién es Juárez? y no sabrán contestar, aunque para al-
gunos de ellos no sea desconocida la noble efigie zapoteca que en cromos y grabados, aparece en toda presidencia municipal y en todo palacio de gobierno. En cambio, interóguese al espíritu tradicionalista de la raza, guardián fiel del recuerdo de sus glorias y de sus tristezas y veremos que, sin hacer memoria de personajes determinados, nunca olvida las etapas salientes de su doloroso pasado: la libre y pintoresca vida prehispánica, esfumándose en la lejanía de los siglos; la Conquista destilando sangre; la caridad de algunos gobernantes hispanos y algunos misioneros, traducida en legislaciones moderadas; la Independencia, que al derogar esas leyes y formular otras nuevas, favorece al pequeño grupo de población dirigente y condena al abandono a la indígena. Después, un continuo desfile de gobernantes distintos unos de otros; de nuevas leyes símbolos y antagónicas; de sistemas gubernamentales artificiosos y empíricos; un caos, en resumen, donde se han debatido por cien años los elementos dirigentes, en tanto que ellos, dueños legítimos del suelo, de sus frutos y riquezas, vegetan forzados a vivir en la pasividad y en la servidumbre o a morir como carne de cañón en disputas originadas por hombres de otra raza y otras ideas.

Citemos ejemplos de fusión cultural evolutiva: Intereses.—Las agrupaciones de esta clase han sido tradicionalmente apagadas al sistema comunal en la explotación de sus intereses: siembras, cosechas, pastoreo y cría de ganado, corte de maderas y fibras y otras tareas productivas, se efectuaron
siempre por las comunidades, que frecuentemente reunían las funciones de propietario, explotador, arrendatario, vendedor y consumidor, verdadero mutualismo que si a economistas teóricos parece inconveniente, a ellos suministró resultados prácticos, con lo que es bastante para que prefirieran tal sistema. Por supuesto, que esas agrupaciones económicas no eran reproducción fiel de las que florecieron durante el reinado de Moctezuma o de Ahuizotl, por más que ahí está su verdadero origen, sino que habían evolucionado, asimilándose todo aquello que la civilización importada de España les ofrecía y la experiencia les aconsejaba adoptar y adaptar: herramientas e instrumentos en general, métodos industriales y agrícolas, intercambio comercial y transporte de productos, retribución proporcional de salarios y distribución de utilidades, etc., etc., todo eso, había sido transformado de acuerdo con las nuevas enseñanzas. Inquiérase y se comprobará que bajo el sistema comunal, los intereses indígenas se desarrollaron favorablemente. Religión. Aunque en los artículos titulados «Nuestra Transición Religiosa» y «Nuestros Católicos», incluimos el aspecto que ofrecen las creencias religiosas de los individuos cuyas agrupaciones estamos discutiendo y que fueron considerados como «católico-paganos», haremos aquí una exposición complementaria: el cura aborigene es entre ellos personaje sagrado e intocable; sus santos, «más milagrosos» que los de otras comarcas; sus iglesias, recintos privilegiados por la divinidad; sus matrimonios, sus «velorios», sus bautizos y mu-
chas otras ceremonias, presentan hondo simbolismo y complicado ritual y están presididas a la vez por ideas de catolicismo y por viejas añoranzas paganas. Antes tuvieron manifestaciones de culto externo (la Pasión de Cristo, la fiesta de Santiago, etc., etc.) que si bien parecen ridículas a un criterio moderno, para ellos eran venerables y sagradas y en nada perjudicaban a la colectividad. (i) Por último, se caracterizan por la extremada susceptibilidad con que juzgan cualquier intromisión en su mundo religioso. *Gobierno.* Casi todas estas agrupaciones eran gobernadas en tiempos prehispánicos por reyeszuelos patriarcales y por sacerdotes paganos; durante la época Colonial el gobierno superior de esas criaturas estuvo en manos de encomenderos, soldados y misioneros católicos, quedando siquiera la administración comunal íntima, a cargo de individuos de la misma sangre, de las mismas costumbres e ideas. Desde la Independencia hasta esta fecha, el gobierno superior y el íntimo de estas comunidades, ha ido de Pilatos a Herodes y de Herodes a Pilatos, pues las más veces estuvo desempeñado por caciques corrompídos, civiles y militares, que pertenecían a distinta raza y abrigaban distintos ideales, en tanto que, en otras, los caciques eran más perjudiciales aún, pues perteneciendo a la misma raza de los gobernados, los torturaban con mayor intensidad, por estar connaturalizados con el modo

(i) Las agrupaciones indígenas norteamericanas, las de las colonias inglesas, alemanas y francesas, ejercen libremente culto exterior.
de pensar, con los vicios y los abusos de los elementos dirigentes, comprobándose palpablemente aquello de que «no hay peor cuña que la del propio palo».

Ejemplos de fusión cultural artificial.

Intereses.— La Revolución ha iniciado ya la devolución de tierras que fueron arrancadas a los indígenas y procura legitimar la posesión de las que actualmente tienen. Sin embargo, hay que hacer más, hay que reconsiderar lo que empíricas leyes pretéritas establecieron; hay que derogar la prohibición impuesta a las comunidades en materia de propiedad y explotación de intereses. Y conste que lo propuesto no constituye tendencia retrógrada, pues experimentalmente puede comprobarse la conveniencia que para las agrupaciones que discutimos ofrece el sistema comunal de intereses, por más que para otras más avanzadas o más primitivas, no sea apropiado. En otras palabras: los hombres no fueron creados para amoldarse uniformemente a las leyes, sino éstas se hacen de acuerdo con las necesidades de los hombres y como las agrupaciones de nuestro país, presentan diversas características y necesidades, lógico es que las leyes—ya económicas, ya de otra naturaleza—sean distintas. A este respecto la Reforma alcanzó trascendental conquista y sufrió desastrosos fracaso: el Clero—con honrosas pero muy contadas excepciones—había acaparado enormes riquezas que multiplicaba merced a su hábil organización comunal, la que llegó a ser tan pode-
rosa, que se constituyó en verdadero peligro social, por cuyo motivo los reformistas, obrando cuerda-
mente, decretaron la nacionalización de esos intere-
ses llamados de «manos muertas» y prohibieron que
las comunidades en general poseyeran en lo sucesi-
vo bienes o intereses de cualquier género. Esta me-
dida que fué salvadora en lo relativo al Clero—se-
gún lo demuestra el hecho de que casi todos los
países que estaban en situación análoga han segui-
dicada conducta—perjudicó considerablemente
to la misma conducta—perjudicó considerablemente
a las comunidades indígenas, pues una vez fraccio-
nada la propiedad comunal y las funciones inheren-
tes a su explotación, fué fácil a los grandes propie-
tarios sorprender la buena fe de los individuos ais-
lados y abusar de su desorientación, ignorancia y
debilidad. Religión. Ningún teólogo, ni ningún po-
sitivista demoledor, han conseguido demostrar en
dónde se revela más fanatismo, si en quien rinde
culto a todos los dioses o en quien los niega a to-
dos, así que hay que respetar el catolicismo de es-
tas agrupaciones por muy pagano que lo conceptúen
los puristas. Desgraciadamente, las leyes de Re-
formas incurrieron en el proyecto impolítico de des-
fanatizar a estas agrupaciones, tarea inútil y peli-
grosa que ha traído consigo resultados contraprodu-
centes, puesto que en la actualidad el fanatismo
reinante es igual o mayor. Es pues indispensable
que, para que la actual Revolución se distinga de las
del pasado por un liberalismo más amplio y eleva-
do, no se hieran las susceptibilidades religiosas de
estos creyentes.
El alto clero ha contribuido también a hacer más difícil este problema, por favorecer a sacerdotes extranjeros y postergar a los indígenas, proceder que excita intensamente a los feligreses indianistas. **Gobierno.** Si estas colectividades cumplen con sus deberes y compromisos hacia la Federación y hacia el Estado a que pertenecen, ¿por qué no permitirles que se gobiernen con sus sistemas propios y de acuerdo con sus necesidades, en vez de imponerles los sistemas de otras agrupaciones nacionales que, aunque más avanzados, para ellos resultan engorrosos convencionalismos?

**Proporcionalidad de estas agrupaciones.**—Estas agrupaciones, típicamente representadas por la población de la región zapatista, suman a no dudar un 30% o 40% de la población total y como atraviesan hoy una etapa por la que forzosamente habrán de pasar las agrupaciones típicamente representadas por los Mayas y Yaquis que ya discutimos, resalta la urgente necesidad de estudiar y resolver hábilmente tan serio problema, pues está relacionado con el porvenir de cerca de las tres cuartas partes de la población.

Expuesto lo anterior, sólo nos queda por decir que entre las gestiones revolucionarias que más sensatamente han comprendido el problema zapatista e ideado los medios adecuados para resolverlo, debe mencionarse la del Gral. Pablo González, nacionalista intuitivo y clarividente.
RESUMEN

Los actuales momentos son solemnes.

La última, la más intensa de las Revoluciones que durante un siglo han conmovido a la población de la República, se apresta a resolver los múltiples problemas que entraña la conquista del bienestar nacional, ya que las demás fracasaron en tal empeño, puesto que no han logrado establecer definitivamente ese bienestar.

A los mexicanos de buena fe, asiste el derecho y obliga el deber de colaborar en esa nobilísima tarea apenas iniciada, a fin de construir las bases sólidas que sustentarán en el futuro la obra perdurable y gloriosa del engrandecimiento nacional.

Las mal ordenadas ideas expuestas en páginas anteriores, fueron inspiradas en la observación de una mayoría de nuestra población e interpretadas por nosotros, defectuosa, pero sinceramente, como humilde contribución al resurgimiento nacional que se prepara.

Fusión de razas, convergencia y Fusión de manifestaciones culturales, unificación lingüística y equilibrio económico de los elementos sociales, son conceptos que resumen este libro e indican condiciones que, en nuestra opinión, deben caracterizar a la población mexicana, para que ésta constituya y encarne una Patria poderosa y una Nacionalidad coherente y definida.
<table>
<thead>
<tr>
<th>ÍNDICE</th>
<th></th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Dedicatoria</td>
<td>V</td>
</tr>
<tr>
<td>Introducción</td>
<td>VII</td>
</tr>
<tr>
<td>Forjando Patria</td>
<td>3</td>
</tr>
<tr>
<td>Las Patrias y las Nacionalidades de la</td>
<td>9</td>
</tr>
<tr>
<td>América Latina</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>La Dirección de Antropología</td>
<td>23</td>
</tr>
<tr>
<td>La Redención de la Clase Indígena</td>
<td>31</td>
</tr>
<tr>
<td>Prejuicios sobre la Raza Indígena y su</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>Historia</td>
<td>37</td>
</tr>
<tr>
<td>Sociología y Gobierno.</td>
<td>45</td>
</tr>
<tr>
<td>El conocimiento de la Población</td>
<td>49</td>
</tr>
<tr>
<td>Algunas Consideraciones sobre Estadística</td>
<td>55</td>
</tr>
<tr>
<td>La Obra de Arte en México</td>
<td>63</td>
</tr>
<tr>
<td>El Concepto del Arte Prehispánico</td>
<td>71</td>
</tr>
<tr>
<td>El Arte y la Ciencia después del Movimiento Independentista</td>
<td>83</td>
</tr>
<tr>
<td>La Dirección de las Bellas Artes</td>
<td>91</td>
</tr>
<tr>
<td>No hay Prehistoria</td>
<td>97</td>
</tr>
<tr>
<td>Concepto Sintético de la Arqueología</td>
<td>103</td>
</tr>
<tr>
<td>Aspectos de la Historia</td>
<td>109</td>
</tr>
</tbody>
</table>
Revisión de las Constituciones Latino-Americanas .......................... 127
Nuestras Leyes y Nuestros Legisladores ...................................... 133
La Política y sus Valores .............................................................. 141
Nuestra Transición Religiosa ......................................................... 151
Nuestros Católicos ........................................................................ 159
\*Nuestra Cultura Intelectual.......................................................... 167
\*El Concepto Cultural .................................................................. 183
\*El Idioma y el País ....................................................................... 193
\*Literatura Nacional ...................................................................... 199
\*Nuestras Mujeres ......................................................................... 211
El Escudo Nacional .......................................................................... 235
La Capacidad del Trabajo ................................................................. 247
La Industria Nacional ....................................................................... 255
El Metalismo Yankee y el Mexicano ............................................... 267
España y los Españoles .................................................................... 275
\*La Educación Integral .................................................................. 285
El Departamento Editorial ............................................................... 291
La Lógica de la Revolución ............................................................... 299
Urgente Obra Nacionalista ............................................................... 307
Resumen ......................................................................................... 325